

DÁN
LEE

MENTIRAS BIEN CONTADAS



Mentiras

bien contadas

Premio Internacional de Narrativa "Ignacio Manuel Altamirano", 2013-2014
Certificado ante el Notario Público núm. 6
M. en D. Erick Benjamín Santín Becerril

Comité organizador
Ivett Tinoco García
Rosario Rogel Salazar
Alicia Gutiérrez Romo

Para la presente emisión del certamen se contó con la participación de jurados calificadores internacionales, los escritores Luis Carlos Suárez, de Cuba; y María Laura Fernández Berro y José Supera, de Argentina.

PQ
7298.28
.U597
M46
2014

Lee, Dán 1974-

Mentiras bien contadas / Dán Lee.-- 1ª ed.-- Toluca, Estado de México: Universidad Autónoma del Estado de México, 2014.
202 p. ; 23 cm. --(Colección Premio Internacional de Narrativa "Ignacio Manuel Altamirano").

ISBN: 978-607-422-554-9

1. Novela mexicana -- Siglo XXI.



Mentiras bien contadas

∞

DÁN LEE



UAEM | Universidad Autónoma
del Estado de México

“2014, 70 Aniversario de la Autonomía ICCLA-UAEM”

Primera edición, agosto 2014

Mentiras bien contadas

Dán Lee (Dán Ruiz Reyes)

Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Ote.

Toluca, Estado de México

C.P. 50000

Tel: (52) 722 277 38 35 y 36

<http://www.uaemex.mx>

direccioneditorial@uaemex.mx



Esta obra está sujeta a una licencia *Creative Commons* Atribución 2.5 México (cc by 2.5). Para ver copia de esta licencia visite <http://creativecommons.org/licenses/by/2.5/mx>. Puede ser utilizada con fines educativos, informativos o culturales, siempre que se cite la fuente. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx/>

Citación:

Lee, Dán (2014), *Mentiras bien contadas*, (ISBN: 978-607-422-554-9), México, Universidad Autónoma del Estado de México.

Responsable editorial: Rosario Rogel Salazar. Coordinación editorial: María Lucina Ayala López. Corrección de estilo: Erika Mendoza Enríquez. Formación y diseño: Elizabeth Vargas Albarrán y Concepción Contreras Martínez. Diseño de portada: Concepción Contreras Martínez. Imagen de portada: *Sin título*, Flor de María Gutiérrez García (Yuneka Komiks, Inc).

ISBN: 978-607-422-554-9

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

PRESENTACIÓN

¶ LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO (UAEM), a lo largo de su historia, ha considerado prioritario el fuerte compromiso por fomentar, difundir y proyectar el trabajo intelectual y literario de los muy diversos escritores, tanto jóvenes como experimentados. Durante años anteriores, el Premio de Narrativa “Ignacio Manuel Altamirano”, al que convoca anualmente nuestra Máxima Casa de Estudios, había centrado sus acciones en el marco nacional, aun cuando la invitación ha estado abierta a creadores de otras latitudes. Sin embargo, es precisamente para la emisión 2013-2014 que se ha logrado dar una mayor proyección a este certamen en el ámbito internacional.

Por undécima ocasión, se invitó a escritores de habla hispana de la república mexicana y del extranjero a presentar sus propuestas creativas, ofreciendo la libertad de participar en la amplia gama de subgéneros narrativos existentes. En esta convocatoria –cuya fecha límite de recepción de trabajos fue noviembre de 2013– se recibió un total de 13 obras.

En virtud de atender las necesidades de mejora continua en que se encuentra inmersa nuestra institución desde hace tiempo, y como parte de los procesos y acciones

del Programa Editorial contemplados para los certámenes de narrativa y poesía, se observó la importancia de contar con la intervención de jurados de talla internacional; creadores de países hispanohablantes cuyo nivel coincide con los más altos estándares de exigencia y contemporaneidad literaria.

En este marco, para evaluar los 13 trabajos de narrativa recibidos, colaboraron los escritores María Laura Fernández Berro y José Supera, de Argentina, y Luis Carlos Suárez, de Cuba, quienes deliberaron acerca de las obras inéditas y mencionaron que una constante en los textos revisados es la alta calidad literaria existente en sus contenidos.

Durante la sesión de deliberación se reunieron de manera presencial los integrantes del Comité organizador, así como el notario público núm. 6 de la ciudad de Toluca, M. en D. Erick Benjamín Santín Becerril, quien dio legalidad al proceso, y se contó con la participación a distancia de los integrantes del jurado desde Argentina y de Cuba.

La dinámica consistió en escuchar los argumentos de cada experto, posteriormente la discusión, después la unificación de criterios y finalmente la selección del ganador del Premio Internacional de Narrativa “Ignacio Manuel Altamirano” 2013-2014; y una mención honorífica que corresponde a Dán Ruiz Reyes (conocido como Dán Lee) por *Mentiras bien contadas*, motivo por el cual recibe un diploma y la publicación de su obra, que esperamos nuestros lectores disfruten y recomienden.

Toluca, México, agosto de 2014

DR. EN D. JORGE OLVERA GARCÍA
RECTOR

CONTENIDO

I	13
Sapos	21
II	33
La pasión del ring side	39
III	63
Las enseñanzas del Demonio	69
IV	75
Espectacular revancha	83
V	89
Villano	95
VI	111
Santo Sebas	117

VII	127
Viejas glorias	137
VIII	151
Todos Santos	159
IX	175
La noche de Sangre India	185
X	191
Epílogo	197

Para Alan y Sandy

I



¶ LA CITA ERA A LAS DIEZ Y MEDIA. Yo no sabía qué tan lejos estaba la Arena de la estación del metro, por lo que llegué a Balderas a las nueve treinta. La colonia tenía fama de peligrosa. Para no deambular por allí y exponerme, revisé bien el Plano de barrio antes de salir a la superficie; tracé la ruta en mi mente: tantas cuadras, vuelta a la derecha, tantas cuadras, girar a la izquierda, listo. Se trataba del recinto para lucha libre más grande del país, no podía pasar sin verlo.

Transité con prisa por esas calles cubiertas de noche. Le menté la madre de nuevo a Carmona, el jefe de edición, por haberme asignado el tema y mandarme a trabajar en viernes. No le hizo gracia que yo ganara el Premio de Narrativa de la Redacción. Pero bueno, al menos me había dado chance de encargarme de un reportaje de fondo, aunque fuera de luchas y sangre. Si salía bien, seguramente habría más.

Di con la esquina indicada; lo supe cuando un rumor llegó a mis oídos. Eran las exclamaciones de los asistentes, escapaban de la arena hacia la vía pública como si el edificio respirara.

Me sentí seguro, los focos de puestos de comida callejera ahuyentaban la oscuridad. Un grito masivo inundó la avenida; supuse que alguno de esos tipos enmascarados habría realizado una maniobra vistosa.

Llegué a la amplia entrada principal cerca de las diez en punto. No se podía ver hacia el ring sin cruzar el lobby de mosaico. Nadie resguardaba la puerta. Dado que la función estaba por terminar, de nada valía impedir que alguien se colara; o tal vez a

esas alturas era más importante vigilar el comportamiento de los aficionados que cortar tickets de acceso. Cualquiera podía entrar, así que lo hice. Subí los escalones. Yo, quien de las luchas apenas y recordaba las escenas de una máscara plateada en películas vistas hacía Dios sabe cuánto; yo, un extraño para ese mundo, realizaba lo que muchos aficionados añorarían: atravesar el umbral de la arena sin la formalidad de portar un boleto, como un elegido; si lo supieran, sería la envidia de esa raza... Eso pensaba cuando un trío de chamacos ingresó junto conmigo haciendo escándalo. No era tan exclusivo mi cruce del umbral, después de todo. Los niños fueron directamente hacia un pasillo frente a mí, amplio y oscuro, que bullía y me convocaba hacia el espectáculo. Un par de corredores más, a la izquierda y derecha, menos anchos pero bien iluminados, parecían poco atractivos para el asistente promedio. Me pregunté cuál de ellos me llevaría a los vestidores. Ya que me había convertido en un forajido que violaba las reglas del recinto, ¿por qué no dar un paso más allá?, ¿por qué no ingresar al vestidor y descubrir la intimidad de los luchadores? Era mi obligación, como periodista, indagar hasta las profundidades a las que mis narices logran colarse. Obviamente, el corredor central no conducía a los “secretos del pancraccio” sino al escenario. Tendría que ser alguno de los otros. Elegí la izquierda; sigo esa regla en los videojuegos y por lo general me lleva al camino menos complicado.

El corredor era de concreto, las paredes mostraban gruesas columnas de acero cada diez pasos; perfectas naves para la “Catedral de las rudezas”, así llamaban a esa Arena en las revistas especializadas que investigué al iniciar el reportaje.

Pronto vi las puertas de los baños y una ventana parecida a una cooperativa escolar donde vendedores resurtían canastas o charolas. Uno de ellos me sorprendió al aparecer repleto de máscaras de tela. Al principio pensé que el atuendo era un traje de carnaval, parte del show, pero descubrí que era un comerciante

que portaba en los brazos decenas de capuchas atadas entre sí. El hombre se coronaba con una careta y lucía otra en cada mano: un monstruo de tres cabezas que deambulaba en ese laberinto, un minotauro encapuchado. Apresuré el paso antes de que la bestia me atacara.

Llegué a un portón de lámina cerrado y con un par de hombretones de playera negra y letrero de “Seguridad” en el pecho. En cuanto notaron mi presencia, saqué mi libreta de apuntes para despistarlos; uno de ellos me señaló y negó con el dedo.

“No hay autógrafos, valedor”, dijo.

“No es eso”, respondí. “Busco al Güero Palau. Me está esperando para una entrevista.” Mostré mi acreditación de periodista. Ellos se miraron con extrañeza.

“¿Seguro que lo citó a esta hora?”, preguntó el que parecía el Gorila alfa.

“De hecho, me citó a las diez y media pero llegué algo temprano.”

“Pinche abuelito excéntrico”, dijo, revisó mi credencial, leyó mi nombre en voz alta y ordenó al otro ir a anunciarme al Güero. “Usté espérese aquí”, espetó mientras el mandadero se dirigía hacia el butaquerío contrariando mis expectativas, pues creí que el tal Güero estaría tras la puerta.

Permanecimos en silencio hasta que del otro lado de la lámina alguien golpeó. El Gorila alfa abrió la hoja. Emergió un hombre corpulento, de cabello largo y mojado. Arrastraba una maleta de viaje con ruedas. Presenció en el tipo de seguridad la transformación de un primate agresivo en un cachorro que se alegra de ver al amo. Le dio las buenas noches al recién llegado, su voz se adelgazó y bajó la cabeza ante su mirada. Supuse que el recién llegado era un luchador de fama a quien había que respetar. Se alejó hacia la salida sin que yo pudiera reconocerlo.

“¿Quién es?”, pregunté.

El Gorila alfa retomó su orgullo. “¿No conoce al Jungle Boy?, ¿ps en qué mundo vive?”, dijo con sorpresa.

No en el de los golpes de a mentiras, pensé y traté de asomarme al escenario. El otro tipo volvía al trote. “Dice el Güero que lo deje pasar”, indicó. “Llévalo”, ordenó el mandón.

Saqué mi grabadora portátil. Me dispuse a trasponer el umbral de lámina, pero el tipo no se movió. Negó con la cabeza. “¿A dónde, mi cuate? Acá nosta el Güero. Váyase con mi chavo. Nomás me deja su aparatito, no se permiten grabadoras en ring side. Ahorita que se acabe la función viene por ella.”

“Pero si soy reportero...”

El otro tipo se adelantó hacia el clamor y las luces. Para no perder tiempo, encargué la grabadora con el Gorila alfa. De cualquier modo, confiaba más en mi cuaderno.

Seguí al otro tipo. “¿De qué revista viene?”, preguntó, “¿del Box y lucha?”

“Revista no, trabajo para el ¡Peligro!”

“No lo conozco... Ah, es ése nuevo de muertos y encueradas, ¿no?”

Era bueno saber el concepto que el público tenía del diario donde yo laboraba. Pensé en Carmona y sus ideas de hacer una publicación de sangre y nalgas, lo que le gusta a los puercos, diría él. No tenía sentido explicar a mi acompañante que, aunque efectivamente el mayor “atractivo” de la publicación eran las gráficas explícitas, un grupo de necios, entre los que me incluía, habíamos presionado hasta lograr que una vez a la semana se publicara un reportaje de fondo.

Cuando nadie quiso encargarse del caso de los mini hermanos luchadores, que Carmona encontraba fascinante, me lo endilgó a mí. “¿Te gustan las luchas?”, me había preguntado. “¿Cómo crees?; eso es para ignorantes e imbéciles”, respondí. “Entonces eres el hombre perfecto para esta misión”, continuó con

sorna; “¿quieres publicar tu primer reportaje, ‘escritor’?”, remató la jugada. Se lo agradecí de todos modos. Acababa de titularme y la editorial me había dado chance de quedarme después del servicio social. Yo quería escribir en serio, pero me enviaron al ¡Peligro! No podía ponerme mis moños, le iba a demostrar a Carmona que era mejor de lo que él creía. Hasta vi Santo vs el Hacha Diabólica, Santo vs Las lobas y otras dos igual de ridículas que me devolvieron un poco a la infancia para estructurar el reportaje como libreto del enmascarado de plata.

Había intentado contactar a gente del medio luchístico para el reportaje, pero en cuanto sabían que era sobre los hermanos Quintero, se negaban, argumentando que con la nota roja no se metían, que era malo para sus carreras. Trataban todo como un gran secreto. Como si hubiera mucho que desenterrar. Quién sabe cómo hizo Carmona para pactar esta entrevista con un decano de los cuadriláteros, alguien que, según Carmona, era como el padre superior de ese monasterio, al que todos le confesaban sus pecados.

En cuanto entramos a la pista, el tipo se detuvo sin dejarme gozar por primera vez del panorama de una arena de lucha libre. “Es éste, Güero”, indicó a alguien mientras me señalaba.

Un anciano delgado, bajito y efectivamente rubio me ofreció sentarme a su lado palmeando la butaca junto a la suya. Alrededor de él se desperdigaban cáscaras de pepita. Era como un ave milenaria que acababa de comer su ración de alpiste. Movié la boca, pero un ciclón de chiflidos del público apagó su voz, que lo hizo parecerse a una momia de película, de ésas que resucitan con un gemido mudo, nada más que esta momia llevaba suéter gris. Despidió al tipo con un ademán.

Me presenté. Él volvió la mirada hacia el cuadrilátero.

“Usted es el escritor que envió el licenciado Carmona; el que va a escribir el libro, ¿verdad?”

Órale, me llamó “escritor”. El primero que lo hacía con respeto.

“Más que libro es un reportaje...”

“El licenciado Carmona dijo libro, no reportaje.” Me miró con unos ojos azules y claros que parecían fulgarar.

Quién sabe qué le había dicho Carmona para conseguir la entrevista. Nadie del mundo de la lucha libre se había prestado a hablar de los Quintero. Tendría que llamarle en cuanto pudiera para no arruinar la oportunidad.

“Esteee... Sí, es un libro de... entrevistas y quisiera empezar hablando de los hermanos Quintero. Usted sabe, ésos que encontraron... ¿Usted los conoció?”

“Nada más se acuerdan de la lucha libre cuando hay escándalo”, dirigió la voz hacia el cuadrilátero y hacia sí mismo. “Tan bonito deporte. Si vinieran todas las semanas a ver a los muchachos cómo se desempeñan allá arriba... pero nomás el morbo los convoca.”

Siguió hablando para sí hasta que dejé de oírlo. Saqué mi libreta y me dispuse a trabajar.

“Disculpe, no lo escuché bien. Pero, volviendo al tema; ¿qué me puede decir con respecto a José y Jorge Quintero?...”

SAPOS



¶ LUCIANO

¿A poco eran luchadores?, ¿con máscaras y toda la cosa? No, pues no parecían: bien chaparros y panzones. Qué Espectros ni qué Parcas, más bien se figuraban sapos. Si me hubiera preguntado, yo diría que eran cargadores o a lo mejor comerciantes, pero luchadores no; o igual por lo amoratados que venían, porque en ese oficio se llevan sus buenos riatazos.

No, no sé cuánto tiempo habrán estado en la plaza; con nosotros sólo se pasaron una hora, hora y media; no más.

Como todos los borrachos, empezaron pidiendo las alegres: “Guadalajara”, “El aventurero”; es más, con ésa uno de los dos se paró a cantar. No recuerdo cuál de los dos fue, ¿no ve que eran igualitos? Menos por el corte de pelo, uno lo traía así como de punk, que le llaman, pero de ahí en fuera igualitos; dos sapos grandotes, le digo.

Pedían las mismas canciones y seguían tomando. Traían sus buenos billetes. Luego de un rato empezaron a pedir las de adoloridos. Siempre pasa, así son los borrachos. Se arrancan con lumbre, a las carcajadas; agarran la peda alegre, con perdón; luego se les acaba el gas, a veces en medio de una carcajada se doblan, se acuerdan de su mujer que ha de estar esperándolos con los hijos o, clásico, de la vieja que los dejó. En su mente ha de pasar como en las películas de Pedro Infante, que las imágenes se enciman; y se ven al mismo tiempo ellos riéndose, felices en Garibaldi con la copa en mano, y luego miran a sus

escuincles sin merendar, a la esposa chillando de coraje, a la mancornadora enpiernada con el otro... vaya usted a saber, pero no falla: empiezan con “El Sinaloense” a la risa y risa y terminan con las de José Alfredo abrazados de quien se deje o con la cara escondida en la mesa, a puro dolor, como diría otra canción. Eso sí, sin soltar la botella.

Así les pasó a esos de la foto que trae usted. Bueno, nomás a uno; el otro, el de los pelos punks, más bien era el consolador, el que decía: “ya carnal, ¿pa qué te casaste si querías seguir con la otra vieja?”. Y el otro contestaba que porque una sí era mujer de casa y la otra puro relajo, y así se la pasaron.

Trabajando de mariachi se entera uno de cada historia; por eso a mí y a los muchachos ya ni nos llama la atención cuando los clientes se ponen a contar su vida. Al principio sí, uno es joven, no sabe de muchas cosas y ahí está con la oreja parada oyendo hasta que el maestro lo regaña a uno por desafinar o por atrasarse en los acordes. Pero luego se hace callo, por eso lo de los sapitos nos pareció normal: unos carnales que salen a emborracharse un domingo, ¿qué tiene de raro? Sí llamaban un poco la atención por ser gemelos, pues, pero nada más. Uno qué va a sospechar que se trajeran esas cosas que dice usted.

Después de un rato, el punk convenció al otro de que fueran a buscar unos culos, con perdón, pero de eso sí me acuerdo, le dijo que con eso se iba a olvidar de las dos viejas, de la peda y hasta de que eran carnales. Pagaron desarrugando billetes que traían en los pantalones y se fueron abrazados. Se metieron en la colonia. Ya no supimos nada hasta hoy. Nosotros a lo que estábamos, a buscar gente con ganas de música y de fiesta; o de música y lágrima, que igual pagan.

MARTINA

Ni me preguntes de José. Claro que me duele, pero más me duele que lo hayan encontrado así, como si no tuviera una mujer decente esperándolo en su casa.

Ya sabía yo. Me las olía. Cada vez que se iban a “trabajar” a la Coliseo era lo mismo. Luchitas las que se echaba con las pirujas en los pulgueros de por allá. No creas que era la primera vez que se largaba de putas con el vago de su hermano, pero por más que le decía que no lo hiciera, no le importaba que me quedara preocupada y sola con la niña.

No sé por qué hacía eso, de veras, si cuando estaba acá era todo tierno y bueno. Qué carajos tenía que ir a buscarle entre las nalgas a esas güilas, y ya ves lo que se encontró.

Ese día le habló en la mañana su otro hermano, Adolfo. Él es otra cosa, no como el sonsacador del Puerco. Adolfo sí trata de ayudarnos. Él iba a estar en la función de la tarde, en la estelar. Es enmascarado; casi nunca nos visita porque trabaja hartito. Habló y le preguntó si querían ir a la arena porque dos de los chaparritos se habían quedado atorados en la carretera y a lo mejor no podían llegar, que fueran a cubrirlos, que el jefe les iba a pagar doble por luchar en domingo y de emergencia. Al Puerco le vino de perlas porque se peleó con uno de los programadores hace unos tres meses y era su oportunidad de quedar bien. Mi José ya había decidido estar acá conmigo y la niña, pero pudieron más los billetes y las ganas de ayudar a su hermano, según él.

Le pregunté dónde iba a ser la función y me dijo que en Pantitlán. Bien sabía lo que me choca la Coliseo. Esa arena es una trampa para tarados, con Garibaldi ahí a tres cuerdas. Lo que ganan van a metérselo de alcohol en el cuerpo.

Todavía lo persigné antes de que se fuera. Lo encomendé a la virgen y me quedé esperándolo para cenar. La niña se durmió temprano, pero yo no pude; primero por el coraje de pensar que mi José andaría pegando de brincos en un colchón, luego por el presentimiento. Algo me jalaba las patas.

Venía del kinder con una vecina cuando vi las fotos en el periódico. Aistaban los dos, José y el Puerco, con sus caras de idiotas todas hinchadas.

DENISSE

No sé cómo empezar. Creo que comencé mal porque traje flores y que yo sepa a ninguno de los dos les gustaban. Como sea, no puedo cumplirles sus gustos, a menos que los riegue con alcohol, te espolvoree con coca, Yorch, y te pasee las nalgas encima, Pepe. ¿Ves? todo por tus ganas de ser un “hombre de provecho”, ¿eso qué es? Mira el provecho que sacaste. Te dije que no iba a funcionar. Estábamos hechos con molde: tú, Yorch y yo. ¿Para qué preñaste a la tipa ésa? Tú se lo dijiste, Yorch, que éramos como el “Trío Galaxia” explorando el universo y que sólo así funcionábamos. Entre los tres éramos mágicos, combinando nuestros poderes. Éramos la onda, Pepe, para qué te fuiste. Ahora ni esposa, ni hija, ni un carajo.

Y luego tú, Yorch, qué *pex*. El mundo no se acababa sin tu hermano. Al menos lo hubieras intentado. Me sentí pulga cuando dejaste todo sólo porque Pepe se fue. Yo aún estaba ahí, también me deprimí, pero había que seguirle. Pepe iba a regresar, ¿tú crees que se le iba a olvidar esto? Si no es catarro para que se quite con no salir y quedarse calentito en la casa.

La primera vez que volviste, Pepe, creí que te ibas a quedar. Cuando me di cuenta de que era nada más un *revival* yo también me fui. Honestamente ya estaba harta de ti, Yorch. No me encontraste porque no te dio la gana buscar. Si hubieras preguntado, cualquiera te hubiera dicho dónde hallarme.

El día que les pasó lo que les pasó, en cuanto me buscaron me hallaron, ¿no? La verdad es que habría regresado sin preguntar, pero ustedes sólo querían un rato, y para mí así no funcionaba.

“¿Quieren una noche loca? Okey. Ahí tienen dos piedras, son mágicas, nada más no se crucen. Ah, y no vuelvan a buscarme”.

No se crucen... como si no supiera que se iban a atascar lo que se les pusiera enfrente. Ésa mi despedida. Un par de rocas para reventar dos sapos.

RITA

Írala, no te duermas, hija. No sé cómo puedes soñar tan tranquila, no has de tener temor de Dios. Yo no he podido dormir bien, nada más como seis horas en tres días, ya hasta el cerebro me duele, pero no me llega el sueño. No alcanzo a echar una cabeceadita, ni siquiera porque la noche en la carretera es reoscura, no se distingue nada. Por más que quiera mirar otra cosa, en la ventana sólo hallo culpa.

¿Ya te despertastes? Qué vas a reaccionar con el runrún del camión haciéndote cunita. Hasta dan ganas de sacarte una foto así, toda pacificada, quién te viera. Durmiendo como bebé encobijadito y no como terminas siempre.

A esta hora andaríamos taloneándole, con suerte y ya iríamos por los segundos de la noche; o empujándonos unos

tés con piquete y unos sopes. A tu edad ya parece que yo iba a andar nocheando en esas calles... Pero los años no pasan en balde, lo bueno que te encontré. Jesús nuestro señor te mandó conmigo.

Siempre las dos... y los briagos tragándose el cebo de que somos madre e hija, ni nos parecemos. Contentotes porque según ellos se van a tirar a la familia de un jalón y hasta se las van a compartir. Llegan como gatos, relamiéndose los bigotes, calladitos, hipnotizados con tu cadera, queriendo hacerte madurar a apretones, como aguacate. Buen jale traíamos. Así lo hubiéramos dejado.

¿De dónde sacastes los frasquitos? No me has dicho quién te los daba. ¿Habrà de esa cosa en Tijuana? Eran re efectivas las gotitas cuando los briagos empezaban de impertinentes o se querían poner zonzos. No iba a dejar que nadie te maltratara. Siempre he dado la cara por ti, hasta cuando la agarras conmigo porque no acepto ir con los muchachos que luego se mira que no traen un quinto y nada más andan buscando qué agarran. Apenas les ves aquello o los brazotes y ai vas. Porque eso sí, cómo te encantan los machos. Si por ti fuera, hasta gratis harías una que otra chamba. Por eso somos buen equipo. A ti te gusta trabajar y a mí cobrar. Una es la carnada y otra la trampa que los pesca de los meros tompiates... buen equipo: una dormida y soñando como criatura y la otra preocupada por qué vamos a hacer.

Yo creo que los panzones ya traían algo. Se miraban raros, más prendidos o más perdidos que las otras veces, y eso ya es mucho decir. Cómo la gozaban los marranitos cuando te agarraban entre los dos. ¿No notastes nada? Yo sí, tanto tiempo de atolera y que no lo sepa menear... Desde que estabas en lo de encuerarte pa distraerlos hacían quién sabe cómo; parecían puercos del diablo, de esos que desbarrancó

Jesús nuestro señor. No te dije nada pa no asustarte, pero me vino un mal agüero al mirarlos casi echando espuma, mientras te quitabas la ropa, con sus ojos de ajolote así de vidriosos. Monos horrendos. Nos tocó soportar animales despreciados hasta en su casa, apaciguar bestias que deben pagar por lo que es gratis para otros. Ni modo, había que ayudar a nuestro señor a desbarrancar puercos.

No estoy diciendo nada, duérmete tranquila. Shhh... No te apures, hija, yo te cuido. Amos a estar bien. Dicen mis primas que en Tijuana hay harta chamba y todavía nos quedan unas gotas de ésas, ¿verdá?

ADOLFO

Le voy a contar porque tengo que sacármelo del pecho. Usté me conoce de años, compa, sabe qué pedo conmigo y no es nomás por unas cubas que le platico esto.

¿Conoció a mis hermanos? No sé si los habrá visto una que otra vez que vinieron a visitar. Eran gemelos que también luchaban. Eran como unos sapos. Así les dijeron siempre en el Defe: los Sapos. Jorge y José se llamaban.

¡Putá madre! Ya me está ganando la chilladera. Es que yo los vi crecer, yo los metí en todo esto, yo los llamé a la arena ese domingo.

¿Cómo no voy a tener la culpa? Fíjese lo que le voy a decir. Desde que empezaron a entrenar por seguir mis pasos –la verdad es que le entraron a las luchas por imitarnos, porque vieron que yo llevaba camino y ganaba buenos pesos– noté en ellos algo que no me cuadraba. Usté sabe que no me espanto fácil. Desde chamaco soy así y nunca he tratado de engañar a nadie. Por eso me fui del barrio bien joven para no andar

dando de qué hablar. Ellos no, ellos bien machitos. Se iban siempre juntos con las viejas. De a una, de a dos, pero ellos pegados, como si solitos no pudieran. “Cada quien su vida”, dije, y ya ve que no, eran mis carnales y en algún momento me iba a tocar un rozón.

Ellos pensaron que me corté porque me volví famoso, pero no; simplemente andaba en mi onda y ellos en la suya. Es más, siempre que pude alivianarlos con chamba, les hice el paro. Eran buenos para el trabajo, no porque fueran mis hermanos; eran cumplidores, me cae.

Cuando José me dijo que se iba a vivir con su mujer me dio gusto. Él ya tenía algo de cartel y los patrones de seguro le echarían la mano. Me imaginé que por fin iba a sentar cabeza. No me interesó que se juntaran porque ella estaba embarazada. Mejor, dije, así con una boca más que alimentar se va a alinear.

Además, me había llegado el rumor de que Jorge andaba en la droga, no sé de cuál, pero acá entre los colegas no hay secretos. Tuvo altercados con algunos promotores. Pinté mi raya, no quería tener problemas por su culpa. Le hablé a José y le dije que se fuera a vivir con Martina de una vez, que ya era tiempo. Hasta le regalé un estéreo y la cocina completa para que se animara.

Dicen que Jorge se deprimió, se metía más porquerías y lo habían visto durmiendo en la calle. Hubiera ido a buscarlo en lugar de hacerme tarugo.

José tuvo una niña y poco a poco ahí la llevaba, chambeando y cuidando su casa. A veces lo llamaba para saludarlo. Nadie me comentó de sus escapadas con Jorge; a lo mejor nadie más sabía.

Ese domingo me tocó ir a México y hubo oportunidad de ofrecerles chamba. Mejor no lo hubiera hecho. Pasé a unos

vapores antes de la función para relajar los músculos. Llegué temprano. Usted no conoce esos rumbos, compa. Todo allí es de barrio viejo, de mala calidad. Allí sí se aplica eso de que las paredes oyen. No era la primera vez que estaba en el vapor tomándome un tehuacán, entretenido con los pujidos de una parejita en el baño de junto. A veces hasta me arrullaban y me dormía. Nomás que esa vez no me entretuve. Esas voces las conocía, pero nunca los había oído pujar así. Cabrones, ya vinieron a meter una vieja. Con lo que desgasta eso antes de luchar. No sé si alguna vez ha escuchado a alguien de su familia haciendo aquello, compadre... no se lo recomiendo.

Terminé de bañarme lo más rápido que pude y salí, me hice güey vistiéndome, pensando en la calabaceada que le iba a poner a José por andar en esas cosas y con la mujer esperándolo en su casa.

Esperé hasta que salieron con las toallas amarradas en la cintura.

Solos.

Los dos se quedaron con chicos ojotes al verme allí. Ya los caché, canijos. Esperé a ver a qué hora salía la vieja.

Nada. ¿Y tanto retozo? Los hice a un lado y me asomé al baño.

Nadie. Ellos dos nomás.

Después de los madrazos y de lo que les dije, ¿cómo no se iban a sentir mal?, ¿cómo no se iban a ir por ahí a demostrar que eran bien machos?

II



¶ “NO LE VOY A DECIR NADA DE ESO, JOVEN”, interrumpió el Güero, “a los Sapos casi no los conocí, ni lo que le cuente va a servir. Cada quien vive como quiere y se va como le toca. Ahí escriba esa historia a su mejor entendimiento. No lo cité para hablar de muertos, sino de lo bonito de la lucha libre...”

¿Qué demonios? El viejo cabrón... Ése era el primer reportaje que me encargaban. Me había tenido que joder a escribir pies de fotos sobre cadáveres acuchillados, a corregir los clasificados cachondos, a copiar horóscopos de la red y a excavar en el archivo para documentar casos de los que no se acordaba ni Carmona. Aguanté para poder hacer un reportaje presuntamente de fondo; ¿qué tan profundo puede ser algo relacionado con las luchas?; eso nadie lo toma en serio. Pero en fin, ese tema me había asignado. Es el primero y me tiene que salir bien, pensé, y mi entrevista estrella se la está llevando el carajo porque lo único que Carmona pudo conseguir fue un anciano con demencia... ¿Para qué había aceptado hablar conmigo? A rajarse a su pueblo.

“Güero, pero entonces...”

“El licenciado Carmona me comentó que usted venía a hablar de lucha libre, no de los Sapos. Quesque es usted escritor y va a sacar un libro de luchas y que yo le podía contar lo que quisiera...”

Pinche Carmona.

“No quiero ser descortés, pero a mí lo que me interesa es...”

“Entonces no interrumpa a un viejo. Lo que le voy a contar le va a servir para su libro...”

“Reportaje.”

“Lo que sea. Mire...”, el Güero continuó, hizo un ademán que abarcó el paisaje de la Arena, “qué bonito panorama.”

Sentí un vacío similar cuando visité el Templo mayor en la primaria. La maestra, que sufría una fijación por las culturas prehispánicas, especialmente, por la Mexica, incitaba al grupo a venerar los sillares de piedra aburrída, pues no había más que ver. En el caso de la Arena, no descubrí belleza en la multitud rugiente que se apiñaba en las primeras filas del ring side, en las gradas repletas de personas vociferantes, en el galimatías de chiflidos y gritos, en las luces amarillas que bañaban el cuadrilátero con su cono, ni en la media docena de saltimbanquis en mallas que fingían golpes, sufrimiento y gozo en el centro del lugar.

“Con respecto a los Quintero”, insistí.

“Si no hubieran hallado muertos a esos pobres”, dijo el Güero con decepción, “le apuesto que a usted jamás se le hubiera ocurrido hacer su librito ni pararse en una arena de lucha libre.”

Me arponeó con sus ojos azules, retándome a contradecirlo. Sé muy bien que la mejor forma de enfrascarse en una disputa inútil y sin fin es llevarle la contra a un anciano casado con una idea a la que no va a traicionar... eso y que el viejo tenía razón me llevaron a guardar silencio.

“Pues ya está aquí, al menos vea la lucha estelar”, me invitó.

“No es que lo desprecie, pero necesito la información sobre los hermanos Quintero y...”

“¿No entiende que de eso no me da la gana hablar?... Vamos a hacer un trato: usted se calla, mira la pelea y, cuando la función termine, le platico sobre lo que yo quiera, ¿estamos?”

Pinche Carmona. Esto era su hechura, pero bueno, si él tuvo que inventar lo del libro para conseguir la entrevista, yo también me iba a poner creativo. Quería ser escritor al fin y al cabo, ¿no? Le iba a demostrar que aún a este viejo seco le

podía sacar jugo. En ese momento, no tenía sentido discutir. Ya pensaría cómo exprimírle la poca sopa que guarda en ese cuerpo de estropajo, mientras hacía como que disfrutaba el combate. De cualquier forma, faltaba poco para que terminara la función y había cancelado todos mis planes para esa noche al suponer que la entrevista sería productiva. Decidí activar mis cinco sentidos y sacar provecho de esa experiencia para salpicar mi reportaje con elementos de atmósfera que le dieran vida y color. Por algo había ganado ese concursillo de narrativa. Lo que me gustaba era escribir, y si tenía que ser en un diario gore, lo haría lo mejor posible. Cualquier material es valioso para un verdadero narrador y, después de todo, era mi primera vez en un ring side.

LA PASIÓN DEL RING SIDE



¶ HABÍA MUCHA GENTE. O eso pensaba Gary que no estaba acostumbrado a las multitudes callejeras y menos de noche. Su aspecto lo diferenciaba entre la barahúnda morena a su alrededor: blanco, rizos cortos, camisa beige y pantalones caquis. Deambulaba con gesto de ignorar hacia dónde moverse. La gente lo empujaba al pasar a su lado. Un niño con máscara de Místico le pisoteó los zapatos de gamuza luego de chocar con él. Gary miraba a su alrededor sin saber qué hacer; vio acercarse a un hombre regordete, quien se abanicaba con un fajo de papeles color naranja.

–¿Quieres boletos, compa?, ira, de segunda fila –dijo el gordo.

–¿A cómo?

–Psss, depende, ¿cuántos vas a querer?, nomás te aviso que ya no hay en taquilla.

Gary no sabía dónde estaba la taquilla, menos si habría o no boletos, pero el revendedor le parecía muy confiable; “después de todo, los gorditos siempre son buena onda”, pensó.

–Somos cuatro –dijo Gary.

–Psss, por ser pa ti... te los voy a dejar en dos mil quinientos varos –dijo el de los boletos separando cuatro del fajo.

–¿Qué?, están muy caros, ¿no?

Gary sintió que alguien le aplicaba una llave al brazo derecho. Temió por su cartera y su integridad.

–Apúrate, pinche Gary, parece que te mandamos a hacer los boletos.

–Recriminó alguien a su espalda. Gary sonrió aliviado al reconocer la voz de Chubaca e intentó sin éxito zafarse de la presa.

–Entons, compa –apuró el boletero–, ¿los vas a querer o no?, mira que hay un resto de gente.

Chubaca, sin soltar a su amigo, intervino en la transacción: –¿De qué fila tiene, Don?

–Psss de la segunda, pero aquí tu compa no se decide.

–¿Cuánto es?

El revendedor repitió la cifra. Chubaca extrajo la billetera del pantalón de Gary y de allí tomó la suma con dedos largos como patas de jaiba.

–Cámara, compa, gracias, que se diviertan –se despidió el gordo y dio la media vuelta. Gary se vio liberado del castigo.

–Te pasas de lanza, Niñosaurio –reclamó–, ¿dónde está Estrella y el Míljaus?

–¿Qué no los ves, pinche pigmeo?

A pesar de que Gary no era bajo, se sentía chaparro junto a Chubaca, quien miraba hacia algún punto desde su uno noventa y tres, mientras él se sobaba el brazo intentando no despeinarse.

–No manches, no alcanzo a ver, tú porque estás bien bestia.

–Te dije que te metieras al básquet conmigo, pero tú puro *play station*.

Comenzó a avanzar por medio de la pequeña multitud seguido por el adolorido Gary, quien preguntó: –¿Y la nave?

–El Míljaus encontró lugar luego luego, le dio un varo al acomodador y ya estuvo, lo dejó aquí cerquita.

Unos pasos más adelante se encontraban Míljaus y Estrella, la pelirroja novia de Gary, quien vestía jeans entallados y blusa de tirantes.

Empujando sus anteojos hacia atrás, Míljaus habló a todos y a nadie a la vez, como era su costumbre: –Quiero ver qué venden en los puestos, ¿me esperan?

Chubaca decidió acompañarlo. Estrella y Gary deseaban entrar a la Arena; en unos cuantos minutos comenzaría la función y no querían perderse nada en su primera visita.

Chubaca abrió paso hacia los puestos acomodados sobre la banqueta de la calle de Doctor Lucio. “¡Máscaraaas, chicas y grandes!”, “¡Botanas, joven, con su programa!”. Los vendedores se desgañitaban, la mercancía exhibida cambiaba rápidamente de dueño. “¡Lleve el muñeco de su luchador favoritoooo!”.

–Ira, lentejudo, este mono está chido –dijo Chubaca a Míljaus, luego se inclinó y tomó el gladiador de plástico pintado con esmalte–. ¿Quién es, Don?

–¿Yo?, Margarito Alonso pa servirle –El vendedor rió de su ocurrencia, pero a Míljaus no le pareció tan divertida.

–No sea sangrón, le están preguntando cómo se llama el luchador.

–Chale, no se agüite... es el Dos Caras, pero mejor llévese al Espectro pa que haga juego con su amigo, así tiene con quien luchar, ¿no?

–Iiii, pinche Míljaus, hasta el Don se da cuenta de tu agriedad –se burló el alto y tomó también el juguete que el comerciante señaló como el Espectro.

Estrella y Gary esperaban de espaldas a la pared adornada con grandes carteles que anunciaban el elenco de la noche.

–Chubaca parece niño –dijo ella–, anda todo emocionado.

–Es que nunca había venido a la Arena México.

–Pero él sí ha ido a las luchas, ¿no?

–Sí, pero cuando estaba chico, y eso a una arenita bien rancia por Mixcoac; dice que se pone *cool*, que la gente se aloca y los luchadores hacen mil jaladas.

–Pues ojalá sea cierto; yo sólo las he visto en la tele y parece divertido, aunque lo mejor es cuando salen esos fuertotes... –Estrella hizo un exagerado gesto de antojo mordiéndose el labio inferior.

–Vas a ver, flaca –rezongó Gary con indignación.

–Ya; no es cierto, Cielo, no es cierto, a ver, una sonrisita –La pelirroja lo abrazó y se besaron.

Luego de unos instantes, escucharon un carraspeo a su lado. Él levantó la vista y vio a Míljaus junto a ellos.

–¿Y el Niñosaurio? –preguntó Gary.

–Se quedó comprando una máscara –respondió el de lentes.

Chubaca salió de entre la gente con la cabeza embutida en una máscara del Santo diseñada para alguien de menor dimensión. Los labios salían por la boca de la capucha como si besara el aire y la agujeta no alcanzó a cerrar por completo. Sus amigos rieron.

–No mames, te ves bien cagado; vamos a que me compre la del Blue Demon para que te dé una lección allá adentro, ¿o le sacas? –dijo Gary empujando al incógnito hacia el puesto de máscaras. Ambos volvieron un par de minutos después, cada cual con su respectiva prenda.

–¿Santo y Blue Demon?, qué originales –dijo Míljaus.

–No estés de mamón o te hago la quebradora –advirtió Chubaca cruzando los brazos nervudos sobre el *jersey* de basquetbol. Míljaus lo midió con la mirada.

–Te perdono sólo para que no digan que abuso de la minoría gay –dijo y avanzó hacia la entrada. Estrella y Gary lo siguieron entre risas.

Ingresaron a la arena encabezados por Gary. La función había comenzado.

–Todo por comprar tu “botanita”, Chubaca –dijo Míljaus.

–Valió la pena porque me dieron mi programa –contestó el otro y arrojó un puñado de cacahuates enchilados dentro de su boca, manchando de naranja las comisuras de la máscara; miró a su alrededor. El lugar era más grande de lo que esperaba, con un ring side de más de treinta filas en su parte más ancha, palcos, plateas y una amplia zona de gradas muchos metros por sobre su cabeza. La asistencia estaba cerca del lleno. Por los pasillos se movían con agilidad vendedores enfundados en casacas blancas. En el centro de todo, iluminado por los reflectores como un altar, el ring. Sobre él, cuatro novatos calentaban la lona. Escuchó la voz de Gary un tanto lejana:

–¡Chubaca!, ¿qué esperas?

Los demás ya habían avanzado, guiados por un rápido acomodador que llevaba en la mano los cuatro boletos.

Los condujo hasta sus lugares. Segunda fila, sección azul, del 37 al 40; los asientos estaban ocupados. Mientras el acomodador convencía a los usurpadores de despejar las localidades, el grupo tuvo que permanecer de pie, lo cual no fue del agrado de algunos espectadores, “¡Ese santo, siéntese, cabrón!”, “¡La carne de puto no es transparente!”, para otros no fue tan molesta la silueta de Estrella, “¡Reína!”, “¡Siéntate en ésta... silla!”.

Por fin, después de varios minutos y la amenaza de llamar a seguridad, el acomodador logró ahuyentar a los invasores, Míljaus le dio unas monedas y todos ocuparon sus

asientos. Gary y Chubaca se despojaron de sus capuchas, casi sofocados.

–No manches, ¿cómo le hacen esos güeyes para andar brincando con estas madres? –preguntó Chubaca.

–Porque ellos sí son hombres, ustedes no –respondió Míljaus.

Sin darse por aludido, Gary acomodó su peinado mientras tomaba asiento al lado de Estrella, luego de él quedó Míljaus y a Chubaca lo dejaron al final, junto al pasillo para que estorbara menos a los de atrás.

–¡Cervezas, refrescos! –un refresquero se les acercó–, ¿qué van a tomar, jóvenes?

Pidieron cervezas para todos, que fueron servidas en un santiamén. Entre la reconquista de las localidades, acomodarse y pasar las bebidas, sólo alcanzaron a ver el final de la tercera ronda, ganada por los técnicos con un par de huracarranas ante la algarabía del público.

–¿Pero qué tal estuvieron los cacahuates, Chubaca?

–Ya no estés fregando o me cae que te la cumplo, lentejudo.

–¿Vas a ladrar, cachorrito, o a morder? –contestó Míljaus fintando unos golpes de box que fueron respondidos por un rápido candado al cuello por parte de Chubaca.

–Aistá, güey, ni a melón me sabes –Luego de haber sometido al de lentes, el alto levantó las manos mientras silbaba el tema de *Rocky*.

–Error, Chubaca, esa melodía es de box, no de lucha libre, ¿cierto, Gary?

Él y Estrella se besaban, por lo que no hizo caso.

En el lapso entre una lucha y otra, una marea de vendedores desfiló ante ellos: tortas, palomitas, pizzas, algodones de azúcar, frituras, helados, máscaras y muñecos.

Gary y Estrella no pararon de besarse más que para beber de sus cervezas. Miljaus terminó con su bebida, mientras Chubaca jugaba con los luchadores de plástico. De pronto, música de *heavy metal* llenó el recinto al tiempo que un individuo vestido con traje negro subía al cuadrilátero ostentando un micrófono. El juego de luces iluminó un pasillo y por él aparecieron los réferis, seguidos por un hombre joven de cuerpo macizo y un par de edecanes en short y sostén de licra; el público masculino no tardó en reaccionar: “Pérame en la casa”, “¡Ahí quepo!”. Poco después salió por el mismo pasillo otro hombre de cuerpo delgado y máscara azul, con sus respectivas chicas. El anunciador hizo su trabajo: “¡Lucharáaaaan a dos de tres caídas sin límite de tiempo!”; rechiflas y mentadas sirvieron de acompañamiento a la presentación.

Estrella y Gary por fin se separaron para ver el deporte espectáculo.

—¿A quién le vas, flaca?, ¿al rudo o al técnico?

—No sé, ¿ése de la espaldota y calzoncito rojo es técnico? —preguntó mientras alisaba su melena rojiza.

—Quién sabe, deja le pido su programa al Niñosaurio.

La función consistía en cinco encuentros, el combate estelar era anunciado como “Explosivo choque de naciones por el orgullo patrio, máscara vs cabellera, sin empate, sin indulto: Atlántico vs Mulato de fuego (desde Puerto Rico)”. Gary buscó entre los nombres de batalla el que pudiera corresponder al luchador señalado por su novia.

—A ver, segunda lucha mano a mano... mira, debe ser éste: Ráfaga Valaguez; es rudo, flaca.

—Entonces le voy al rudo.

—Vientos, ahora sí estamos de acuerdo.

Con una salvaje desnucadora, Valaguez ganó la primera caída al luchador científico, un tal Centella Azul. Para ver qué

se sentía, Gary se paró y gritó: “¡Arriba los ruudooooos!”. La rechifla no se hizo esperar, Míljaus bajó la vista moviendo la cabeza. Chubaca se retorció de risa ante la conducta de Gary, quien, al sentarse, notó que la robusta y morena mujer que ocupaba el asiento junto a Estrella lo miraba con cara de pocos amigos. La siguiente caída fue ganada por el enmascarado. El último tercio de la batalla se decidió cuando Centella Azul se lanzó en un tope suicida desde la tercera cuerda, el rudo se quitó del camino y una aficionada de la primera fila se puso de pie para salvar al técnico, llevándose un porrazo contra la tarima. Ráfaga Valaguez siguió golpeando a Centella Azul hasta sangrarlo. Los réferis intervinieron y dieron el triunfo al técnico por descalificación.

La vecina de asiento de Estrella aplaudió en éxtasis. La chica hizo un gesto de decepción.

–Ya ni modo, flaca, la que sigue la ganamos –consoló Gary.

Míljaus llamó al de las cervezas para pedir otra.

–¿Alguien más desea?

Estrella y Gary asintieron y de un trago vaciaron sus vasos. El nuevo líquido llegó a ellos de forma rápida. Chubaca prácticamente no había tocado su cerveza y regañó a los demás:

–Ya no estén chupando, se van a poner bien burros y va a pasar lo que en Caborca.

–¿Para qué supones que te trajimos? –intervino Míljaus–, alguien tiene que ser el conductor designado, ¿o prefieres que yo maneje y tu chupes?, sé de buena fuente que te fascina chupar.

–A tu hermana también le late y no la trajiste.

La pareja y el alto rieron hasta doblarse.

La tercera contienda comenzó después del preámbulo de música, luces, chicas, presentaciones y escándalo del público. El equipo rudo no fue del agrado de Chubaca.

–No manches, esos güeyes están bien rucos y panzones aparte de feos, ¿a poco no?

–Sí, tales adefesios no son comunes, son tan horribos que podría decirse que se parecen a ti... mira, Gary –se dirigió al otro amigo–, ¿no te parece que esos amorfos le dan un aire al Chubaca?, ¿no serán los sanchos de su santo hogar?

En contraste a sus oponentes, la tercia técnica estaba formada por enmascarados de cuerpo atlético, a quienes Estrella no quitaba la mirada de encima.

–Mmmhh, que se me hace que ahora voy a cambiar de bando.

–Ya te vi echándote tu taco de ojo, flaca.

–¿Pero si tú con las edecanes?

–Ede-carnes, flaca, “edecarnes”.

–Bueno, como sea le voy a los técnicos; se ve que prefieren el gimnasio al *play station* –Estrella rió abiertamente.

La tercera caída comenzó y el trío selvático avasalló en pocos minutos a los científicos; una cascada de roturas de máscara, mordidas, estrangulaciones y golpes prohibidos ignorados por los réferis cayó sobre los consentidos del público, que pasaron casi todo el final de la lucha sobre la tarima de protección. Por fin, ante la tunda recibida, el capitán se rindió y los réferis, con sonrisa de satisfacción, levantaron la mano de los rudos. Emocionado, Gary se puso de pie y repitió su arenga. Nueva rechifla, él se sentó con gesto de satisfacción. Creyó escuchar la frase “pinche chamaco pendejo”, originada en el asiento vecino a Estrella, pero no le dio importancia.

–Ahí está, flaca, ¿no que muy buenos tus técnicos?

–Yo no dije que fueran buenos, dije que *estaban* buenos.

Míljaus se puso de pie. –Voy al baño, ¿alguien viene?

Estrella se levantó y jaló la mano de Gary. –Vamos, ándale, antes de que empiece la otra. Los tres salieron de la fila; Chubaca se levantó para dejarlos pasar y se quedó a cuidar los lugares. Antes de sentarse de nuevo, volvió la vista hacia el ring y una sonrisa se dibujó en su rostro. Al otro lado del cuadrilátero se encontraba el palco de transmisiones de televisión. Dos cronistas deportivos hablaban frente a un par de monitores; grandes diademas con audífonos coronaban sus cabezas.

“Bienvenidos sean al espectáculo que hermana a propios y extraños, escribas y fariseos, apocalípticos e integrados, ¿qué me cuentas, Doctor?” “Buenas noches, Magallán; señoras y señores, lo que estamos a punto de presenciar es un platillo de lujo; ante un entradón enoorme en la catedral de la lucha libre se presentan dos de las mejores tercias de la baraja luchística...” Chubaca se emocionó tanto que se puso de pie.

–¿Qué ves? –escuchó la voz de Míljaus detrás de él.

–Mira, güey, ahí están el Dr. Linares y Teo Magallán.

–¿Y...?

–Son los que narran las luchas en la tele.

–¿Por tan poco te emocionas?

Chubaca se hizo a un lado para que sus amigos ocuparan los asientos. Gary y Estrella discutían sobre las anatomías de luchadores y edecanes. La disputa terminó cuando ella selló con sus labios la boca de él, quien ya se mostraba molesto. Para pactar la paz, Estrella le pellizcó una nalga antes de tomar asiento. Música siniestra anunció el comienzo de la siguiente contienda. “¡Ai va el agua!”, gritó alguien detrás de Chubaca, quien se sentó rápidamente.

“¡Brujo!, ¡Satán!, y como capitán de subando: ¡Neurosis!”. Anunciaron a tres atletas de rostros maquillados. Ellos treparon

a los postes para azuzar al público. Llegó el turno de la otra tercia, los Guerreros Infernales. Su aspecto era más conservador, pero los cuerpos denotaban mayor trabajo de gimnasio. Jungle Boy, Último Corsario y Rey Guerrero eran sus nombres de batalla.

“El público está completamente dividido, Magallán, no saben a cuál tercia apoyar.” “Así es, Doctor, pero eso es porque mucha gente que está aquí no sabe nada de lucha libre.” “¡Achícale, achícale, Magallán!”

–¡Sopas!, mira, flaca, a los que les vas siempre les rompen su madre, nomás les echas la sal.

–¿Ah, sí?, sólo hablas de envidia porque están bien buenos.

–¿Envidia?, ¿qué es eso?... Ah, sí, lo que exudaste cuando salió la morenaza del brazo del Satán, ¿verdad?; ¡esas son piernas y no pedazos!

–Haberlo dicho antes.

–¿Qué?, ¿qué dije?

–Nada, hazte el gracioso.

Al otro lado de la fila de asientos, Chubaca notó el altercado.

–¿Y ora esos güeyes por qué pelean?

–¿Te sorprende?, es sabido que Gary sufre maltrato en su relación... ¿verdad que Estrella te madrea a menudo?

–preguntó el de lentes a su amigo.

En el encordado, después de un severo castigo, Jungle Boy había sido rendido, dejando en desventaja a su bando que sufrió la misma suerte luego de insuficiente resistencia.

–Se ha decidido la suerte del férreo combate –dijo Miljaus.

–Ya se te subió, güey, ya estás hablando en crucigramas –contestó Chubaca.

–Aunque tu sesera es dura cual piel de saurio...

–Sí, sí, lo que tú digas.

Las hostilidades continuaron tanto en las localidades 39 y 40 de la segunda fila, ocupadas por Gary y Estrella, como sobre el ring. *“Los seis gladiadores parecen fieras enjauladas, Doctor, han olvidado la técnica y la sangre ya llegó al río.”* *“Así es, Magallán, las marrullerías de los de Tijuana parecen no tener fin; ¡hay que presentar una protesta formal ante Derechos Humanos!”* Uno de los gladiadores de Tijuana comenzó a rasgar la máscara de Guerrero cerca del asiento de Estrella, Gary se inclinó hacia la derecha para ver de cerca el rostro del luchador enmascarado, empujando a su novia y ella a su vez a la señora de junto, quien disimuladamente devolvió el empujón con el hombro.

–¿Por qué mejor no te vas a ver a las edecanes en lugar de estorbarle a la señora, Cielo? –dijo Estrella. Gary tronó la boca por toda respuesta al acomodarse en su localidad y oyó que la mujer de al lado reía por lo bajo.

La segunda caída fue para Los Guerreros y la tercera se declaró un empate cuando Neurosis y Guerrero, los dos capitanes, fueron llevados a la cuenta de tres por Corsario y Satán. La frente de los seis gladiadores, empapada de sangre, atestiguaba la crudeza del combate. *“El público está más que contento con la entrega de estos seis rudazos, Doctor.”* *“Así es, Magallán, y aún falta el evento principal, para el que se ha reunido este público el día de hoy; para ver pelón a ese Mulato de fuego que cree que puede triunfar en México, pero Atlántico no se lo va a permitir.”* *“Tal es así, Doctor; sin duda alguna la gran mayoría de la gente vino a apoyar a Atlántico, aunque también hay que reconocer que el boricua es el ídolo de la afición femenina; todas ellas esperan el sensual baile que realiza antes de cada encuentro para una chica de las primeras filas, ¿quién será la afortunada del día de hoy?”*

Estrella dio la espalda a Gary, quien intentó hacer lo mismo; el gesto burlón de Míljaus no le agradó, por lo que prefirió mantener la vista al frente, esperando el siguiente combate mientras bebía.

Una figura con túnica y capucha a lo *Ku Klux Klan* arribó al entarimado. El grupo de amigos se sorprendió al no recibir la dosis de música, luces y demás parafernalia. Al no entender de quién se trataba, no sabían si aplaudir o abuchear. El personaje se paseaba alrededor del ring mirando con atención hacia las primeras filas. Fijó la vista en Estrella y descendió del escenario con destreza. Se acercó y la apuntó con el índice al tiempo que decía algo con acento caribeño:

–Oye, amiga, la pelirroja, ven pacá.

Estrella miró a su alrededor, pero lo único que encontró fue el gesto de extrañeza de Gary.

–Anda, amiga –llamó el tipo de nuevo–, ¿no sabe quién soy?, que no te de pena, vamoacé un bailecito.

Las otras jóvenes del público animaron a Estrella a pasar a la tarima de protección. “Ándale, suertuda, no te va a morder”. Estrella volvió a ver a Gary, quien se encogió de hombros e hizo una mueca de indiferencia, cosa que terminó de animarla. Extendió la mano hacia el hombre. “*Ahora vemos que Mulato ha escogido de entre el público a una guapísima pelirroja, Doctor, y se quita la capucha.*” Música de merengue arremetió por las bocinas. Estrella tenía frente a sí a un joven alto y moreno, de cabello al hombro y rostro a lo Ricky Martin con barba de candado. El atleta comenzó a bailar alrededor con movimientos ágiles y sinuosos; la joven no sabía si acompañarlo en el baile o regresar a su asiento. Sin previo aviso, el moreno se plantó frente a ella y, de un solo jalón, arrancó la túnica que lo cubría, revelando un torso de fisicoculturista. Una toalla lo envolvía de la cintura para abajo. Sin permitirle tomar aliento, el hombre

se puso de espaldas a Estrella y le tomó las manos, luego las deslizó a lo largo de su pecho y abdomen hasta llegar a la orilla de la toalla. La chica sintió que sus palmas y dedos eran agua resbalando sobre piedras al rozar los músculos; no pudo evitar un “¡Ay, mamá!”. El gladiador giró sobre sí, alejándose de Estrella y dejando la toalla entre sus temblorosas manos. Las mallas dibujaban la bandera de Puerto Rico sobre los muslos y glúteos del luchador. A la joven le dieron ganas de dar una nalgada en ese trasero. Después del número, el boricua despidió con un abrazo y un beso en la mejilla a Estrella, quien no perdió oportunidad de acariciarle la espalda. Él la llevó de nuevo a su asiento. Antes de irse, la chica quiso devolver la toalla.

–Llévatela de souvenir, amiga –dijo el atleta antes de salir disparado hacia el ring.

“Ese Mulato no respeta nada, Magallán, ¿qué habrá dicho el novio de esa pelirroja?, ¿y si es casada?, de plano se pasa de choriqueso.” Estrella sonrió triunfante; Gary prefería no mirarla. Míljaus y Chubaca la agobiaron con preguntas: –¿Qué te dijo el papazón?, ¿Lo vas a ver en los vestidores para que te aplique la “acogedora”?, Ése sí es hombre y no genéricos intercambiables, ¿verdad, Gary?

–Mira, pinche Míljaus, a ver si dejas de estar chingando.

–Uu, qué delicado, no es culpa mía que el tipo emane hombría, ¿o no, Estrella? –espetó Míljaus y volvió su atención al cuadrilátero, donde hacía acto de aparición Atlántico, luciendo una máscara blanca con vivos azules. *“Escucha cómo recibe la Arena México a su ídolo, Magallán; rudos y técnicos se han volcado a apoyar a su connacional, quien esta noche saldrá con la mano en alto como los gladiadores de la antigua Roma.”*

La contienda dio inicio. Míljaus decidió apoyar exageradamente al boricua con el único objetivo de molestar a

Gary; Chubaca no perdía detalle de cada lance y llave; Estrella sufría cuando Mulato era castigado y lo apoyaba en todas sus acciones; por su parte, Gary festejaba los golpes que Atlántico propinaba al extranjero.

Al cabo de unos minutos, el de Puerto Rico recibió unas patadas voladoras que lo lanzaron fuera del encordado, justo frente a las localidades de los cuatro amigos. *“El boricua salió mal parado de esas patadas de canguro, Atlántico se encarrera, rebota en las cuerdas y ¡se dispara!; Doctor, ¡qué clase de vuelo!”* *“El Mulato no sabe ni qué lo atropelló; fue a dar hasta la segunda fila...”* El torso de Mulato de fuego yacía sobre las piernas de Estrella, quien sostenía la cabeza del hombre sobre su pecho. *“El réferi comienza la cuenta de veinte; Atlántico se incorpora, pero tal parece que el ídolo de las féminas no regresará al rombo de seis por seis.”* *“Así es, Magallán, míralo ahí tirado entre el público como si se hubiera pasado de alipuses; Atlántico ya subió y... ¡eso es todo para el boricua en la primera caída!”* Gary no sabía si alegrarse por la parcial derrota del extranjero o molestarse por los cuidados que tanto Estrella como la señora prodigaban al gladiador. Se decidió por lo primero y se unió al grito de “Mé-xi-co, Mé-xi-co” que inundaba el recinto. Chubaca, también entonaba el grito de apoyo. Miljaus instaba a Estrella a masajear con más entusiasmo al luchador caído, quien se dejaba querer.

Después de algunos minutos, el puertorriqueño se incorporó; la de cabello rojo creyó escuchar de la boca del moreno: “Si quiere tocá má, búcame en lo vetidore” al tiempo que le guiñaba un ojo. No estaba segura si lo había imaginado u oído en realidad, y el gesto agrio de Gary no le ayudó a resolver la cuestión.

—¿Qué te dijo el payaso ése?

—¿A mí?, ¡nada!

–Estrella, no te hagas pendeja, si hasta aquí estoy oyendo...

–¿Cómo me dijiste?

–Este... ya, flaca, fue sin querer, es que...

–Es que, ¿qué?, estúpido, ni creas que voy a tolerar que me insultes.

La segunda caída fue para Mulato con plancha desde el esquinero y toque de espaldas. “¡Los rudos, los rudos, los rudoos!” El escándalo provocado por las mujeres superó en decibeles y emoción al que el enmascarado produjera con su parcial victoria. Hubo incluso quienes ondearon banderas de Puerto Rico y otra valiente que, esquivando a los elementos de seguridad, subió al ring y besó al extranjero. Sólo después de algunos jalones y forcejeos pudo desembarazarse de la fanática. *“Pocas veces hemos visto a un esteta que levante tanta pasión como este Mulato de fuego, Magallán; de veras que ya ni en concierto de Menudo.” “Efectivamente, Doctor, cuando este gladiador aparece en el rombo de batalla las reacciones del público son un espectáculo aparte... y es que así somos los rudos: atractivos y populares.”* La tercera caída dio inicio con una tromba de puñetazos sobre el cuerpo de Atlántico, abucheadada por Gary y Chubaca. Pasados un par de minutos, la marea de la contienda cambió y esta vez fue Mulato quien sufrió las embestidas de su contrincante. La golpiza continuó debajo del ring; el enmascarado llevó al de Puerto Rico hacia las butacas con intenciones de estrellarlo ahí. Casi todos los aficionados de las primeras filas huyeron para evitar ser arrollados por el voluminoso cuerpo; casi todos. *“¿Pero qué está haciendo esa señorita, Magallán?, ¿por qué no permite que Mulato sea castigado como se merece?” “Yo creo que no está de acuerdo en que azoten ahí al boricua, Doctor, y tiene razón, porque la lucha debe desarrollarse sobre el cuadrilátero y no entre*

la gente.” “¿Pero cómo va a estar bien, Magallán?, debería apoyar a su compatriota y no al extranjero, ¡ésa es hija de la Malinche!” Ante la negativa de Estrella para desalojar los asientos sobre los que pretendía arrojar al luchador caribeño, Atlántico tuvo que conformarse con aplicar un *crutch* a su oponente sobre la tarima de protección y volver al enlonado antes de la cuenta de veinte segundos. Mulato agradeció a Estrella con un nuevo guiño y regresó a la contienda. Los aficionados volvieron a sus lugares.

–Te pasas de lanza, Estrella, ¿cómo te arriesgas así? –recriminó Chubaca.

–Ni modo que me lo aventara encima, ¿no? –contestó ella.

–Camarada, tu mujer está loca –dijo al fin Míljaus antes de beber su cerveza.

“Señoras y señores, tercera caída, toda la carne al asador; estamos viviendo una batalla que nos ha mantenido al borde del paroxismo; ambos luchadores están exhaustos y la lucha parece no tener fin; sólo una colmillada o un error puede definir el destino de esta contienda.” “Así es, Magallán y en ese caso la ventaja la tiene Atlántico, que se sabe de todas, todas; ha salido avante en todos sus compromisos de apuestas y esta vez cuenta con el apoyo de gran parte del público, con lo cual la motivación se ve incrementada en grado superlativo.” “¡Mire, Doctor!, justo ahora recibe a Mulato y prepara la llave de sus grandes triunfos.” “Así es, Magallán, aquí vemos cómo Atlántico proyecta a las alturas al boricua y lo levanta en una hermosa quebradora en todo lo alto; esta llave no tiene escapatoria, lo único que puede esperar Mulato de fuego es que su rival sea vencido por el cansancio, pero con el aliento que le da esta afición no creo que eso suceda.” El castigo fue ejecutado en medio del cuadrilátero. El dolor en la columna de Mulato se vio reflejado en un rictus que contagiaba

a la fracción femenil del público: “¡Ya suéltalo, animal, lo vas a dejar cuchito!”, “¡No te rindas, papi, no te rindas!” Gary, por su parte, se burlaba del rudo: –¡Se está riendo, quiere más, quiere más!

El sudor ampolló la frente del boricua. Las piernas de Atlántico temblaron ante el esfuerzo, pero no aflojó el castigo, sabedor de que era la clave de su triunfo. El réferi preguntó una y otra vez a Mulato si aceptaba la rendición. Ante la negativa, Atlántico se dejó caer de rodillas y apretó el castigo, casi juntando la nuca y los talones de su oponente. “¿Te rindes?”, pudieron leerse los labios del réferi desde las primeras filas. El dolor pesó más que el orgullo y, agitando los brazos, Mulato gritó un “sí” que se oyó por todo el ring side.

“Mé-xi-co, Mé-xi-co”, matracas y demás barullo recorrieron la arena de rincón a rincón “¡Enooooooooorme quebradora en lo alto!, ¡enooooooooorme victoria para el bando técnico!” “Lo que acabamos de presenciar fue impresionante, Doctor, jamás había visto una quebradora que durara tanto.” “Así es, Magallán, esto es lo superlativo, ¡la mejor lucha libre del mundo!” Chubaca saltó en su asiento contagiado por la euforia. Míljaus movió la cabeza con decepción.

–A los ejemplares más atractivos nos corresponde enfrentar los destinos más oscuros –murmuró.

Gary se puso de pie celebrando la derrota del puertorriqueño al tiempo que Estrella hundía el rostro en las manos.

–Ahí está tu ídolo, ni aguantó nada.

–Cállate, que no me tienes contenta.

“Atlántico recorre las cuatro esquinas cosechando los aplausos del respetable, que tanto esfuerzo le costaron hoy.” “Así es, Magallán, hoy las féminas saldrán tristes por la derrota de su ídolo, pero pudimos asistir a una gran demostración de técnica

por parte de Atlántico.” En el centro del ring, de hinojos y con la mirada hacia las lámparas, Mulato de fuego parecía no creer que se vería despojado de su cabellera.

–¡A güevo! –gritaba Chubaca zarandeando al Míljaus.

–¿Qué festejas? –Se quejó el sacudido– ¿Tú cuánto ganaste?

Gary no detenía su ofensiva sobre Estrella. –¿Ya ves?, te dije que nada más le ibas a echar la sal al mamadito ese.

–Sí me gustaría echarle sal, pero en la espalda para lamérsela.

–Sigue soñando, hasta crees que un güey como ése te va a hacer caso, ni que estuvieras tan buena.

Algo dentro de Estrella hizo explosión.

–¿Ah, no? –dijo y se levantó.

“Todos estamos esperando que el de Puerto Rico pague como el caballero que es, pero parece que no se decide, Doctor.” “Si ya sabíamos que iba a ponerse sus moños, Magallán, los rudos no saben pagar; por ahí me dijeron que ese Mulato todavía debe las mallas que trae puestas con todo y que las sacó en abonos chiquitos.” *“Déjalo, Doctor; déjalo celebrar a su manera la derrota de su pobre corazón.”* El encargado de recortar el cabello del perdedor ya se encontraba sobre el encordado esgrimiendo un par de tijeras. Alejándose de él, Mulato pidió el micrófono e instó a que una voluntaria del público fuera quien hiciera el primer corte. Al escuchar esto, Estrella se movió ágilmente y llegó a la orilla del ring, donde el luchador la ayudó a subir.

–Con todo respeto, Gary, no sé cómo te enredas con ese tipo de hetairas.

–Bájale, Míljaus, ¿no ves que ya se encabronó?

–No te apures, Chubaca, ni sabe qué es hetaira y no me hace caso, debe estar imaginando las posturas del *Kama sutra* que el tipo hará con Estrella.

Gary no perdía detalle de lo acontecido sobre la lona. “¿Qué no es ésa la misma pelirroja a quien Mulato dedicó su clásico baile antes del combate, Doctor?” “Así es, Magallán, parece que hay nuevo romance en la lucha libre.” Estrella abrazó al gladiador para reconfortarlo; volvió el rostro hasta encontrar la mirada de Gary; súbitamente, se colgó del cuello musculoso y plantó un beso largo y húmedo al atleta, quien respondió al instante. Después vino el corte de cabello. Estrella sobaba la reciente calva a medida que el pelo caía.

–¡Putá!, voto al diablo que si una mujer me hiciera eso, subiría al ring y haría destrozos sin igual con la humanidad de ella, del atleta y de todo aquel que osara enfrentárseme.

Ante las palabras de Míljaus, Gary tensó los puños.

–No le hagas caso, Gary, ya está pedo.

–Ebrio mas no cornudo –continuó el de lentes y se sentó atacado de la risa. Gary intentó dar un paso hacia el cuadrilátero; Chubaca lo tomó por los hombros y lo empujó con fuerza hacia la butaca.

–Tranquilo, no hagas pendejadas, mejor hay que llegarle.

El de los caquis se desplomó sobre su asiento sin dejar de ver el escenario. La señora de junto rió abiertamente.

–A ver póngase a festejar, joven.

–Cállese el hocico.

–Muy machito... por eso se te fue la novia.

–Vieja pendeja.

La robusta mujer arremetió a manazos y cachetadas contra Gary.

–¡Chamaco jijo de la chingada!, póngase con un hombre a ver sicierto.

Gary respondió la agresión. Chubaca intervino con el objetivo de separarlos; un vaso de cerveza cayó en su espalda y derramó el líquido sobre Míljaus. “Ora, pinche larguirucho;

así serán buenos, en bola y contra las viejas”, gritó alguien. El de lentes se levantó limpiándose la cara con los anteojos cubiertos de espuma.

—¿Quién ha sido el retoño de suripanta que osó derramar...?

“Yo mero”, alcanzó a escuchar antes de recibir un puñetazo en la boca que lo lanzó contra Chubaca. El alto se volvió y recibió un golpe en el hombro izquierdo. Al ver a Míljaus derribado y a varios hombres cercanos con la guardia levantada, lanzó un rechazazo hacia el rostro más próximo. El enorme puño se estrelló sobre una nariz doblándola como si fuera de unicel. Gary, enzarzado con la señora, chocó a su vez contra su amigo al tiempo que Míljaus intentaba levantarse. El alto tiró manazos a diestra y siniestra, haciendo volar varios dientes y gorras. Los elementos de seguridad tuvieron que intervenir para calmar y separar a los rijosos. Estrella, sin prestar atención a otra cosa que no fuera el cuerpo de Mulato, avanzó junto a él rumbo a los vestidores. Los aficionados no perdían detalle de la gresca en la segunda fila. *“Ha sido un evento espectacular, con un final inesperado, pero de mucha garra, Doctor.” “Así es, Magallán, qué guardadito se lo tenía ese Mulato; arrojo, fiereza y hasta romance hemos visto hoy; la afición no tiene nada que reprocharle a este par de titanes.” “Efectivamente, Doctor, uno en la derrota y otro en la victoria, supieron llevarse el corazón del público, tan es así que hubo un conato de bronca que afortunadamente fue sofocado antes de que la sangre llegara al río.”*

Gary y Míljaus eran conducidos hacia la salida por los vigilantes del lugar. Otro contingente intentaba dominar a Chubaca, quien se rehusó a colaborar hasta que le permitieron recoger a sus luchadores de plástico para luego ser expulsado del recinto.

Después de despedir la transmisión, con la arena casi vacía, el Doctor Linares se quitó la diadema. Teo Magallán hizo lo propio; limpiándose el sudor de la frente, buscó su saco.

–Estuvo buena la función, ¿no, Doctor?

–Las luchas sí, pero lo que se vio bien arreglado fue lo de la pelirroja... y luego no quieren que la gente crea que las luchas son pura mamada.

III



¶ LAS LUCES SE ENCENDIERON. Los gritos se convirtieron en charlas. El público se puso de pie para salir. Niños, mujeres y hombres se dirigieron con prisa hacia los corredores. El rumor de pasos sustituyó al bullicio. Pareciera que una gran fiesta en un palacio hubiera terminado y los comensales, satisfechos o frustrados, se dirigieran a las habitaciones a pernoctar.

La gran mayoría mostraban sonrisas, especialmente los pequeños, de entre los cuales algunos prepararon al ring a jugar luchitas ante la complicidad de los elementos de seguridad, quienes con desgana los invitaban a desalojar el encordado. Saqué mi libreta para tomar notas sobre el ambiente.

“Apunte cómo están todos bien felices, apúntele”, dijo el Güero, “que la gente sepa esto.”

Con la iluminación, el Güero pareció tomar vida. La piel amarillenta de momia se reveló rosácea; las arrugas de sus manos y rostro se mostraron flexibles, lejanas a la textura de papel maché que supuse en un principio. Los ojos azules eran los que emanaban vitalidad desde ese cráneo vetusto; mirarlos era enfrentar a un ser sabio como los de los cuentos, que escrutan almas, que orientan al héroe con acertijos, que cambian el curso de la aventura y jamás responden con un ‘sí’ o un ‘no’. En los libros, ojos como esos sólo aparecían asociados a los ancianos o a los demonios.

Se levantó del asiento. “Pues aquí se rompió una taza. Déme permiso por favor y que le vaya bien con sus notas sangrientas.”

Seguro que no. No moví ni un átomo. “Pero usted me dijo que si me quedaba a la lucha estelar...”

“Le dije que le diría lo que yo quisiera. Y no me da la gana responder nada sobre los Sapos. Ya perdí mi tiempo con la esperanza de que sintiera la magia de la lucha libre; a ver si se le ocurría algo bonito para escribir.”

La magia de la lucha libre mis gónadas, pensé. Si me hubiera imaginado algo que narrar, involucraría el cráneo partido de un viejo momia engañosos. El coraje me trabó los engranes y nada se me ocurrió para detener al Güero, quien ante mi reticencia para franquearle el paso, dio la vuelta y se alejó entre las butacas, con pasos que me hicieron pensar que estaba hecho de hojalata y paja. Al fondo, la marea humana se fugaba por los corredores de la arena. Ya que el anciano me había engañado, al menos le diría dos o tres verdades que le carcomieran las escasas semanas que le restaran por vivir. Cerré mi libreta y me puse de pie.

Él se detuvo antes de incorporarse al pasillo por donde salía la gente. Encajó una mano en el bolsillo del pantalón y se sacudió como si se hubiera parado sobre un nido de hormigas arrieras. Luego de unos segundos de tirar, extrajo un paquete de pepitas del bolsillo. Manipuló el cilindro de celofán que encerraba las semillas con dedos que parecían raíces pálidas recién desenterradas; una zanahoria era más flexible que esos dedos. Me pareció increíble que sólo un año antes aún golpearan la lona para marcar las tres palmadas decisivas. Llevó el envoltorio a su boca y trató de rasgar el plástico con los dientes; tampoco funcionó. Maldijo, me miró de reojo y echó a andar.

Okey, abuelo, pensé, me vas a deber una. Lo alcancé y le pedí el paquete. Rompí el celofán del empaque y se lo devolví al viejo. Lo tomó sin agradecer y vació algunas semillas en su boca que empezó a trabajar como una trituradora de granito. Escupió

la primera cáscara y dejó que su mirada viajara por el piso. “Dígame la verdad, joven. ¿En serio es escritor o el licenciado Carmona me vio la cara?”

Yo de escritor sólo tenía las aspiraciones. Además del cuento con el que gané el mentado concurso, había publicado menos de una decena de textos en fanzines de la facultad. También era cierto que había estudiado periodismo para poder vivir de la escritura, porque a la carrera de Letras sólo le veía porvenir como maestro o castrador de palabras, o sea académico. Yo lo que deseaba era narrar, contar historias, publicar libros exitosos y ser un hombre de letras reconocido. Pero no me iba a dar un ataque de honestidad si eso me costaba la entrevista y dejar mal parado al periódico. Tomé el gesto más persuasivo y lleno de aplomo de mi repertorio y contesté.

“Por supuesto.” Inclusive a mí me sonó fingido. Sostuve la mirada en el rostro del Güero, para ver si se había tragado el engaño. Él entornó los ojos y arrojó una cáscara más.

“Aquí hay muchas historias que se podrían contar...”, dijo como si las palabras se le fugaran por entre los labios. “Los Sapos entrenaban aquí, en el gimnasio de la Arena...”, ladeó la cabeza y sin mucha convicción, preguntó, “¿quiere verlo?”

Acepté. Tuve que esperar a que comiera el bocado de pepitas con todo y su escupidera de cáscaras.

“¿Cuánto tiempo tenían entrenando aquí?”, pregunté con libreta en mano.

“Varios años.”

“¿Usted les conocía algún enemigo que?...”

“¿Pregunta por rivalidades luchísticas?, hablamos... ¿quiere saber de qué estilo eran?, ¿si sabían llavear, volar, si eran rudos o técnicos, algo sobre su labor en el ring?...”

Nada de eso me importaba, yo venía a averiguar si tenían enemigos, amantes, algo que llamara la atención a la gente que leía

¡Peligro! Nunca se me había dado eso de mentir descaradamente. Además, con el viejo tenía sensación de echarle mentiras a mi abuelito. “Sí, este... mejor si quiere cuénteme otras historias...” para que afloje la quijada y empiece a cantar más adelante lo que en verdad me interesa, debí agregar.

“Lo llevo allá a ver si encuentra algo útil”, continuó, “y nada más porque me ayudó con esto”, terminó echándose otro puñado de pepitas en la boca.

De lo perdido, lo hallado, pensé. Caminamos lentamente por el pasillo que rodeaba el ring side. Los últimos aficionados abandonaban el recinto. Había que darle cuerda al viejo para que tomara confianza. Lancé el primer anzuelo.

“Oiga, ¿y todos los que entrenan aquí luchan en esta arena?”

Sonrió por fin y me miró. “Ya quisieran. Ésta es la arena más importante del país. Son pocos los que tienen el privilegio, nomás los consagrados. La mayoría de los que practican aquí trabajan en arenitas de la periferia y otros ni siquiera son luchadores profesionales.”

“¿En serio?”

“Son aficionados de cepa, quieren aprender a defenderse y de paso tomar clases con leyendas de la lucha: el Demonio Azul, Pony Salazar, el Gran Cochisse... Tienen que pagar sus buenos pesos, eso sí.”

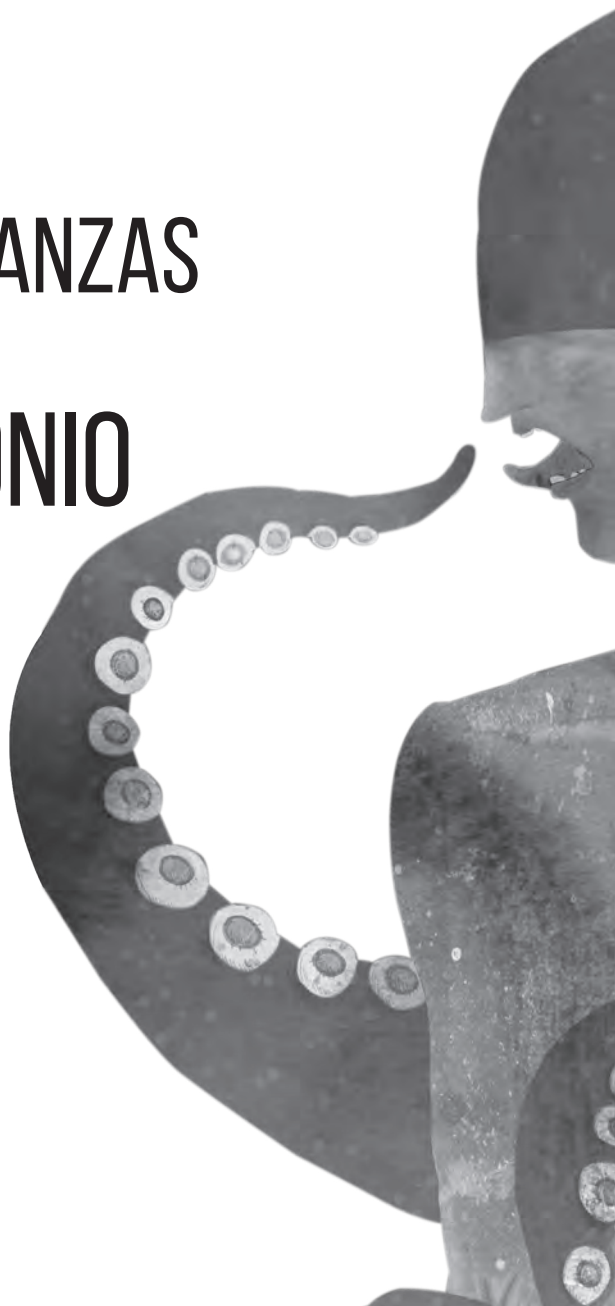
“Oiga, pero seguramente ésos que no van a ser profesionales nada más le están quitando el tiempo a los demás, ¿no?”

“No se crea. Luego son los que más aprenden. Hay una muchachita que mis respetos.”

“¿A poco aceptan mujeres?”

Detuvo su andar. Volvió su mirada hacia mí con sorna. “¿A poco usted puede decirle que no a una mujer decidida?”

**LAS
ENSEÑANZAS
DEL
DEMONIO**



¶ TE LIMPIAS LAS LÁGRIMAS casi secas con la palma de la mano. Respiras lentamente. Sentada en la orilla del colchón, miras a Agustín: arrodillado en la alfombra, suda y también trata de tranquilizar sus inhalaciones.

Piensas. Años de práctica para nada. En cuanto te tomó de la muñeca las técnicas no se activaron automáticamente como en los entrenamientos. Fue injusto para ti, a sabiendas de que no lo atacarías, pues tus compañeros de clase llevan protección, son fornidos, saben absorber los golpes y retorcerse para escapar de las llaves; y Agustín, aunque es más fuerte que tú, no sabe nada de eso. Sin embargo, sí supo atacar como animal.

Sientes la cara hinchada. No logró tocarte el rostro, pero tus manos se restregaron sobre los pómulos y mejillas al bloquear sus ataques.

El dolor te recuerda los puñetazos que conectaron en tu abdomen y costillas. Hijo de perra, juró que nunca te golpearía el día que vieron en el metro a un tipo que le pegaba a su pareja. Le creíste. Los raspones y el ardor se burlan de tu ingenuidad. Confiaste y se aprovechó, como un mandril que ataca a su hembra sólo por demostrar la superioridad de sus músculos. Además, tuvo el descaro de burlarse de tu disciplina. “Ni tus luchitas te salvan; ¿por qué no viene el Santo a rescatarte?”. Al principio pensaste que no era en serio, creías que no iba con su carácter, por eso no aplicaste una estrangulación o un derribe táctico. Recordaste todas las veces que el Demonio

Azul, tu maestro, recalcó no usar las llaves contra un ser querido o cercano, pues podrías lastimarlos. Ésa y otras cosas has aprendido con el Demonio.

–Un gladiador profesional no triunfa por ser fuerte o muy técnico.

–Pero yo no quiero ser profesional –replicaste.

–No le pregunté –dijo el maestro–, está aquí para aprender, ¿no?, entonces ponga atención: lo que en verdad hace a un luchador eficaz y diferente es saber mover al público... –El Demonio es muy práctico, sus consejos rara vez fallan.

Agustín parece arrepentido. Lleva varios minutos convenciéndote de que estaba fuera de sí, ofuscado, de que jamás se repetirá, de que los celos encendieron su cabeza, de que estaba seguro de haberte visto coqueteando. Esgrime el alcohol como atenuante. Tú sabes que apenas bebió, y que no es la primera vez que su inseguridad lo lleva a dudar, aunque nunca te había agredido. Jura de nuevo su arrepentimiento, su pesar en la conciencia. Te pide que lo perdones.

En principio no otorgas el perdón, tampoco lo niegas. ¿Podrás disculpar el maltrato? Sólo ha acontecido una vez en años, ¿la primera de muchas? No, esto no pasará de nuevo. Estás convencida. Una frase surge en tu mente, a la par de recuerdos de lo que has vivido junto a él, momentos agradables que no logran borrar el trago amargo que se te arremolina en la garganta. Agustín nota la vacilación y se acerca un poco, de rodillas, con gesto de remordimiento y el pecho arañado. Tus ojos se muestran compasivos y tu voz por fin aparece, lleva palabras que no deseas decir. No quieres arrepentirte más tarde.

“Ven... que no se repita jamás; ¿oíste?”. Abres ligeramente los brazos. Él agradece y sigue prometiendo mientras te envuelve por la cintura; la suave opresión sobre tus costillas genera una

descarga intensa, pero no te doblas. Agustín recarga el rostro en tu abdomen. Cierras los párpados y sientes su llanto tibio sobre la piel. Tus lágrimas se han secado desde hace un buen rato, ahora son un maquillaje oscuro que se enfría conforme avanza la madrugada. Palpas su barbilla rasposa con la mano derecha y la parte superior de su cabeza con la izquierda. Se frota como un gato ante tu caricia. Te arrodillas frente a él, casi lo besas. Lo rodeas como si lo moldearas, siguiendo las formas de su cuello. Depositas tus labios sobre su espalda y hombros, en los que percibes cómo se relaja. Apoyas una planta del pie en el piso y te levantas un poco. Le acaricias el pecho con la diestra. Lo jalas suavemente hasta que recarga la cabeza en ti. Respiras en su nuca. Él intenta volver la mirada, encontrarte; lo impides posando el antebrazo izquierdo sobre sus cervicales. Atrapas el cuello nervudo en el triángulo formado por tus brazos. Aprietas. Te dejas caer de espaldas y cruzas sobre su cintura tus piernas, estrujando. Eres una boa constrictor sobre el suelo húmedo de tierra y hojas muertas.

—La mataleón, o llave china, como se le conoce, si es bien aplicada, no tiene escapatoria, deben tener mucho cuidado porque esta estrangulación puede ser mortal. La presión que apliquen debe ser sólo la necesaria... —La voz del Demonio en tu mente se disipa cuando aprietas la quijada y tensas el cuerpo al máximo.

Agustín manotea hacia tus brazos, pero no puede zafarse; sus espasmos e intentos por jalar aire son intensos y frecuentes. Cuando se atenúan, aflojas el apretón, el pulso de tu presa vuelve poco a poco al equilibrio. Acercas tus labios a su oído mientras él tose y respira con fuertes jadeos. “¿Viste lo fácil que fue?”, murmuras sin soltarlo, “¿sentiste cómo se te iba la vida? Pues recuérdalo siempre que me des la espalda; cada noche que quieras dormir junto a mí; no olvides lo que estos

bracitos de Barbie, como les dices, pueden hacer”. Tu voz baja hasta ser sólo una brisa en su tímpano. “Que no se te olvide, amor”. Te levantas. Despacio, vuelves la cama. Él se lleva las manos a la garganta. Un manantial de lágrimas va a dar de su rostro al piso.

–Pero ni éste ni ningún castigo –dijo el maestro soltando al alumno luego de aplicarle la estrangulación–, los llevará al dominio del ring; hay que estar ahí para vivirlo; no me interesa si quieren ser profesionales o no –recalcó mirándote–, quiero que cuando ustedes se planten en el cuadrilátero, el público no tenga duda de quién manda.

Asientes y te recuestas. Cierras los ojos. Escuchas a Agustín rozar la alfombra, tropica a gatas hasta la puerta mientras recupera la respiración. Despegas los párpados. Te mira desde el umbral. El sudor y lágrimas en su cuello y pecho reflejan la luz de la calle, lo perfilan contra la oscuridad. En su gesto se alternan la humillación y el miedo. Con una caricia en la sábana, lo invitas a volver. Se toca la nuca, traga saliva. Clava la mirada en ti y endurece la mandíbula. Sabes que lo está pensando, que aún debe sopesar su orgullo y su necedad contra tu determinación. Da la vuelta y se larga sin despedirse.

Demostrar quién manda. Como siempre, el Demonio tiene razón.

IV



¶ EL GÜERO Y YO SALIMOS DEL BUTAQUERÍO *por un camino que nos llevó de nuevo al corredor de concreto y vigas de acero. Junto a las puertas de los baños, pintadas de verde oscuro, había una más del mismo tono, aunque sin las leyendas “hombres” ni “mujeres” en ella. Un joven elemento de seguridad la custodiaba, con la consabida musculatura y playera negra, además de un corte de cabello cruza de mohicano con erizo. “Tons qué, mi Güero, ¿ya a descansar?”, dijo.*

“No, mano. Ya reposaré cuando me muera. Ando de guía de turistas.” Ofreció pepitas al tipo, éste tomó un puñado.

“¿Y ora por qué?”, el Erizo me miró con desconfianza.

“El joven es escritor”, contestó el Güero, “está escribiendo una novela que va a poner a la lucha libre como lo que es: el rey de los deportes en México. Yo le estoy echando una manita”, escupió algunas cáscaras. “¿Verdad?”, clavó sus ojos en mí, como retándome.

Así que eso le había dicho Carmona. Una novela que ensalzara los valores culturales y deportivos de la lucha libre. Pinche Carmona.

“Sí, eso mismo”, respondí con la vista en el piso o tal vez en el techo.

“¿En serio?”, dijo el otro y me ofreció la mano pringosa de sal; “si quieres entrevistarme, nomás di. Todavía no debuto, pero ya mero, cuando gustes te enseño mi equipo de enmascarado, me voy a llamar...”

El Erizo punketo, pensé.

“No seas tonto, mano; todavía no debutas y ya estás revelando la identidad. Novateas gacho.” Interrumpió el Güero, sus palabras llevaron al Erizo a bajar la mirada, por ahí se topó con la mía. “Mejor déjanos pasar al gimnasio y prende la luz para que el joven pueda ver bien.”

“Güerito, con todo respeto, ya sabe que a don Chava no le gusta que nadie entre al gym en la noche.”

“Eso te dice para que no metas a tus viejas.”

“¿Cómo cree?”

“A tus viejos, entonces, o lo que sea que metas, pero ya sabes que yo tengo puerta abierta en toda la arena.”

“Usted sí, pero...”, se rascó la cabeza.

“Viene conmigo”, el Güero me señaló; “es un intelectual, no se va a robar nada; nomás míralo, ¿qué cosa puede aguantarse?”

Ambos rieron de mi complexión y compartieron más pepitas. Muy pinches amenos.

“Pásenle, pues, pero se apuran.” Abrió la cerradura. Un pasillo oscuro se dibujó en la pared. El Güero se introdujo en el túnel. Di el primer paso hacia la negrura con ganas de que el anciano me diera la mano para guiarme, como si fuera mi abuelito en la casa de los sustos. “Si llega a pasar un superior voy a tener que echar la llave”, dijo el guardián de pelos necios mientras cerraba la puerta y la poca luz abandonaba esa boca de dragón, “no se asusten”, concluyó. Las fauces se cerraron con un chasquido metálico.

“Aguas, hay escalones”, advirtió el Güero, convertido en una voz que se alejaba hacia arriba.

Avancé despacio, tanteando el suelo con los pies para no tropezar. Tal vez el Erizo y el Güero eran compinches en una muy elaborada trampa perversa. No quería estrellarme con el filo de un escalón, perder el conocimiento y despertar con el orificio anal dilatado, cual monaguillo.

Oscuridad, puertas cerradas; recordé los anuncios de televisión que recomendaban a los infantes decir “no”, huir y contárselo a una persona de confianza. Aquí no había ni para dónde correr que no fuera con el Güero. Temí que el viejo resultara un depravado con las garras apuntadas a mi inexperiencia. Me puse alerta, por si de pronto una mano me buscaba la entrepierna. Eso y la pronunciada inclinación de la escalera ralentizaron mi andar. Seguí el rumor de las semillas al ser masticadas por el viejo.

Se escuchó un clic en alguna región de los tenebrosos cielos.

Un foco cansado iluminó el pasillo de mi ascenso. “A ver si así se apura”, dijo el Güero.

A salvo, subí los escalones de dos en dos. “Oiga, Güero, gracias por... convencer al cuate ése... de dejarnos... subir.” Mascullé jalando aire.

“Le dije que lo iba a traer, ¿no?” Respondió sin que su aliento denotara el menor esfuerzo por el ascenso.

Las luces del área del gimnasio se encendieron cuando yo aún no llegaba. A juzgar por lo largo de la escalera, subir al lugar era parte del entrenamiento.

Por fin arribé. El sitio olía a sudor a pesar de que el espacio era amplio. Había decenas de bancas y aparatos con mancuernas, barras y discos de fierro, costales para golpear, un par de cuadriláteros, uno de ellos cerca de una esquina con espejos a los lados; colchonetas desperdigadas por todo el lugar, además de un sitio para lockers. El color del vinil azul predominaba en el área, tanto en la lona de los rings como en los colchones. Las ventanas estaban pintadas con colores opacos. Las paredes lucían afiches descoloridos con imágenes de luchadores y carteles de funciones añejas; también había un grafiti que mostraba gladiadores enmascarados en acción. ¿Cómo estaba

encajado este gimnasio en la arquitectura de la Arena? Recordé las representaciones de termiteros, en los que cámaras enormes aparecían en los lugares más insospechados. Algún día, pensé, le echaré un vistazo a los planos del edificio. Desde afuera, no había indicios de que pudiera alojar un salón de tales dimensiones.

Lamenté que Carmona me hubiera enviado sin un fotógrafo. Mientras recuperaba el aliento, pedí permiso de tomar imágenes con mi celular, aunque supe que saldrían oscuras y borrosas.

“Haga lo que quiera”, respondió el Güero; “todos los gimnasios de lucha libre se parecen; da lo mismo.”

Imaginé las mañanas, tardes, días de trabajo/hombre encerradas en el recinto, los litros de sudor que se habrían derramado allí. Con razón el ambiente era cálido a pesar de la noche en el exterior. “Oiga, ¿cuánto tiempo le lleva a un novato aprender los movimientos?”

“Años, joven. Mínimo tres para agarrar cuerpo y no salir cojeando a las primeras de cambio.” Hice un gesto de dolor. El Güero sonrió. “No se asuste, eso es nada más el comienzo; de ahí al estrellato, el camino está peor de brincón y bravo.”

El gesto amable en el Güero me llevó a arriesgar un poco. “¿Y estos hermanos Quintero eran estelares?”

“Qué van a ser”, escupió cáscaras hacia un lado, “¿no ve que eran minis? Estaban destinados a no pasar de luchas especiales.”

“O sea que no eran buenos...”

“Yo no dije eso. Los minis no pasan de la tercera del cartel, así es el negocio. La gente quiere admirar colosos, y los chaparros nunca serán héroes del tamaño de los otros. Ni modo”.

“¿Y cómo los recibía el público?”

“A mentadas, igual que a todos los rudos.”

“¿Y usted cree que también eran rudos en la vida cotidiana?”

El Güero frunció las cejas. “¿Cómo?”

“Sí, a lo mejor le pegaban a sus mujeres, o las engañaban, o andaban en algo turbio...”

“Mire, joven, ya sacó su hebrita, ya no meta más hilo, ¿estamos?”

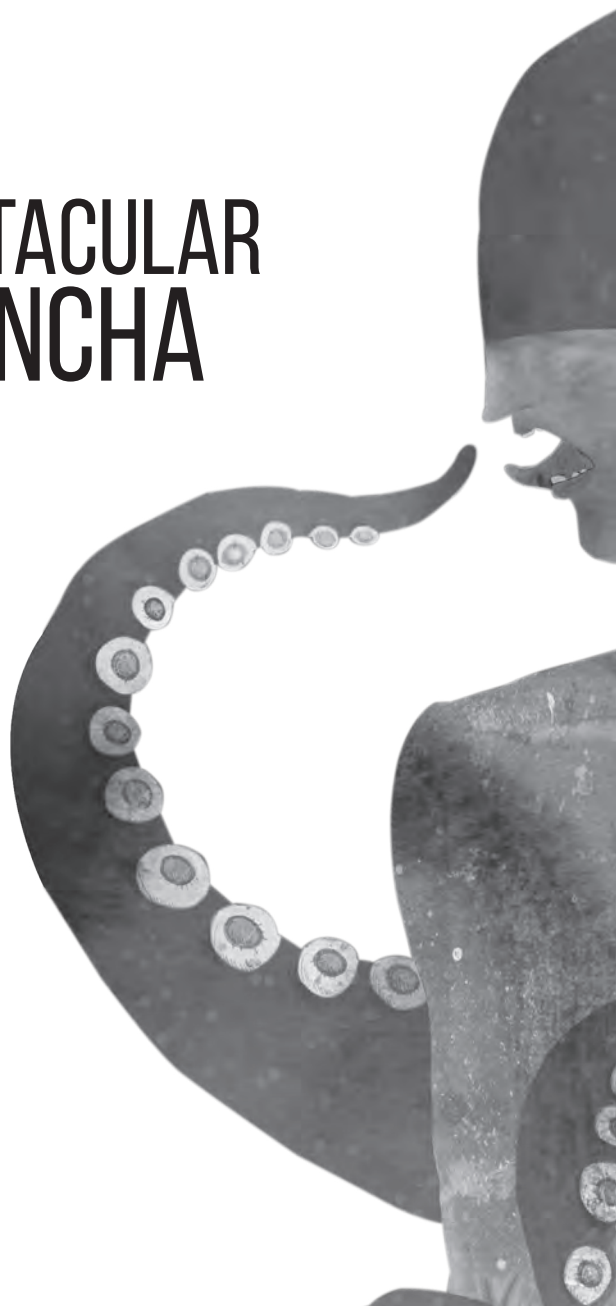
“Okey”, me resigné a hacer tiempo para resquebrajar el cascarón del Güero. “Pero bueno, si uno se tarda más o menos cuatro años en aprender las llaves y eso, ¿cuánto más lleva volverse estrella?, ¿cada cuántos años se sube de categoría?”

El Güero rió de plano, con ruido de matraca, sobándose la barriga y todo el número. “No, pues si no es el ejército. Para avanzar en los carteles tienen que pasar muchas cosas: que el público lo acepte a uno, ser cumplido, no sufrir lesiones con frecuencia, mostrarse solidario porque luego los compañeros son...”

“¿O sea que aquí también hay grilla?”, interrumpí.

“Grilla, envidias, cuatros, venganzas, traiciones. Somos hombres, ¿no? Y todo eso puede empujar a uno pa arriba o pa el hoyo, dependiendo de cómo se mueva y con quién se junte... Igual que en todo, hay que buscar cómo caer en blando.”

ESPECTACULAR REVANCHA



¶ ÍRALO, HASTA TE TIEMBLAN LAS PATITAS, Centella. Ya no pienses en eso; el Rafa es un profesional. No te va a dejar caer. Él sabe que el tope centella es demasiado peligroso, que puedes quedar paralítico... o hasta matarte.

No le saques; el Rafa aguanta. Una cosa es la vida de allá afuera y otra es la del ring; aquí en la arena no te debe fallar, no te puede fallar... aunque tú sí le hayas fallado... ¿Pero *agüevo* tenías que chingarte a la Martita?, vales madre... Ya; no te desconcentres. Agárrate chido a la cuerda y bríncale al tercer esquinero. Que no te dé frío, ¿cómo rebién que le brincaste encima a la Martita?, hasta tres veces, cabrón.

Ira al Rafa allá abajo. Todavía no se levanta chido del látigo, se ve medio apendejado, como cuando te lo encontraste al salir del *Jardines de Tlalpan* de la mano de la Martita, todavía iban tú y ella con el cabello mojado y oliendo a *Rosa Venus*. ¡La cara de pendejo que puso el Rafa! Bien que sabías que él quería a la buena a Martita, pero ai vas, cabrón, nomás a chingar la amistad con tus calenturas. Y luego la Martita que aistá en la primera fila, quesque para aplaudirte, como si fueras héroe; pinche vieja, namás va a hacer emputar más al Rafa, que es el único que sabe recibir el *tope centella* como diosito manda; el único que sabe cacharte bien... ya te vio, Centella; ya se puso firme. Ora sí, bríncale al poste y que Dios te bendiga.

“¿Pero qué le pasa a Centella Azul, Doctor?, se ve indeciso, a mí se me hace que ya le dio miedo hacer enojar a Valaguez, un rudazo de siete suelas, cinco estrellas y gran turismo.”

“¿Cómo crees, Magallán?, ¿cómo crees?, lo que pasa es que está tomándose su tiempo para no fallar el lance suicida que lo ha hecho famoso en todo el orbe: el tope centella.” “¿Famoso dónde, Doctor?, si no sale de su colonia; todo lo contrario de Rafa, el ‘Ráfaga’ Valaguez, figura internacional, que ya se incorpora en la tarima de protección.” “No va a tener tiempo ni de apuntar las placas cuando Centella Azul le caiga encima, Magallán; míralo, ya prepara su lance en la cima del poste; parece clavadista olímpico.” “Pero si hasta acá se ve cómo le tiemblan las rodillas a tu Centella, Doctor, ¿me vas a decir que es de frío?”

No tengas miedo, Centella. No veas al Rafa. Nomás calcúlale y ya estuvo. Verás cómo no se quita. Es un profesional, es el mejor compañero que has tenido, es fuerte, sí aguanta. ¿Cuántas veces han hecho el *tope centella*?, ¿cuántas? Y siempre te ha recibido bien, ni una lesión, ni una torcedura. El Rafa es de fiar, no como tú... Y después de todo lo que han hecho juntos. La neta es que no tuviste madre con lo de la Martita. Siquiera te la hubieras ido a coger más lejos del gimnasio, no que ahí a dos cuadras, ¿cómo no te iba a cachar?... ojalá y así de chingón te cache orita.

“Magallán, estamos a punto de presenciar el tope centella en la catedral de la lucha libre mundial, allí va Centella Azul.”

Ni siquiera te puedes persignar en frente de la gente; la neta, si tú fueras el Rafa te quitabas, ¿a poco no? Pero ni pedo, quieres ser estelar, hay que arriesgarse. Jala aire y arrójate. Primero hacia arriba, pa agarrar la postura; sepárate del poste y siente el sudor en el pecho cortado por el aire y la velocidad de tu salto; echa las piernas abiertas hacia atrás y acuéstate, suspéndete un instante antes de empezar a bajar con la choya por delante y los brazos extendidos como santocristo.

“¡Qué clase de vuelo nos está regalando Centella Azul!, ¡es un misil, un ave de presa, una verdadera bala humana!”

En un instante, la subida se te vuelve bajada. Seguro el Rafa sigue ahí, aguantador como siempre. Imploras que por favor no se vaya a quitar, mientras las tripas se te pegan al espinazo y cierras la boca apretando el abdomen. Desde el suelo sube un soplo frío mientras te le acercas y tu piel se va enchinando como si fuera la primera vez que te lanzaras, con el suelo esperándote y una burbujota que se infla desde tu panza hasta la boca y los güevos. Rafa no te quites por tu mamacita. No quieres abrir los ojos, sientes en tu pecho el golpe de viento que rastrilla el sudor y en los oídos la velocidad te susurra un madrazo. Es eso, la rapidez del bajón, el escuchar los ecos de gritos rebotados en la madera de la tarima, lo que te hace entreabrir los ojos. ¿Pa qué chingados vuelas con los ojotes cerrados?, ¿pa qué chingados te cogiste a la Martita?, ¿pa qué chingados traicionaste al Rafa si sabías que es el único que te puede cachar? A tu amigo el Rafa...

¿Rafa?, ¡Rafaaaa!

“¡Vaya encontronazo, Doctor!, parece que el médico de ring tendrá que entrar en acción.” “Efectivamente, Magallán, pero así es la lucha libre, ¿quién diría que ese malandrín de Valaguez iba a salir huyendo en el último instante?” “Nadie se lo esperaba, Doctor; aunque más sorpresiva fue la intromisión de Marta ‘Panterita’ Loyo, que salió de quién sabe dónde para salvar a Centella Azul capturándolo al vuelo.”

V



¶ TOMÉ ALGUNAS FOTOS LO MEJOR QUE PUDE. *La iluminación no era la adecuada. Habían pasado algunos minutos sin que escuchara la voz del Güero. Eché un vistazo alrededor, mas no encontré su figura gris. Okey, pensé, el viejo estaba por desaparecer de arrugado y flaco, pero no puede haberse difuminado en el aire. Sólo faltaba que, como en el cliché más gastado de los cuentos fantasmagóricos, un espíritu hubiera sido mi guía, mi Virgilio del mundo del pancracio. La sugestión se erigió sobre mi escepticismo, posando una capa gélida que me erizó los vellos de los brazos y la nuca.*

“¿G-güero?”, pregunté lo más decidido que pude. La voz me salió como chillido de ratón. Caminé hacia el centro del lugar, cerca de un ring, donde las lámparas de neón alumbraban mejor. ‘El Güero es ínfimo’, repetía en la mente para darme valor, bien pudo haberse ido sin que yo lo notara, igual que un pajarito o un grillo, como el que acabo de pisar. Al llegar debajo de los neones, sentí quebrar algo con el pie. No me habría sorprendido encontrar cucarachas allí, pero se trataba de una cáscara de pepita. Era parte de un rastro. Lo seguí con la mirada y hallé, muy cerca de la pared, junto a una constelación de desperdicios de semillas, los zapatos gastados del Güero. Había poca luz en ese rincón; el viejo se asomaba a la calle por una ventana abierta.

Fui hacia allá preguntándome qué chisme pasaría afuera que lo mantenía entretenido. Por sobre la cabeza rubia, me encontré tan sólo con el espectáculo de la gente que salía de la arena y visitaba los puestos. La calzada se veía invadida por

transeúntes, pues las aceras habían sido tomadas por vendedores y marchantes. Desde arriba, la escena podía confundirse con un bazar navideño: familias, niños comiendo golosinas, sonrisas, bullicio, luces y mercancías coloridas. Me sorprendió el número de personas aparentemente adultas que portaban máscaras sin complejo alguno.

“Esto es lo más bonito de las luchas, joven: el público. Todo el esfuerzo, el dolor, las privaciones que pasan los muchachos, se compensan cuando la gente les responde”, dijo el Güero. Escupió una cáscara al suelo.

Dudé que él supiera de lo que hablaba. Según lo que investigué, el Güero sólo había sido réferi. Debía de ser fácil decir “el sacrificio vale la pena por el aplauso del respetable” cuando no era uno el que se azotaba en la lona. No quise contrariarlo para no discutir y eliminar la posibilidad de averiguar un poco más sobre los hermanos Quintero.

“Yo quise ser luchador”, siguió con su razonamiento, “pero míreme: un charal. Así he sido siempre y en aquellos tiempos no había tanto brinco como ahora, puro castigo recio. Nadie quiso entrenarme por miedo a que me descoyuntara, y lo poco que sé lo aprendí por mi cuenta”, sonrió; “al menos pude entrar de réferi. Me habría gustado subir al ring a darme un entre y no nomás a declarar quién ganaba.” Elevó la vista y se alejó de la ventana. Seguí escuchando su voz. “¿Se imagina lo que es ser un ídolo?, levantar la mano en el centro del ring y ver cómo los fanáticos se alegran por el triunfo de uno?, o que las personas se enojen y se pongan tristes cuando uno pierde, que te palmeen la espalda y te alienten... dar autógrafos a gente que lo admira a uno por su valor, por lo que es capaz de hacer con su cuerpo... Eso debe ser, usted disculpe, bien chingón.”

“Sí ha de ser.” Contesté sin mucha seguridad. No alcanzaba a comprender cómo alguien podría tener por héroe a un tipo

en mallas o calzones que sube a hacer simulaciones de peleas para ganarse la vida. ¿Qué clase de persona que no sea un niño idolatra a un luchador? Simplemente no lo entendía.

VILLANO



The greater the villain, the greater the hero.

PAUL DINI

¶ DETRÁS DE MÍ, DEL OTRO LADO DEL PASILLO. Ahí está: el Villano. Bromea con su compañero de viaje, un réferi apodado el “Tolteca”. Jamás creí que viajaría en el mismo autobús que el Villano, ídolo de mi niñez y adolescencia. Me parece que soy el único que lo reconoce, lo cual es normal. Su cara es de lo más común. De hecho, puede decirse que es feo. Desde que perdió la máscara, mi carnal y yo hemos dicho que se parece a nuestro jefe. El rostro moreno acusa las décadas ofrecidas a la lucha libre: chato de tanto azotarse, de restregar la piel en la lona para que los aficionados, decenas o miles, dependiendo de la arena, salgan satisfechos. Las cicatrices en la frente marcan surcos profundos, pareciera vivir una preocupación sin fin a pesar de la sonrisa que ofrece al Tolteca mientras platican. Seguramente hablan de una anécdota, de ésas que los fanáticos sólo imaginamos, de ésas acontecidas tras los vestidores, donde se deja de ser un ídolo o un rufián, donde los gladiadores vuelven a ser hombres de carne machacada y hueso dolorido. “¿De qué están hechos los luchadores?”, se preguntan constantemente los comentaristas de la televisión. De lo mismo que todos los hombres. De los mismos ingredientes al menos, pero la receta de ellos lleva muchos huevos. Mejor miro para otro lado, se va a dar cuenta de que lo espío.

El Villano era un chingón, no hay otra forma de decirlo. El idioma español no alcanza, el mexicano sí. Desde que salía de los vestidores con su traje morado y rosa se notaba su fregonería. Pantera Rosa le llamaban las revistas de lucha. Podría haber portado cualquier otro color, pero él llevaba las mallas, las botas, la butarga y la máscara con orgullo. Demostró una y mil veces que el color no importa para un luchador de categoría. Fue campeón mundial cuando quiso; expuso los cinturones contra gladiadores gringos, canadienses, orientales y sudamericanos. Sin tomar en cuenta su peso logró ser una figura a nivel mundial. Si la lucha libre tuviera el estatus que tiene el box, por ejemplo, el Villano estaría a la altura de Julio César Chávez en la historia del deporte mexicano. Y ahora reposa tan sólo unas filas detrás de mí, a la derecha, rumbo al estado de Veracruz. Seguro que va a luchar por allá. ¿Bajará en Orizaba también? ¿Y si hablo con él? ¿Qué se le dice a un ídolo?

Está dormido. Hace rato me levanté y fui al baño. Pasé junto al asiento del Tolteca. El Villano duerme con la cabeza recargada en la ventana. Lleva gafas oscuras y una camisa floreada. Dormido se parece más a mi jefe. Hasta se peinan igual, de lado, los cabellos lacios y oscuros bordeando la frente. Yo no hubiera conocido al Villano de no ser por mi jefe; nos llevaba a mí y a mi *brother* a las luchas desde que éramos chavitos. Órale, carnal, hazte el dormido. Muchos jueves por la noche entré a la pista Revolución echado sobre su hombro, fingiendo dormir para no pagar la localidad. Mi tamaño menudo colaboraba para que el boleterero accediera a dejarme pasar.

Mi jefe era rudo. La pista era un lugar pequeño y a él le gustaba pararse a gritar su preferencia con el clásico “¡Arriba los rudos los rudos los rudos!” cuando el público estaba más callado. Su exclamación hacía eco en las láminas bajas de la

arena y siempre, sin falla, recibía como respuesta un huracán de mentadas de madre. Esa conducta influyó en mi *brother*, que se hizo rudillo desde chiquillo. Siempre fui técnico como todos los niños, las viejas y los villamelones. Mi padre hallaba enorme gozo en poner loca a la gente con sus gritos y se sentaba entre carcajadas. Mi carnal y yo nos queríamos vaporizar de la pena, pero los amigos o parientes de mi jefe, que con frecuencia nos acompañaban, casi se revolcaban de la risa. Era chido mi jefe. Bueno, es, porque no se ha muerto aunque tiene más de un año que no sé bien de él. ¿En qué andará? Cuando yo estaba morro, él era bien chambeador. Luego se volvió *güevón*. Siempre se quedó a la orilla de ser más. ¿Sería por briago?, ¿por menso? Nel. Era inteligente, al menos en dotación genética. Creo que yo también lo soy, aunque todavía está por verse si también fracasaré. A veces me da miedo que me haya heredado su gen *loser*. Si mi jefe hubiera sido un *champion*, como el Villano, a lo mejor no me sentiría como a veces me siento, que no hago nada, que no soy nada... nunca tan chingón como el Villano.

Si me decidiera a hablarle, ¿qué le preguntaría? A lo mejor haría la *najayotada* de pedirle un autógrafo. Lo que hubiera dado por tener mi especial de *El Halcón, sólo lucha libre* autografiado. Lo habría presumido en la secu como mi tesoro máspreciado. Qué luchones dio en esa época los domingos en el Toreo de Cuatro caminos contra el Hombre Pez, el Asesino, los Porkys, Pegassus Kid. Al lado del Bifaces, del Bárbaro Vera y del Pequeño Hamada, pero también qué chingas le pararon. Un montón de veces salía ensangrentado en camilla. Cuando iba a medio túnel, toda la arena retumbaba con la porra: “¡Villano, Villano!”. Yo también gritaba, desgañitándome con la cara roja porque quería ver que mi ídolo se levantara y, madreando y todo, regresara para

aplicar una villana o una magistral y saliera una noche más con la mano en alto y la afición con la sonrisa en la *face*, derechos a comprar una máscara rosa o morada, o ya de perdís una foto o una revista con el Villano en la cubierta.

Mi jefe, a pesar de ser rudo, también admiraba al Villano. La principal razón era que el Pantera Rosa comenzó su carrera en la esquina de los malvados. Con ese nombre de guerra, ¿cómo iba a ser de otra forma? Luego se cambió al bando de los limpios y volvía a las rudezas de vez en cuando, contra ciertos rivales o por temporadas. Cuando perdió la máscara andaba de rufián. En esos tiempos mi carnal y yo ya ni íbamos a las luchas. La pista Revolución ya no existía, el Toreo ya no presentaba funciones. A lo mejor mi jefe sí iba, quién sabe, yo creo que no. Nos llevaba de niños porque le divertía vernos reír o sufrir con el espectáculo, además de que iban sus amigos y se tomaban unas chelas. Al Toreo nos llevó más grandes porque se lo pedimos. Queríamos ver al Gigante Maya, al Can Guaguayo, a los luchadores gringos o japoneses, y yo, obviamente, al Villano, pero mi jefe se aburría. No gritaba. A veces, con cerveza en mano, comentaba algo sobre una llave o un castigo. Se advertía que él extrañaba el desmadre con los cuates, las láminas bajas de la pista Revolución que rebotaran sus gritos. Además, en el Toreo nos sentábamos en el primer tendido y sus porras jamás llegarían hasta el ring como en la pista. Creo que hubiera preferido quedarse en la casa a ver *Acción* o *DeporTV*. Pero igual nos llevaba, sacrificando su domingo por el nuestro. Mi carnal y yo ni tinta nos dábamos de eso. Nomás íbamos a ver el espectáculo, a emocionarnos con la estelar y a pelearnos casi a golpes porque siempre le íbamos a bandos diferentes. Ni siquiera le preguntábamos a mi jefe si le había gustado o no la función. Luego, con lo agarrado que era y todo, a veces

nos compraba una máscara o un luchador de plástico para la colección. Ya después no se pudo porque en la casa faltó el varo. Ni siquiera alcanzábamos a juntar entre mi carnal y yo para el *Box y lucha*. Veíamos los carteles en la calle y nos imaginábamos qué tan buena estaría la función. Luego ni eso, porque dejaron de pegarlos en el barrio. Nos alejamos de las luchas, nomás de vez en cuando las veíamos en televisión, pero no nos latía, ni de chiste eran lo mismo que en vivo, además que se trataba de otro elenco.

Lo siguiente que supe del Villano fue que había perdido la máscara. Un sábado en la noche. Tenía sed y andaba en la calle. Me acerqué a un puesto y pedí un Boing de guayaba, pero el puestero ni me peló, no dejaba de ver su tele portátil en blanco y negro. Reconocí la voz del doctor Linares, el comentarista de televisión. Mencionó al Villano. ¿Qué chingados? Si mi ídolo no salía en las luchas de la tele, no alternaba con las figurillas quesque luchadores del Consejo Mexicano de Lucha Libre. Me fijé. Sí, ahí estaba, aunque no se veía lo rosa de su uniforme entre los grises de esa mugre pantallita. Era un mano a mano con el Atlántico, la estrella de esa empresa. Lo que sea de cada quien, le estaba dando batalla al Villano. El doctor Linares a puro grito, bien emocionado. Entre uno de sus berridos me enteré que se jugaban las incógnitas. La boca se me secó más. Había visto al Pantera Rosa apostar la máscara varias veces en el Toreo, pero siempre confiado de que ganaría. Era demasiado chingón para perderla y además no iba a ser derrotado frente a su público. Esta vez era diferente. En la Arena México la figura era el Atlántico, elemento importante de la empresa, con prácticamente todo el público a su favor. Además, el Villano era mínimo diez años más viejo que la última vez que lo vi, entonces ya le andaba llegando a los cuarenta. Tragué baba con dificultad. Distraje

un momento al puestero para pagarle el Boing. Desenvolví el popote, lo encajé en el agujero plateado y empecé a sorber mientras el puto del Atlántico se zafaba de una magistral, uno de los castigos con los que regularmente el Villano cerraba la noche. Encontré en los ojos del vendedor la misma mirada de incertidumbre que de seguro tenía yo. Él también estaba con la causa rosa. Era la tercera caída y luego de la magistral el panorama no pintaba nada bien. Traté de hacer cuentas, ¿cuántos años tendría el Villano? Vinieron algunas llaves más, pero ninguna logró el objetivo: ni rendición ni cuenta de tres. Meneé la cabeza anticipando el dolor.

El Villano se rebotó en las cuerdas, el Atlántico lo alzó, vuelta al mundo, quebradora en todo lo alto. No era la primera vez que el rival de mi ídolo intentaba ganar una máscara con ese movimiento. Mi héroe sufría el castigo a la columna sobre los hombros del de capucha clara. Como el chingón que era, el Pantera Rosa aguantó. Más de un minuto lo tuvo arriba el Atlántico. Yo esperaba que en cualquier momento se le doblarían las patitas y tendría que liberarlo, pero nel. Se dejó caer de rodillas sobre la lona, arqueando de fea manera la espalda del Villano. No aguantó.

Mi héroe se rindió.

No quise ver lo que seguía, la humillación de despojarse del trapo empapado en sudor, la ceremonia de dejar de ser un titán, un personaje inmortal para integrarse a la canalla, a la bola de güeyes con nombre y apellidos, con fecha de nacimiento, credencial del IFE y todas esas pendejadillas que identifican a la gente común. No más misterio. No más incógnita. No más magia. No más Villano. Caminé en chinga, queriendo alejarme de la idea. No sé ni por qué me caló tanto, si ya ni siquiera iba a las luchas. No es fácil presenciar la debacle de un grande, la caída de un ídolo aunque sea deportivo.

Una cuadra adelante, en un puesto de tacos también veían la lucha. Pudo más la curiosidad. Quise saber quién era el cabrón que por mucho tiempo fue el mejor del mundo en lo que hacía. En la pantalla pude ver que la máscara del Atlántico era blanca con azul y que había aficionados llorando. En su mayoría eran adultos, gente que sabía lo que el Villano significaba para la lucha libre nacional. De rodillas, en el centro del ring, el derrotado aflojó poco a poco la agujeta de la máscara rosa. Al terminar puso las manos en la cintura y la mirada en la lona. Inclusive el Atlántico respetó el momento; en una esquina, sin aspavientos, dejó toda la atención en el derrotado. La mano derecha subió hacia el rostro. Los fotógrafos se apelonaron en un lado del ring, empujando al camarógrafo de la televisión. La pantalla tembló un poco, mientras el Villano arrancaba la tela que fue su segunda piel por más de veinte años.

La cara que quedó al aire me contagió inmediatamente de su tristeza. Lloraba. Tranquilo, pero lloraba. Se parecía a mi jefe un chingo: en las cejas pobladas, en el cabello ralo sobre la frente, en los rasgos chatos, indios y en el gesto.

Las últimas veces que vi a mi jefe, andaba como triste, como si la vida le pesara. No sé si era porque al verme a mí o a mi carnal le daba nostalgia de cuando éramos niños, o porque nos extrañaba o se imaginaba cómo sería vivir con nosotros. Sabe. Se ponía feliz al saludarnos, sonrisas, abrazos, pero luego, al notar que no teníamos plática, que no había mucho que decir cuando hacía un chingo no se compartía más que la sangre, los ojos se le iban aguadando y la sonrisa se le aplacaba, domada por no sé qué cosas pensadas o sentidas. A mí me daba gusto verlo, a mi carnal no sé, nunca le he preguntado. Con mi jefe siempre terminamos hablando de cosas que hacíamos cuando estábamos chicos, de cuando salíamos a pasear, a jugar. Hace mucho que no extrañaba a mi jefe, ¿para qué? Él anda en sus

bisnes, en su vida y nosotros en la nuestra. Pero fue chido con nosotros, al menos mientras fuimos niños, ya luego... ¡Verga! ¿Qué chingados?

Ahora sí se me sacudieron las ideas. ¿Ora qué? Unos pasajeros se quejan con el chofer y otros se asoman por la ventanilla. Parece que hubo un choque saliendo de una curva y lo esquivamos apenas. Estos conductores son rifados. Si yo hubiera venido manejando ya estarían contando los cadáveres, pero este güey, ¡fuum! un volantazo y ya estuvo. El que sí se dio un buen *mandrake* fue el cuate de enfrente, como venía jetón con la choya recargada en la ventana... el Villano.

Me vuelvo hacia allá. Sonríe, se soba la cabeza. El Tolteca se burla, se dobla de la risa. Las gafas oscuras del Villano están chuecas de la pata derecha. Debe haber sido un buen golpe, pero nada del otro mundo para él. Me acomodo de vuelta en mi asiento. Si él hubiera traído la máscara puesta, seguro que rompe el vidrio... Ya estoy grave; como si un trapo, por muy rosa que sea, le confiriera fuerza suprema al cráneo de su portador. Cuando era chamaco me creía lo que leía en las revistas. Que si el luchador se transformaba al ponerse la máscara, que si el personaje se adueñaba de la mente y al subir al ring el gladiador se convertía en un ente sobrehumano, demoniaco o aquello que representaba la capucha. Pendejadas. Desde ese sábado en que vi por primera vez el rostro de don Arturo, porque así se llama el Villano, me di cuenta que la lucha no era la fantasía épica que me imaginaba cuando estaba morro. Nel. Los luchadores son unos cabrones que por lo que sea decidieron ganarse la vida rompiéndose la madre con otros compas igual de locos o de jodidos que ellos. Son personas fuertes, valientes, con familias o vicios que mantener y tienen que entrenar un chingo para que salgan bien las rutinas y no se madreen ellos ni sus compañeros.

Creí que el día que conociera la *face* del Villano iba a dejar de idolatrarlo. Cuando lo vi el día en que abandonó la capucha en el ring: un ñor algo ruco, derrotado, feo, medio fofo, con el Atlántico levantándole la mano para hacerle menos culero el trago. Me pregunté cómo chingados pude venerar a un güey tan equis por tanto tiempo. Me salí de la taquería con esa duda, añorando los días del Toreo. Pero lo que luchaba no era la máscara, era él. Ese ñor con cara de azteca fue el campeón mundial semicompleto más de una década; él viajó a Japón, a Sudamérica, a Europa; él tiene un repertorio de decenas si no es que cientos de llaves y recursos a ras de lona. Él con su cuerpo gordo, con la frente y la barbilla hechas cagada por tantas cicatrices. Él es el Villano.

Al otro lunes compré el *Box y lucha* para enterarme de los detalles. Siempre pensé que el Pantera Rosa tendría un nombre legendario; no sé, Aquiles, Perseo o hasta Sansón, que sería de alguna región misteriosa e ignota, un hombre de eterna lozanía y vigor... Supe que se llama Arturo, que nació en el cincuenta y tantos, originario del D.F., de la colonia Morelos, luchador desde los dieciséis años. Toda una vida de sobarse el lomo de lo lindo; a veces literalmente, cuando los espaldazos estaban muy recios. Supe también, sin leerlo, que desde ese día el Villano decía adiós a las funciones importantes, a las arenas repletas por su presencia. Pocos son los ídolos que pierden la máscara y pueden sostenerse en el estrellato, y los que lo logran son jóvenes. El Pantera Rosa no perdió ni un gramo de calidad, pero el público no entendería eso, ellos querrían al Villano y no a don Arturo.

Ni pedo. Así es eso de quedarse sin máscara, de enseñar el rostro pelón al aire y hacerse cargo de todo lo que uno hace y deshace: sonreír y enorgullecerse por los triunfos y logros, bajar la mirada ante las vergüenzas. Eso de inclinar la cabeza

es algo innato. Los animales amaestrados, cuando la cagan, andan con la jeta pegada al piso en cuanto ven a sus dueños o domadores. No sé si les de pena, pero de que bajan la choya, la bajan. A lo mejor es la mímica que nos dio la naturaleza para pedir perdón, como si al inclinar el cuello dobláramos también el orgullo, como si la cara fuera un estandarte y lo rindiéramos. No sé.

Cuando nos despedimos de mi jefe tenía la cabeza gacha; ni siquiera un abrazo le dimos. Tal vez fuimos muy culeros mi *brother* y yo. Sé que le habría gustado que no nos fuéramos peleados, pero no pudo ser de otra forma. Mi madre supo que él tenía otra vieja, que le daba dinero a ella y a sus hijos. Varo que a nosotros nos negaba, alegando que no había chamba, que apenas para la comida. Mi carnal y yo estábamos en la prepa, mi madre no quiso que trabajáramos; pidió que nos enfocáramos a la escuela, que ella nos iba a sacar adelante. De todos modos me metí a lavar platos y mi carnal a desalojar borrachos en un antro. Cuando nos fuimos para la otra vivienda, mi jefe apenas se enteró. Una noche llegó y ya nos habíamos llevado un montón de muebles, ropa, trastes y objetos de la casa. Faltaban unas cajas de libros y discos y andábamos revisando que no se nos olvidara nada. Él nomás encendió un cigarro y se sentó en el sillón en el que dormía. Nos miraba como si le hubieran sacado el aire de un madrazo, con las lágrimas bordeándole los ojos. Cuando terminamos de juntar todo y mi madre se había salido, mi *brother* y yo nos quedamos viendo, sin saber si despedirnos o qué pedo. Sí, estábamos molestos, pero habíamos vivido siempre con mi jefe, ni modo de irnos así como así. Esos segundos de indecisión deben de haber sido los que le tomó a la voz de mi jefe deshacer el nudo de su garganta, porque con las palabras bien atoradas, amarrando el llanto, preguntó si ya nos íbamos.

“Sí”, contestó mi carnal, “ai nos vemos si nos vemos”. “Que les vaya bien” dijo mi jefe y como que quiso levantarse, pero mi *brother* se arrancó a caminar. “Gracias”, respondí inmóvil, “ps cámara, que esté chido”. Mi jefe clavó la vista en el piso. “Que les vaya bien”, repitió en voz baja y limpiándose las lágrimas. Mi carnal me gritó desde afuera que me apurara y me fui sin poder ver de frente la cara de mi jefe.

De eso ya tiene un buen de años. De repente nos hablaba, nos invitaba a comer o al cine. Casi siempre íbamos, pero lo veíamos con algo de resentimiento. Mi *brother* más que yo; ese güey es bien rencoroso. Luego ni eso, nomás dejamos de vernos y después se fue de la ciudad, aunque de vez en cuando nos echa un telefonazo.

Con el tiempo y la distancia agarré la onda de que con nosotros no fue tan *culei* como con mi madre. Mientras fuimos chicos nos dio todo lo que pudo, si luego no quiso, pus ni modo, ya estábamos grandes, chance hasta nos ayudó a ser más independientes. No lo justifico, pero tampoco es para odiarlo, y aunque cayó de mi gracia, no puedo olvidar que ese hombre que prefirió estar con otra familia es el mismo que me crió, me metía haciéndome el dormido a la Pista Revolución, me compraba mis máscaras y mis monos, me llevaba a ver al Villano. Chance y soy aficionado a las luchas nada más por no terminar de alejarme de él, por uno de esos vínculos extraños que se forman en la niñez y que los psicólogos insisten en desenterrar... quién sabe. La última vez que llamó... Cámara, el viaje se fue en chinga. Orizaba, 5 km, dice el cartel. La autopista se empina como tobogán de balneario, al fondo se ve la ciudad. ¿El Villano bajará también acá o se seguirá? Sé que en Poza Rica y en Córdoba hay buenos carteles de lucha, pero quién sabe si estén cerca. Igual y va hasta el mero puerto. Pa saber. ¿Sí le pido su autógrafo?, ¿no me verá muy

pendejo, ya con mis barbas y todavía pidiendo firmitas como cuando mi jefe me acompañaba junto al ring con mi libreta y mi pluma? Igual aunque sea lo felicito, le hago saber que todavía hay gente que lo admira, que lo respeta, que valora los años que se pasó rifándose el físico sobre la lona, que me vale gorro que esté gordo y viejo, porque aun así es mi ídolo, porque con o sin máscara sigue siendo igual de cabrón. Puedo platicarle la vez que en la Pista, escapándome de mi jefe y sin hacer caso de mi carnal, iba atrás de él con mi cuadernito cuando salieron los Misioneros de la muerte, quién sabe de dónde, a rajarle su madre entre los tres, sin fijarse que un escuincle menso y flaco corría el riesgo de quedar en medio de los madrazos. No sé cómo le hizo el Villano para percatarse del jalón que le di en la capa; consiguió desabrochar el botón que la sostenía justo antes de recibir los raquetazos en el pecho y los patadones en los muslos. Todavía alcanzó a empujarme a un lado un momento antes de que los Misioneros lo abataran de gacha forma. Me quedé con la capa morada en las manos, a un escaso metro de donde vapuleaban al Pantera Rosa, casi en estado de shock, pues nunca había estado tan cerca de los estridentes mamporros que se dan los luchadores. “Papá, papá”, me puse a gritar casi chillando. No sé cuánto tiempo pasó, no pudo haber sido mucho aunque el Villano ya sangraba con la máscara rota, tirado. Sentí que alguien me cargaba y alejaba del peligro. Era mi jefe. Me abracé a él. Me llevó a mi asiento, regañándome por haberme ido para el ring sin permiso. Yo todavía traía la capa en las manos. Pensé que podía quedármela, pero un chavo de seguridad fue por la prenda. El Villano ni se ha de acordar, de seguro no fue la única vez que un chamaco azonzado por poco y queda en medio de una madrina. Igual me salvó y sería bueno que se lo agradeciera. ¿Pero qué voy a decirle?: “Señor Villano, muchas

gra...”, ¿qué mamada es esa de “Señor Villano”? Don Arturo. Se llama Arturo, ¿no? “Don Arturo, disculpe la molestia, sólo quiero decirle que es usted mi ídolo y quiero agradecerle por haberse brindado sobre el ring como lo hizo, por haber puesto el nombre de México en las alturas y por haber sido el héroe de mi niñez...” suena mejor infancia, “por haber sido el héroe de mi infancia”. Luego le pido su autógrafo para presumirlo, aunque el Tolteca me vea como si fuera un niño pendejo. Sí, así le voy a hacer. ¿Dónde dejé mi cuaderno?

El camión se detiene. Orizaba. ¿Bajará aquí? Ahí voy.

Chale, está dormido. ¿A poco voy a despertarlo? Ha de estar cansado y va a llegar a quién sabe dónde a trabajar, ni modo que le diga al Tolteca: “Con su permiso, voy a despertar al Villano para pedirle un autógrafo”.

Ya me quedé con las ganas. Igual luego habrá otra ocasión. El lunes compro el *Box y lucha*, busco alguna arena donde vaya a luchar, me lanzo, veo cómo le hago para poder platicar con él y... ¿pa qué me hago pendejo? Ni voy a hacer nada. Es ahora o nunca, o más bien era hace rato o nunca. ¿Qué otro día iba a estar con él tanto tiempo, sin nada mejor que hacer que hablar? Ahí está mi ídolo, dormido, descansando. Creo que no puedo hacerle mejor homenaje que dejarlo así, recuperando fuerzas para que a donde quiera que vaya se rife como sólo él sabe y chance algún chavo de por allá también lo vea luchar y se acuerde de las mejores épocas del Villano o un niño admire su valentía, porque hay que ser cabrón para arriesgarse así a la edad de don Arturo.

Ahí se ve, Don Arturo, duerma chido, que sueñe con los angelitos enmascarados.

Cámara, ya está mi jefe en la sala de espera. No me ha visto. Llegó temprano. No me va a creer cuando le platique que el Villano venía conmigo en el camión.

VI



¶ EL PAISAJE DE LA VENTANA ME ABURRIÓ. Me volví. El Güero se hacía el perdedizo de nuevo. Seguí el rastro de semillas hasta el flanco del ring. Debajo de la tarima se veía un andamiaje: tubos, tensores, tuercas y cables sostenían los muelles de la superficie de combate. Contemplé el mismísimo esqueleto del templo de la lucha libre. Sacrilegio, pensé.

“¡Joven!”, irrumpió la voz del Güero. Sobre la lona, se erguía con actitud desafiante; me llamaba a subir con gestos de las manos. ¿Cómo habría hecho para treparse allí en silencio, a lo ninja, sin pujar, con ese cuerpo de carrizo? “Joven; ya que está en la sacristía de las luchas donde se forjan los hombres. ¿Se anima a echarse una caída?”

Su peso apenas hendía el colchón. Había dejado su tubo de pepitas en una ceja del ring. El anciano giraba el cuello y los hombros como si en verdad calentara los músculos para combatir. Clac, clac, imaginé el tronar de sus articulaciones. No quiero que me demande el INAH por daños al patrimonio antropológico del país, pensé.

“¿A poco le da miedo luchar con un viejo?”, azuzó.

Con un viejo, no. Me da miedo luchar. A secas. Las únicas veces que lo hice, contra mi hermana, salí con chichones, ojos morados, rasguños, y siempre derrotado. Prefería evitarlo.

“¿Cómo cree, Güero?”, respondí acercándome al cuadrilátero con la intención de ayudar al viejo a bajar. “Yo soy pacifista”, agregué en tono de broma.

“Eso del pacifismo es para maricas. ¿Cuándo se ha arreglado algo importante sin unos muertos o unos chingadazos de por medio? Éntrele. Al fin que somos casi del mismo peso.”

No me gustó nada eso de “maricas”. Como que le puso jiribilla cuando lo dijo. Pero no le iba a seguir el juego. Con esa vara hueca de metro y medio era imposible intentar cualquier tipo de contacto. Parecía que nada más de hablar se caía en partes. A lo mejor el sueño de toda su vida era morir sobre un ring y quería usarme de verdugo involuntario. Con un empujoncito que le diera, las vértebras se le desmoronarían igual que un mazapán.

Tomé la cuerda más baja. Era más recia de lo que pensé. La jalé hacia abajo e invité al Güero a descender.

“Mejor siga platicándome de los aficionados y los aspirantes...” El Güero no se acercó ni un paso. “...y de los entrenamientos, las funciones, y...” y ya déjese de tonterías y termine de decirme lo que sabe de los Quintero, viejo cabrón, que sólo por eso soporto el show del ‘Loco’ Valdez versión coliseína; me tuve que masticar la lengua para no decirlo.

“¿Para qué?, ¿para su ‘grandioso’ libro?”, dijo con un tono varios grados bajo cero. “Por cierto”, continuó, “¿cuál es el título?”

“Estee... todavía no lo tengo. Lo que pasa es que primero hay que reunir la información y luego ver cuál le va mejor.”

“Ah, ¿y dónde ha investigado?, ¿quién más le ha dado entrevistas?”

“Usted es el primero.” Esto sí lo dije con seguridad. No era una mentira, hasta sonreí para darle importancia al viejo.

“¿No se le ocurrió hablar antes con luchadores, con los meros protagonistas de esto? Está raro, ¿no?”

“Honor a quien honor merece. Usted sabe más que todos los luchadores activos de...”

“Más sobre qué; ¿sobre los hermanos Quintero? Llegó preguntando por ellos y luego mencionó que hacía un reportaje...”

“Bueno, sí. Entre otras cosas... Si quiere hablar de ellos, por mí perfecto.”

“Un reportaje de sangre, de nota roja”.

Se acercó y tomó la cuerda superior. Bajó la mirada hasta toparla con la mía. Me sentí encoger bajo esa perspectiva. Él trepado en el cuadrilátero y yo abajo, oprimido. El frío del lugar se intensificó en mis huesos.

“Ese libro que dijo el licenciado Carmona, es pura mentira, ¿verdad?”, preguntó en voz baja.

Busqué una respuesta rápida y convincente en mi cráneo. Mis ojos viajaron hacia el lado izquierdo, como siempre cuando quería inventar algo.

“Usted y el tal Carmona sólo querían sacarme el jugo acerca de los Sapos. Es más, usted ni siquiera es escritor... ¿Me equivoco?”

“Sí.” Le sostuve la mirada como pude. Carmona me las iba a pagar. “Se equivoca.”

“Qué mal, porque entonces no le va a interesar una oferta que tengo para usted.” Caminó hacia el centro del cuadrilátero. “Como le dije, los Sapos entrenaban aquí”, continuó y señaló hacia la lona. “¿Quiere que le platique de ellos?, aquí tiene que convencerme.”

Lo dicho, el tipo estaba chiflado. Yo aún tenía la opción de largarme con la cola entre las piernas y un reportaje a medias. Opción amarga... y sensata.

El Güero se desplazó hacia mí. “Por ésta”, dijo besando sus dedos en cruz, “que, si me gana, le cuento lo que sé.”

No había forma de salir bien parado de ese dilema. Si admitía el reto, con él aceptaba la inexistencia del libro ficticio, aunque parecía que ya no era gran misterio para el viejo. Si me echaba para atrás, para defender la mentira, el Güero jamás me daría la información de entraña, la que más valía para el reportaje que yo quería hacer.

¿En verdad podía ser tan difícil someter al viejo sin lastimarlo? No se veía más fuerte que mi hermana. Sólo era cosa de abrazarlo, colocarlo en el suelo y contar tres palmadas. Era la forma más sencilla de obtener la entrevista y la información que deseaba. Luego de eso, podía largarme satisfecho sin importar lo que él opinara. Ínguesu.

“Va”, me aferré a la cuerda y trepé al cuadrilátero con la agilidad de un bebé de sesenta kilos. El proceso me recordó que nunca había sido capaz de levantar mi peso en una barra.

Rodé sobre la lona igual que un oso panda desnutrido. El Güero literalmente aplaudió mi decisión. Cuando me incorporé, ya me esperaba en medio del ring.

“Así me gusta, sin máscaras”, dijo.

El telón se había desplomado. Para lo que iba a durar el trance, daba lo mismo. Ni siquiera me quité la chamarra.

Nos quedamos viendo uno al otro. El clásico duelo del oeste entre el joven pistolero y el... el brezal seco. Él sonreía, con las manos abiertas a la altura de los hombros.

Para sorprenderlo, acorté la distancia pegando una carrera. Él se mantuvo en la posición. Cuando lo alcancé, quise abrazarlo. Sentí un apretón en mi muñeca derecha y una tenaza en el cuello. El Güero se esfumó cual fantasma, o más bien se dejó caer con un giro, centrifugando mi impulso. Mi brazo derecho se tornó en un látigo que proyectó mi cuerpo hacia el aire. ¡Putas! Lo siguiente fueron mis costillas trituradas contra el piso. Mi torso fue un acordeón aplastado. Sin aliento, mi cuerpo se ovilló. Me estoy... muriendo, pensé; este espíritu... chocarrero y rubio me... sorbe el alma; me muero. Nunca me había quedado completamente sin aire. Boqueaba desesperado. Todo era de un rojo brillante que se apagaba poco a poco. Creí escuchar un estruendo metálico. Sentí una perforación en la espalda baja, por la que se escapaba el oxígeno... era un pez payaso fuera de su estanque... la vida apagándose... una película chafa, como las del Santo, que se fundía en negros.

SANTO SEBAS



¶ SEBAS SONRÍE AL ESPEJO. La máscara plateada sólo deja ver los dientes detrás de la abertura para la boca. En la sonrisa falta un incisivo que la semana pasada el ratón cambió por un billete de cincuenta. Sebas a su vez cambió el dinero por un álbum del mundial de futbol en México y cuarenta sobres de estampas en los que buscó infructuosamente la imagen de Hugo Sánchez, la viñeta más rara. *Qué malo que no haya un álbum de luchadores, sería bien padre tener todas las estampitas del Santo.*

Sebas viste mallas grises con parches en las rodillas y unas botas viejas pintadas de color plata. Él quería ir con el torso desnudo, como los verdaderos luchadores, pero su mamá dijo que “o se tapaba o nomás no salía, que el frío venía fuerte y que hasta neblina había en la calle”; resultado: Sebas lleva un suéter.

–Oye, Luis, ¿qué es *nieblina*?

–Es como el humo que sale en las películas de miedo
–contesta la voz del hermano mayor desde otro cuarto.

–¿Como en las películas del Santo cuando se pelea en los panteones? –pregunta Sebas y alza los brazos, tensando los bíceps al espejo del baño.

–Ajá –responde la voz de Luis.

Para alcanzar a mirar su imagen, Sebas se había subido a un banco. *Órale qué raro, yo nunca he visto esa nieblina en la calle, ni siquiera cuando fuimos al panteón el día que se murió el tío... ¿cómo se llamaba?; el tío... sepa la bola, el chiste es que no*

había ese humo que dice Luis. De seguro ora sí hay porque como me vestí del Santo... Mejor me apuro, no sea que la nieblina se enoje porque no salgo.

Sebas baja del banco.

–¿Cómo te quedó?, ¿no te aprieta?, ¿ves bien? –pregunta Luis, quien le regaló la máscara unos días antes y le ajustó las agujetas hace unos minutos.

–¡Está bien padre! –dice Sebas, salta para dar un último vistazo al espejo y se dirige a la puerta–; ya vámonos, apúrale –grita.

El hermano mayor sale de la habitación con las manos en la espalda.

–¿No se te olvida algo?

–Ah, sí –Sebas corre a la mesa del comedor y toma una calabaza hueca de plástico, de ojos negros y triangulares–, ya la andaba dejando –menciona con alivio.

–No, yo decía otra cosa –Luis muestra las manos. Lleva un trozo de tela, lo extiende. Una capa plateada con forro azul ondea entre ambos.

–¡Órale, está bien padre! –Sebas intenta ponerse la prenda; se lía entre la calabaza, la capa, las manos torpes y sus ímpetus.

–A ver, espérate –Luis acomoda la capa y la anuda.

Sebas arroja el recipiente de plástico, corre al baño, sube de nuevo al taburete y se mira al espejo. Cruza los brazos. El hueco del incisivo perdido aparece de nuevo.

–Ora sí soy igualito al Santo.

La idea del disfraz había sido suya, Luis le ayudó a llevarla a cabo; su mamá colaboró confeccionando la capa. *Hoy nadie me va a molestar, ni siquiera el Sapo; no me van a reconocer y a mí me van a dar más dulces que a todos porque tengo el mejor disfraz, porque al Santo todos lo quieren, porque nos salva*

de los malos y los monstros, y mis amigos no van a saber quién es el niño que se está llevando los mejores dulces, los Gansitos, los Mamuts y los chocolates, y al final cuando tenga la bolsa de dulces más grande de todas me voy a quitar la máscara y les voy a hacer burla como ellos me hacen... o mejor no les digo nada y al otro día en la escuela todos se van a preguntar quién era el niño con disfraz del Santo, sólo yo voy a saber y me voy a comer los dulces enfrente de ellos y no les voy a convidar ni un...

–Apúrate, chaparro.

El llamado del hermano lo devuelve al baño. Sebas echa un último vistazo al espejo y desciende del banco.

Salen del departamento hacia las escaleras.

–¿Verdá que yo ya vi todas todas las películas del Santo? –dice Sebas.

–No, te faltan como tres.

–¿Verdá que el Santo le gana a todos los monstros?

–Sí.

–¿Y verdá que cuando lo tiran le hace así –Sebas se tira al suelo y patea el aire–, y no le pueden hacer nada?

–Sí, pero levántate, estás ensuciando el disfraz.

–¿Verdá que al Santo nadie puede quitarle la máscara, ni siquiera la momia esa grandota de Guanajuato?

–No, nadie se la puede quitar.

–¿Verdá que la máscara del Santo es mágica y le da poderes y nadie puede ganarle?

–No, el Santo no tiene poderes... pero eso lo hace más fregón, chaparro, es como tú y yo.

Un tramo de escalones los separa de la planta baja y el zaguán.

–¿Y verdá que el Santo se avienta...?

–Estate en paz, ya sabes que no tienes que jugar en las escaleras –Luis toma la muñeca de su hermano y la aprieta.

Sebas se pone serio y desciende lentamente. Del otro lado del portón se percibe la luz blanca del farol callejero. *Es como cuando el Santo va a salir a luchar; eeehhhh, la gente lo está esperando, ¡Santo!, ¡Santo!, ¡Santo!; sale y corre saludando a la gente y un señor gordo igualito al Sapo, pero con bigote, se lo lleva cargando en los hombros y todos le aplauden, eeehhh.* Sebas aplaude con la mano libre sobre el dorso de la mano de Luis.

–Oye, chaparro, ¿y la calabaza?, ¿dónde vas a echar tus dulces?

–Chin –Sebas se da un zape–, se me olvidó.

–Ah, qué Santo tan chafa; espérame aquí, orita la traigo

–Luis sube.

Sebas se acerca a la puerta. Del otro lado de la lámina escucha las voces de los niños que viven en esa calle. Ríen. *Seguro se van a ir a pedir calaverita juntos y no me invitaron, nunca me invitan porque soy más chiquito.* Sebas toca la cerradura de la puerta. “Nunca te salgas solo a la calle, ¿oíste?”, la voz de mamá llega nítida a su memoria. *Pero no me voy a salir, nomás me voy a asomar.* Los dedos apresan y corren el cerrojo.

Varios niños con máscaras de goma, trajes negros o coloridos, maquillaje y heridas simuladas charlan al otro lado de la acera, la mayoría sentados en la banqueta junto al poste de luz. Todos llevan bolsas del súper, calaveras o calabazas de plástico. Algunos se frotan las manos o los brazos, entibiándose. No reparan en la figura de Sebas, quien los mira desde la puerta a través de la niebla. *Órales, ¿ese humo mojado es la nieblina?* Uno de los niños en un traje rojo y con cuernos fija la mirada en Sebas. “Íren, es el Santo” Sebas intenta esconderse tras el zaguán, pero lo que dicen los demás lo hace detenerse.

–Órale, sicierto, es el Santo.

–Está bien chida su máscara.

¡*Sí les gustó, no se han dado cuenta que soy yo!* Sebas sale a la luz blanca filtrada por la neblina, se pone en jarras.

–¡Santo, Santo! –animan un par de niñas.

El más gordo y alto del grupo, enredado en vendas manchadas con sangre artificial, se vuelve hacia donde miran los otros. Se queda quieto, las greñas oscuras de la peluca enmarcan los rasgos de cadáver descompuesto simulados por el látex. *La Momia-Sapo; el monstruo más feo y malvado que existe en todo el mundo y el universo.*

–Qué Santo ni qué su abuela, es el Sobitas –dice el Sapo–; ¿a poco el Santo se pone su chambrita para luchar? –Apenado, Sebas estira el suéter blanco–. ¿A poco el Santo tiene panza de perro parado? –Los pequeños explotan en risas.

–Sicerto, se parece al perro de la paletería.

Sebas trata de sumir la panza, lágrimas redondas bordean sus ojos. En la voz del Sapo, engravecida por el plástico blando, se asoma la burla:

–¿A poco el Santo chilla como vieja?

Sicerto, el Santo no chilla. La tela plateada de la máscara absorbe el llanto. *El Santo lucha.* Sebas se levanta el suéter, se descubre el pecho y sale corriendo hacia la niebla y los niños. Escenas del Santo siempre avante sin importar el rival llegan a su memoria. Sebas siente que la neblina vuelve todo lento, hace pequeños a los otros niños. A través de los huecos en forma de gota de la máscara plateada mira a una horda de zombies, vampiros, brujas y demonios que desean impedirle llegar a la momia mayor.

Luis baja la escalera. La calabaza de plástico se balancea a cada paso. En el zaguán no está Sebas. La puerta está abierta. Luis escucha gritos y carreras infantiles, después un fuerte

costalazo sobre el asfalto. Acelera el paso. “Pinche chamaco, ya sabe que no tiene que salirse”. Va hacia afuera. Gracias a la niebla asentada, la colonia parece estar en blanco y negro, como vista a través de un vidrio gastado. Alcanza a ver a unos niños que miran azorados hacia la otra banqueta. Regados por el piso hay cuernos rojos, una peluca, máscaras de zombies, sombreros cónicos y colmillos de plástico. Luis escucha un llanto apagado.

–Chamacos cabrones, ¿qué le hicieron a mi hermanito?
–alza la voz.

–N-nada, de veras, solito se puso...

–Quisimos agarrarlo, pero...

–Así, como loco, con unas fuerzotas...

–Yo no vi bien, la neblina no dejó ver...

–Cuando me fijé, ya se había sonado a dos...

–Luego se fue sobre el Sapo y...

–Hubieras visto, ¡qué ranazo!

Entre la niebla emerge el contorno de una figura fornida.

–¿Sapo? –pregunta Luis– ¿dónde está Sebas? –La silueta parece reducirse conforme se acerca, como si los músculos y la estatura fueran sorbidos por la niebla de la que emerge. El perfil emana resplandores plateados al venir hacia Luis, quien sólo acierta a petrificarse.

Al desprenderse de la bruma, la luz da por completo en el traje de Sebas. Se escucha un gimoteo ronco del otro lado de la calle.

–Tan grandote y tan chillón –dice Sebas, porta en la mano una máscara de momia con cabellos largos. La capa plateada parece alejar la neblina.

Luis se acerca al pequeño y se acuclilla frente a él.

–¿Estás bien?

–Sí, no me hicieron nada... el Santo es invencible
–responde el niño.

Luis asiente y frota la capucha de plata.

–Vamos a que pidas calaverita –dice incorporándose–,
antes de que haga más frío.

Sebas da la mano a su hermano y avanza arrastrando la
pelambreira oscura de la máscara de momia.

–No importa que haga frío, me gustó mucho la nieblina
–Tras la careta plateada, el hueco en la sonrisa aparece de
nuevo.

VII



¶ DE GOLPE, se tapó el agujero por el que se me fugaban los colores del mundo.

Ejjjjj. Pude jalar aire con un gemido nasal que me recordó el arranque de una aspiradora. El aliento me inundó con su lanza helada. La cadera y el espacio entre los glúteos y las costillas se convirtieron en un témpano de dolor, pero al menos podía respirar. Percibí la lona bajo mi espalda, las lágrimas que bañaban mi cara, y un híbrido de tos y risa que me atacaba de cerca. Exprimí más llanto con los párpados, abrí los ojos y vi la luz blanca en el techo, giré el rostro y me encontré con la cara del Güero a unos treinta centímetros. Al parecer, también yacía sobre el ring. El viejo se esforzaba por hablar, pero algo se lo impedía. Quise decirle “Qué poca madre” o “Ruco hijo de la chingada”. Pero mis pulmones se enfocaban en inhalar lo más profundo posible. Hablar era un proyecto a largo plazo.

Poco a poco, el dolor me fue dejando salir de su oscuro vientre, como si me pariera. Me volví con dificultad hacia mi “rival”. Se encontraba de espaldas sobre la lona, lo mismo que yo hacía unos segundos, el Güero movió la boca. Quién sabe qué dijo, sólo alcancé a distinguir “látigo irlandés” entre sus palabras mezcladas con una especie de risa-tos. Supuse que por fin se había deschavetado por completo con el golpe. ¿Para qué demonios ejecutaba esos lances a su edad? A gatas, me acerqué a escuchar sus últimas palabras, sin poder evitar imágenes fílmicas en las que el viejo moribundo revela secretos que guían al héroe en

su misión. En cuanto me levanté sobre los brazos, me di cuenta de la oportunidad impagable que se presentaba.

Puse una mano sobre el pecho del Güero para asegurar sus espaldas planas. El hombre no paraba de agitarse invadido por esa risa. Con la otra mano, comencé las tres palmadas sobre la lona mientras contaba en voz alta.

“Uno.”

“Dos.”

“¡Tres!”

Me arrodillé y levanté los brazos. “¡A güevo!, ¡a güevo, putos!”, farfullé hacia mi imaginario público.

El Güero se sacudió más y se acomodó de lado para poder reír a gusto.

“Hacía mucho que...”, dijo, “que no aplic... que no aplicaba un... un látigo ir... landés. Qué feo... azotón, joven... Dispense.”

Respiré aliviado al ver que el tipo se encontraba bien. Yo me había llevado la peor parte, pero a su edad no era sano derribar a nadie. Además, le saqué las espaldas planas. Yo gané. Ríe cuanto quieras, viejo. Obtuve limpiamente esta caída y con eso te he condenado a contar lo que sabes. Ahora es tiempo de pagar. Escupe, Lupe. Extraje mi libreta de la chamarra. Por suerte la pluma no se me había encajado con el golpe, aunque sí me dejó un cardenal en las costillas.

Ayudé al divertidísimo viejo a sentarse. Se recuperaba poco a poco.

“Güero... Güero. No es por nada, pero ¿podría empezar a contarme de los Quintero? Cuanto más pronto...”

“Ah chingá... chingá. ¿Y cómo por qué... o qué?”

“Pues porque le gané.” Agité las manos subrayando lo obvio.

“¿De cuál fumó? Eso fue empate.”

Empate mis gónadas. Sólo me faltaba que el viejo me quisiera tranzar.

“No, no. Le conté las tres palmadas bien claritas. ¿Me va a decir que no las oyó?”

“Ni maíz, paloma. Antes de eso los dos nos quedamos espaldas planas como por un minuto. Ahí estuvo el empate.”

“No ma... pero si nadie contó esos tres segundos.”

“¿Y eso qué? ¿Estuvimos en espaldas planas sí o no?”

Me quedé callado.

“¿Sí o no?”, insistió.

“Sí, pero yo a usted se las conté...”

“Nada qué. Lo dejé que se ilusionara porque ya habíamos empatado.”

Lo dejé, cómo no. Si estaba a medio ataque de tos, ya parece que iba a poder zafarse. Tranza, como todos los réferis de lucha libre.

“No sea tramposo, Güero. Pierde al que le cuentan las tres palmadas...”

“¿Va a querer enseñarme las reglas a mí? ¿A mí?” Le dio otro ataque de risa-tos. “Créame que... que ahí sí lleva todas las de... perder, joven.”

Las de perder. ¡Eso! Según él, yo no gané, mas no perdí.

“Espérese, Güero. No le gané, va, pero tampoco perdí. Cuénteme la mitad de lo que sabe.”

Él me miró con interés mientras controlaba su respiración de nuevo, como un gato achispado que escrutara una musaraña.

“Nada tonto, ¿eh? Mire, me gusta que sea entrón, pero así no fue el trato.” Se volvió y bajó del ring reptando. No olvidó tomar las pepitas.

“No sea así, Güero. Usted le dijo a Carmona que me iba a ayudar.”

“Carmona, Carmona. Mejor no lo miente. El licenciado dijo que iba a mandar a un escritor para una novela y mire nomás... Usted todavía viste uniforme de párvulo. Ni siquiera

trae grabadora o cámara. Usted tiene de escritor lo que yo de trapecista.”

Bajé la cabeza. Bastante tenía con haber sido azotado por un viejo como para que también me restregara en la cara mis fallas profesionales. No me patee las bolas, pensé; además de las magulladuras y la humillación, ¿nada más me llevaré de este paseo del carajo? Ni madres.

“No. Espere. A lo mejor tiene razón y soy mal periodista por no traer grabadora, Carmona es un mentiroso y mi reportaje será horrendo...” Intenté incorporarme. Un dolor en la cadera me hizo recordar la forma en que mi hermana andaba los días inmediatos al nacimiento de mi primer sobrino. “Pero escritor sí soy. Pregúntele a Carmona quién ganó el concurso de cuento de la editorial.” Dejé que la información se asentara en su cabeza canosa y luego proseguí. “Platíqueme de los Quintero y verá cómo de ahí sale una buena historia.” Avancé de rodillas hasta recargarme en las cuerdas.

Clavó los ojos azules en mí. El gato se había cansado de jugar con la presa. “Tuvo su chance y lo desperdició. Vámonos.” Sentenció y caminó hacia las sombras con mayor lentitud que al principio, supuse que resentía el golpe.

“Pero es que usted dijo que me iba a ayudar...”, repetí medio desesperado.

“Sí, y le puse una condición muy sencilla. No pudo. Ni modo. ¿Qué quería?, ¿que le diera la información así nomás, sin hacer nada? ¿Es de esos a los que su mamá les dio todo en la boquita?, ¿es de los que quieren todo con envoltura y moño?” Mientras lo decía, gesticulaba con sorna. “Pues no. Aquí en la Arena todo cuesta. Todo se gana con esfuerzo y fregadazos. Para valorar algo...”

“¿Hay que ‘luchar’ por ello?”, interrumpí en tono burlón. “Porque aquí lo que no es ‘lucha’ no vale la pena. Porque aquí si

no soy musculoso, no me gusta azotarme de lomo y no me oculto bajo una máscara, mis palabras no valen una pepita.” Me fui levantando hasta quedar de pie. “Porque si no me dedico a andar en mallas o calzones mientras hago como que peleo, nadie me toma en serio. Porque aquí pesan más los disfraces, la faramalla, ¡la falsedad!”, grité ya sin contener la frustración. Me habría largado si hubiera sabido por dónde hacerlo.

“Usted no entiende nada.” Me dio la espalda con un movimiento brusco, pateando los desperdicios de semillas. Se dirigió a un rincón oscuro, lejano a la escalera por donde habíamos subido y se dejó engullir por las tinieblas igual que un espectro que se fundiera en la penumbra.

Bajé del cuadrilátero y busqué la escalinata por la que llegamos para salir por allí. Desde aquel gimnasio se distinguía la puerta de metal varios niveles más abajo. Descendí unos peldaños y recordé lo que había dicho el hombre de seguridad, acerca de que tal vez cerraría la puerta con seguro si pasaba un supervisor, o algo así. Minutos atrás, mientras me recuperaba del “látigo irlandés”, escuché lejanamente un chasquido metálico. ¿Y si había sido el seguro de la puerta?, ¿y si el Güero me hacía la maldad, me dejaban encerrado y apagaban la luz? Podría usar el celular para llamar a la policía y... Me lleva. El celular estaba en mi chamarra, del lado sobre el que había caído. Lo saqué e intenté prenderlo.

Nada. Ningún foquito o brillo en la pantalla. Apuré el paso hacia donde se había alejado el Güero. Me di cuenta lo cerca que había estado de darle gusto a Carmona y al viejo en su afán por demostrar que yo no podía con esa entrevista. No, los magullones no iban a ser gratis. Le iba a sacar la información a este tipo aunque tuviera que seguirlo a las entrañas de la Arena y hacerle un tirabuzón, tornillo, catrina o como se llamara la llave más dolorosa.

“¿Es por aquí?”, pregunté con voz reconciliadora.

Nadie respondió. Luego de unos segundos de silencio, avancé hacia la oscuridad.

Desde las tinieblas vino un sonido metálico fuerte y luego otro de arrastre. Las cadenas de un ánima en pena, me dije. Se me erizaron los vellos de la nuca. Un filo de luz hincó los colmillos en el rincón y me permitió ver la silueta del Güero, tan delgada que apenas bloqueaba la luz, alejarse por allí.

Ya me iba acostumbrando a seguir al viejo sin hacer preguntas. Fui hacia la luz hasta quedar atrás de él.

Con razón me habían parecido eternas las escaleras para subir al gimnasio. Estábamos en las gradas, en “gayola”. El gimnasio estaba en este nivel, y hasta acá habíamos ascendido por aquel tramo negro.

El pasillo superior, desde el cual se dominaban todas las localidades de la Arena, rodeaba la totalidad del recinto, era la base del embudo invertido que constituía el coliseo; uno podía vagar por ese mirador como un planeta orbita alrededor del astro más importante, que en ese caso era el ring. El viejo señaló al otro lado de la circunferencia donde una escalera de barandales anaranjados descendía.

“Allí está la salida, joven. Apúrele o no alcanza al metro.”

No hice caso de la indirecta. Me iba a largar hasta que yo quisiera, no cuando un viejo demente lo indicara.

El público se había marchado. Sólo se veían deambular hombres y mujeres con uniformes de afanador entre las gradas en grupos de dos, con escoba, recogedor y bolsa negra en mano. Muchos de los hombres eran gruesos y lentos.

“Buenas, Güerito”, dijo uno de ellos con voz grave al pasar cerca de nosotros. A mí me ignoró.

“Buenas, Lobo”, contestó el viejo, guardó el paquete de semillas y siguió avanzando frente a mí. “¿Qué tanto me sigue?”, me dijo sin volverse.

Permanecí en silencio. Anduvimos unos pasos al compás de las escobas que se deslizaban. El Güero se apoyó en la balastrada. Miró hacia los asientos vacíos y el ring que se recuperaba de los azotones recibidos. Habían retirado las cuerdas del cuadrilátero, despojándolo de su carácter belicoso. Parecía una gran cama de ésas con columnas y dosel.

“Váyase”, continuó él. “Quise hablarle de lo atractivo, de lo luminoso, y no entiende. Usted por lo que vino es por esto, por lo gris, por lo triste; no vino a ver al perro por sus maromas sino por sus pulgas.”

Su gesto adusto me llevó a querer congraciarme.

“Entienda, hombre, no es nada personal, es mi trabajo...”

“Mire a ése”, señaló con las cejas al tipo a quien acababa de saludar. “El Lobo de Siberia, se hacía llamar; fue campeón semicompleto de occidente y nacional de parejas con el Doctor del Mal, iba para arriba hasta que en una fiesta de barrio asesinaron al Doctor y a él le metieron un plomazo en la rodilla; sólo sabía luchar, nada más. Iba para campeón, para estrella. Mírelo ahora.”

No lo vi. Mi atención se centró por entero en el gesto del Güero. Pareció adquirir la rigidez de la madera. Sólo sus ojos saltaban de un objetivo a otro como siguiendo chispas.

“Y no crea que es el único. Podría contarle la historia de ése”, prosiguió y apuntó con el índice, “o la de aquél, la de ese otro, la de Sangre India, o la de los Sapos, pero usted no se lo ganó. Esos cuentos son de aquí y aquí se quedan, entre las paredes de la Arena. Por eso nadie quiere hablar con usted de ellos. Usted es de otro mundo, desde el que sólo ven las máscaras y los calzones, y les causa risa, pero no ven a los hombres que les dan vida... Sí señor, hombres. Aunque algunos sean ídolos, no son eternos más que en las revistas y en los carteles, en la memoria de algunos fanáticos. Pero cuando la función se acaba, ¿dónde quedan los reflectores?...”

VIEJAS GLORIAS



Ríe y el mundo reirá contigo. Solloza y llorarás solo.

GARON TSUCHIYA

¶ LLEVABA DETENIDO ALGUNOS SEGUNDOS. Su figura esparcía una sombra ancha sobre los mosaicos. Sopesó la caja de cartón que portaba en las manos; el metal y el cuero chocaron dentro. En su vientre también hubo un encuentro de tripas contra tripas. Shhh, cállense, cabronas. Dejó escapar un suspiro y dio un paso hacia el interior.

—¿Ora qué trae, mi Bárbaro? —saludó Mico, el dependiente, a quien cada vez veía con más frecuencia.

—Nada —contestó él sin decidirse a entrar por completo en Casa Oviedo—, nomás saludando.

Mico frotó con un trapo húmedo uno de los mostradores que ofrecían floreros, radios, miniaturas y otras mercancías de antaño. Grabadoras, teléfonos celulares, televisiones y un par de consolas de videojuegos se ofrecían a precio de seminuevo en la vitrina principal. ¿Te acuerdas cuando en tu casa había de todo esto? Tus chamacos tenían un Atari y su tele cada uno, para que no se pelearan. Pinches escuincles, ¿qué andarán haciendo?, ya hasta han de ser casados.

—¿Cómo anda? —dijo el que limpiaba.

—Pus ai pasándola; ¿ya se llevaron el tocadiscos?

—Sí, la otra semana vino un don que tiene un puesto en la Lagunilla y luego luego le echó el ojo; no me diga que venía a recogerlo, mi Bárbaro, psí venció hace harto.

–Ya sé, pero me gustaba verlo, igual y podía recuperarlo.

Como si tuvieras música para oír. Ya viniste a dejar acá tus discos de José Alfredo y la Santanera, pensando que luego volverías por ellos; y sí volviste, pero a dejar más cosas. Estaría bueno que juntaras pa otro tocadiscos. ¿Pero con queso las enchiladas? ¿Vendiendo cartón? Ta fácil.

–¿A poco de veras quería recuperarlo, mi Bárbaro?, ¿con qué luz? –preguntó Mico.

–Ah, chingá, y por qué no, si me llamaran a una función de homenaje o algo; la otra vez fui con el Baby Face y otros compas y me dijeron que don Chava andaba viendo eso, juntarnos a varios de los de antes para un homenaje; el Baby Face quedó de buenas en la empresa y a lo mejor le hacen caso y se hace la función... luego la gente se acuerda y te da dinero; no creas, hasta billetes.

–Órale, taría chido –dijo Mico y continuó su limpieza en otra vitrina–, lo alivianarían machín, ¿no?

–Sí, y volverías a pisar una arena, aunque fuera un rato; ora ya no te dejan entrar, don Chava se retiró, le dejó el negocio al junior y ése no respeta a los viejos, no sabe que por ustedes tragó filetes. Así son los jóvenes, sólo se acuerdan de lo malo; de haber sabido, te habrías portado mejor con él y con los tuyos, con Alma... ¿dónde andará?, si no le hubieras hecho tanta chingadera... pero pinches viejas, son cabronas, ¿dónde están ahorita?, ni una pa cuidarte.

Las tripas gruñeron de nuevo.

–Ora, mi Bárbaro, ¿se tragó unos chihuahueños o qué?

El hombre cubrió su abdomen con la caja, queriendo acallar el bramido.

–¿Lo molesto? –continuó Mico– está en la mera entrada, dele chance a la gente, porfa.

–Perdón –dijo y se introdujo por completo al lugar. Curioseó un mostrador atestado de collares, relojes y esclavas.

Afuera del lugar pasó, corriendo como siempre, el Espidi. El Bárbaro lo miró reflejado en el vidrio.

–Dile que te ayude con la basura. Tienes como cuatro bolsas nomás enmoscándose ahí. Ya ves que nunca te cobra por los mandados. El Espidi es ley.

–Espí... –Un acceso de tos impidió el grito.

La figura del adolescente se perdió entre las personas sobre la acera. Con una mano, el Bárbaro se oprimió el pecho, que imitaba el ruido de un motor ahogado. Kjjjjjjj, kjjjjjjj, el hombre hacía retumbar el paladar extrayendo una flema espesa del centro de su tórax. Sintió en la garganta el cuerpo denso y lento al deslizarse como un tlaconete que ascendiera por la pared de un pozo, por la chimenea húmeda y costrosa que era su garganta. Equilibró la caja de cartón en la otra mano. Sonrió al recibir el gargajo duro sobre la lengua; lo paseó por su boca, llenándola de amargura y saliva. Qué gallote has parido, casi puedes masticarlo de tan macizo, ¿hasta dónde podrás llegarlo?, ¿te acuerdas cuando un escupitajo tuyo atravesaba la avenida sin broncas?, qué pulmones, no había quién te ganara en las escupidas, para eso también eras bueno; y cómo le molía a Alma que echaras tus gallos en la calle, de banqueta a banqueta. Lanzó el salivazo hacia un árbol de la acera. La mucosidad viajó con movimientos de amiba, extendiendo múltiples brazos hasta estrellarse contra el tronco. Quedó allí como un huevo frito. Adiós, hijo mío.

–Hijos, qué gallote; parece que lo escupió Godzilla –dijo el empleado con admiración–, pinches pulmones de Tarzán que se ha de cargar.

–Pa servirte –repuso el hombre y ensayó una caravana. El cuero y el metal sonaron de nuevo dentro de la caja.

–Ya dígame qué lo trae por acá, mi Barba...

–Pus las patas –interrumpió moviendo con fuerza los dedos de los pies. Las uñas largas rasparon la lona cochambrosa y gastada de los tenis. Una agujeta grisácea y otra azul marina ajustaban la tela a los empeines anchos.

–Ta bueno su chiste, ¿lo acaba de inventar? –dijo Mico con sorna.

Muy pinche gracioso. Cualquiera te cabulea ahora. Antes qué se iba a burlar de ti un cabroncito como el Mico. Te veían en las cantinas o en los salones con tus playeras de ponchado, estirada la tela sobre el pecho, sobre los conejotes y la espalda de toro. Nomás de verte se les hacía la voz de señorita, “¿qué va a querer, don Bárbaro?”, “¿qué se le ofrece?”, “¿qué le servimos, don Bárbaro?”. “No me sirven ni pal arranque”, contestabas y todos a reírse o se llevaban su candado al cuello o su manita de puerco. Don Bárbaro... don pendejo te hubieran dicho, gastándote los pesos en tragos y viejas. Luego ni te las cogías, ahogado de briago. Y Alma, tronándose los dedos cada quincena. Pero la vida era chiquita y pa gozarse.

–Fuiiii –silbó Mico–, Bárbaro, hágame caso.

–¿Qué pasó?

–Le digo que qué trae en la caja, suena a fierros; si son monedas viejas, ya le dije que se las lleve a don Cosme, ése sí se las compra.

–No, qué van a ser; si tuviera monedas no se hubieran llevado el tocadiscos.

–¿Tons qué trae?

El Bárbaro sacudió la caja.

El ruido de cuero y metal de cuando te pusieron el cinturón. El réferi chocaba la hebilla con los remaches. Cinturon sote de campeonato mundial. Peso completo. Ai nomás. Se lo quitaste al Vikingo, tu valedor; se decían compadres antes de que te poncharas a su mujer. Nada raro, pa eso son las comadres, ¿no?

Cuero lustroso, metal brillante. Le escribieron tu nombre con letras rojas encima del escudo de la empresa. Lo defendiste como treinta veces, antes recordabas cuántas luchas y contra quiénes fueron. Te ardió cuando te anunciaron que otro iba a ser el campeón. ¿Por qué te lo iban a quitar, si era tuyo, si tú lo habías ganado?... Pura mentira, el campeonato era de la empresa, y lo sabías. Como dijo José Alfredo: “ya ni pedo”. Alguien más fue monarca; le rogaste a don Chava para que te permitiera quedarte con el cinturón, para que en las noches lo acariciaras y recordaras cada una de las veces que lo defendiste en batalla. Don Chava te dijo que luego ibas a tener chance otra vez, si te disciplinabas, si te alejabas del trago, si volvías al gimnasio como antes, si Alma dejaba de buscarte en la arena cada tercer día. Se lo prometiste. No le devolviste el cinturón y mandó hacer otro, ya tenía el molde; “está bien, Bárbaro, quédatelo, que te sirva de recuerdo, aunque todos quisiéramos que volvieras a tenerlo en el ring; haz méritos y palabra que habrá oportunidad de ser estelar otra vez; ya sabes que soy derecho con los que son derechos”. A don Chava también le fallaste.

Cada noche le llorabas al campeonato, jurándole como a la virgen que te ibas a meter en cintura, a renunciar al chupe. Dormías la mona abrazado del cinturón, con el frío del metal pegado al pecho. Por la mañana lo volvías a poner en la repisa, entre los muñecos de plástico y las fotos recargadas en la pared, una de ellas, en la que estás con el Santo, alguna vez estuvo enmarcada, igual que la del reportaje cuando apenas habías ganado el campeonato: joven, ponchado, cabello largo y oscuro, patilla ancha y dientes completos, risa burlona, de rudo.

–Fuiiiii, Bárbaro, ¿no le digo?; se queda ahí como si le pusieran pausa.

–¿Mande? –volvió el hombre a la tienda.

–Ya, –continuó Mico– me va a decir qué trae ahí sí o no.

El hombre miró la caja en sus manos, luego las vitrinas y la caja de nuevo. Es tu tesoro, ¿cuánto podrán darte por él?, ¿para qué le sirve a alguien más? Uno de tus excompañeros te comentó que podrías sacarle miles con un coleccionista, pero dónde vas a encontrar uno, ¿aquí en el mercado?, ¿en la Lagunilla? Te dijeron que en Internet, pero las computadoras son como de Saturno para ti, ni esperanzas. Preguntaste a Mico y al Espidi, pero ellos apenas saben usarlas para ver encueradas: “eso es pa los de varo, don Barba”, contestó el Espidi. No hay de otra. Ya estás acá.

Imaginas el cinturón allí, entre lo estéreos, reflejando la luz. Es lo único que brilla en tu casa cuando abres la cortina, lo único que cuidas, lo único que ha mantenido el fulgor en los últimos años. Ahora va a brillar aquí, en esa repisa de Casa Oviedo.

A Mico le chispearon los ojos con curiosidad cuando el Bárbaro se acercó levantando la caja.

–Ira Mico, lo que traigo aquí es muy especi... especial.

Algo en tus entrañas te hizo tembeleque la lengua, te dijo que no, que por algo habías guardado esto para el último; ¿a poco ya llegaste a lo último? ¿De veras tienes que deshacerte de él? Has soñado en ponértelo de nuevo si hubiera una función de homenaje, para que la gente te vea llegar como antes, hasta te recortarías la barba y el bigote; sí, subir al ring y desde allí mirar con desdén a la afición, espetarles “jodidos” a los de las gradas, si es que la voz alcanza, porque últimamente cuando quieres alzar el volumen esa pinche carraspera no te deja; sí, ponerte en jarras para que se vea fulgurar el cinturón y reír retadoramente; gritar “Ya llegó su padre” con voz que haga temblar las tres cuerdas como ahora lo hacen tus dedos que parecen rebelarse y no quieren mostrar a Mico el último fragmento de tu dignidad oculta entre paredes de cartón.

El Bárbaro obligó a sus manos a flotar hacia el mostrador.

–Mira, Mico...

–¿Qué le pasa, mi Bárbaro? –El empleado rodeó el mueble al notar que las piernas del hombre flaqueaban.

El hombre dejó la caja, apoyó las manos sobre el vidrio, respiró con esfuerzo, bufó y pareció tragar bocados de algodón.

–¡Don Barba! –una voz aguda y alta taladró los oídos de ambos.

El hombre se llevó las manos al pecho e intentó toser.

–Pinche Espidi, vas a matar al Bárbaro con tus gritos.

–Oh ps esque... –el adolescente recién llegado se interrumpió para jadear–, esque...

–Es que siempre has de gritar como corneta de payaso –aprovechó Mico la interrupción.

–Pinche Mico siempre pensando en la corneta ¿verdá?

–El Espidi volvió la cara sudorosa buscando la aprobación del hombre que hacía ruidos de fuelle agujerado–; ¿otra vez, don Barba? –preguntó al hombre con tono preocupado.

–¿Ves, cabrón? –dijo Mico–, sigue asustándolo con tu voz de pito.

–Ai te va –repuso el Espidi y fue hacia el Bárbaro.

Extendió los dedos en una palma parecida a la de una rana y asestó un par de manazos recios en la amplia espalda del hombretón. ¡Madres!, sientes cómo el golpe genera un huracán en el centro de tu pecho. El vendaval surca tus entrañas, arrastra escombros y por fin puedes toser con fuerza.

El hombre se dobló, ruidos guturales lo rasparon. La brisa tibia emanada por su boca y nariz roció la vitrina del mostrador.

–¡No la chingue!, acabo de limpiar –Mico se apresuró a pasar de nuevo el trapo mientras el adolescente palmeaba con suavidad el lomo del hombre vasto.

–Aliviánese don Barba ya le dije que se cuide, pero usted es necio como la chingada.

El Bárbaro recuperó poco a poco la vertical y la respiración; se limpió la nariz con el dorso de la mano.

–Seguro se anduvo enfriando ¿verdá? –continuó con sus regaños el Espidi.

–M-m –negó con la cabeza el hombre mientras paseaba una flema contra su paladar. Apoyándose un poco en el Espidi, se acercó a la entrada y escupió en la banquetta.

–¿No le digo? –gritó Mico–, acabo de echar agua.

Encorvado por el brazo que se recargaba sobre él, el Espidi buscó con los ojos hasta dar con algo.

–Mico hazme el paro con la silla ¿no?

Entre los dos acomodaron al hombre sobre el asiento.

–Lo andaba buscando don Barba –dijo el Espidi–, chido que no me hizo ir hasta su jaula.

–¿Pa qué soy bueno?

–Pa nada –intervino Mico burlón.

El hombre le envió una mirada con púas al dependiente e intentó incorporarse.

–No lo pele don Barba –dijo el Espidi conteniendo al hombretón–, este güey qué va a saber. Lo que pasa es que me dijo el Baby Face que le avisara que van a hacer una función de homenaje a los viejos...

El Bárbaro frunció el ceño hasta casi depositar la unión de las cejas sobre el puente de la nariz.

–Una función de homenaje a las “figuras de antaño” pues.

–¿En serio? –sonrió el Bárbaro con ojos y boca, mostrando los dientes amarillos.

–Me cae.

–A ver, cuenta.

El adolescente tomó aire.

—Es que fui al puesto del Baby Face por su basura o sea la del Baby no la de usted, que por cierto ya tiene hartas bolsas, el chiste es que el Baby me dijo que le avisara lo de la función, don Chava se puso nostálgico y quiso armar el cartel, le habló a varios de los retirados y que su hijo no puso peros, el Baby ya platicó con el patrón y que usted entra en planes, que si los bárbaros del norte y su puta madre, y que pase usted a las oficinas de la arena en la semana, pero bañado y rasurado, que no la chingue porque el hijo de don Chava es bien mamón y que ahora es cuando hay que aprovechar para quedar bien con él, quién quita y luego haya chance de entrar a vender boletos, tortas o algo. Ya luego me cansó con su recadote y le pedí un arroz con huevo que ha de estar enfriándose porque después de llevarme su basura salí en chinga a pasarle el recado, pero como no lo encontré ya iba de vuelta y fue cuando lo vi aquí metido y le dio el ataque y luego pus ya le dije.

—¿El Baby Face?

—Sí —repuso el Espidi tomando aire.

Pinche gordo, no se ha olvidado de ti. Cuando les tocaba hacer equipos era Troya, les llamaban “Los Bárbaros del Norte”, porque el Baby se hacía pasar por gringo. Él también tuvo el campeonato, ¿o no?, ya ni te acuerdas. Él no tomaba, por eso le caía bien a Alma; ah, pero cómo tragaba el gordo. A veces iba a comer contigo y ella no podía creer al verlo empacar como si no hubiera mañana. Siempre te quedaste con el gusanito de si él le habrá dicho a ella de tus cabronadas. Igual se hubiera enterado, pendeja no era.

—¿Tons qué le digo Don Barba?

—¿Qué?, ¿a quién?

—Ps al Baby Face voy pa allá ¿qué quiere que le diga?

Hermano, carnal, amigo, compadre, cualquier cosa que represente lo perrón que ha sido contigo el gordo. Si dejaste de verlo fue por pena, porque le debes quién sabe cuántas comidas, porque él tiene su puesto y ahí la va llevando y tú... porque él se retiró completo, madreando como todos, pero con lana y con la familia a su lado, porque él se acuerda de los tiempos de juventud y ríe, no se le llenan los ojos de agua ni necesita unos alcoholes para olvidar que esas noches ya se fueron. Eso quisieras decirle, pero con ir a agradecerle será más que suficiente... crees.

–No, no le digas nada, te acompaño –dijo el hombre poniéndose de pie–, vamos.

–Sshht, Bárbaro, ¿y su caja? –preguntó Mico.

A huevo. Ese cinturón va a volver a pasarse por el ring. Va a brillar como oro. De eso te encargas, nomás es cosa de echarle otra pasadita de Brasso. Igual lo habías limpiado para traerlo acá. Ese puto ring va a estremecerse con tus pasos de búfalo, con tus gritos, con el aplauso del respetable, porque la arena se va a atascar cuando sepan que vas a estar en el cuadrilátero de nuevo. ¿A quién más habrá invitado el hijo de don Chava? ¿Cuánto irá a cobrar la entrada? ¿De a cómo les tocará? Sabe, pero hay que pedir prestado un traje para ir a ver al junior. Seguro que te van a dar un uniforme, a la medida y todo. A huevo, de aquí pa arriba. Hay que enseñarle al chamaco que has cuidado ese campeonato mejor que a tu familia, que hay respeto por la empresa.

–Bárbaro, chingá, ya le volvió a dar la garrotera.

–¿Mande?

–Que su caja, ¿no le estoy diciendo?

–Ah, eso –fue hacia el mostrador–, lo traje pa presumírselos, miren.

Mico y el Espidi flanquearon al Bárbaro y alargaron el cuello. Él abrió la tapa de cartón.

La amplia placa de metal mostraba reflejos dorados y plateados; era la figura de un planeta Tierra rodeado con las siglas del Consejo Mexicano de Lucha Libre; las leyendas “Campeón Mundial de Peso Completo” en relieve cobalto y “Bárbaro Vera” escrita con esmalte carmín, personalizaban el cinturón.

–Cámara –exclamó Mico–, ¿o sea que no era choro eso del campeonato?

–Ya te había dicho que era neto güey –intervino el Espidi–, yo ya lo había visto, pero no así de cerquita ¿verdá? –preguntó al hombre con admiración.

–Sí, se lo gané al Vikingo, uno que era mi compadre.

–Pus ora sí me sorprendió, mi Bárbaro, yo creí que traía a vender los cubiertos de su vecina y mire.

–Ps aistá, pa que se dé un quemón, chamaco pendejo –cerró la caja y la levantó–, amos a echarnos ese arroz –dijo al Espidi–, porque como sirve el Baby no te lo vas a acabar.

El Bárbaro caminó a la salida con una velocidad mayor a la que solía usar para entrar al establecimiento.

–Hasta luego, don Bárbaro –escuchó la voz de Mico tras de sí.

Don Bárbaro, te suena bien.

–Adiós, Mico –se volvió el hombre para despedirse.

Ubicas un espacio en el que el cinturón habría quedado perfecto: entre una cafetera antigua y un juego de té bruñido, regalos de boda que no hace mucho trajiste y que eran los favoritos de Alma. Sólo los sacaba en las visitas de su familia. Pensaste que tal vez volvería para pedírtelos, o a buscarlos cuando creyera que no estabas. Por más que esperaste, no llegó. Ni para eso ni para nada. Igual que ella, los guardaste para una ocasión especial. Cuando le dijiste adiós a las ganas de que Alma volviera, esos trastes vinieron a dar aquí. Sólo

queda el cinturón, sólo falta una despedida. Nel, hoy no. Tus tripas se hablan entre sí a gritos, dicen: “Arroz con huevo”.

–Mico, límpiale bien allí junto a la charola, que quede perrón.

–Orita, don Bárbaro, nomás que termine aquí.

¿Cuánto te irá a tocar? Para un mes, tranquilamente. El junior no se anda con medias tintas en eso: o da o no. Te va a alegrar ver al Baby. Igual y quiere ir a echarse unos alcoholes... Pero andas bien erizo... Ni modo que no te preste unos billetes, si sabe que pronto tendrás para pagarle. Ni modo que sea tan hojaldra el gordo. Nunca se ha negado a recordar viejas glorias.

Sales tras el Espidi; apenas lo ves, lleva prisa. Gracias, chamaco. Ahorita va a ver ese Baby lo que es tragar como oso recién despertado.

VIII



¶ “GÜERO, ESCÚCHEME”, encaré al viejo, “justo allí es donde podemos encontrar historias valiosas, en el lado humano del luchador. Por ejemplo, en el caso de los hermanos Quintero...”

Se volvió con violencia. “Cómo chinga con los Sapos. ¿Usted qué sabe del lado humano?, ¿a cuántos muchachos ha visto lisiarse?, ¿a cuántos dilapidar su patrimonio?, usted no sabe nada, ¡ni así!” Indicó casi juntando el pulgar y el índice, las venas del cuello le resaltaron bajo la piel. Se separó del barandal. “Vaya a entrevistar a las putas de Garibaldi, ellas le dirán todo lo que quiera oír por unos pesos. Respete nuestro silencio. Si no queremos hablar de los Sapos o de otros compañeros es por cariño a sus memorias, a sus familias. ¿Entendió?”

Clavó sus fulgores azules en mí. Sentí un frío extraño en la nuca. “Creo que sí”, murmuré.

“Pues ora, ¡a la chingada!”, chasqueó los dedos. “Ya entendió, lárguese de aquí. A chingar a su madre.”

Noté varias cabezas volviéndose hacia nosotros.

Okey, okey, pensé y me alejé unos pasos con ganas de regresarle los insultos al viejo. Yo no tenía la culpa de venir del mundo real a romperle su burbuja de máscaras y mentiras. Si se quería poner impertinente, allá él y su salud; si se quería poner grosero, él era quien quedaba mal; ultimadamente, si se quería poner de rodillas y doblarse en dos...

“¿Güero?”, me acerqué. Él tenía la palma en el pecho. Al escuchar mi voz, me tiró manotazos. Intenté ayudarlo a incorporarse. Entre la caída de hace unos minutos y el berrinche,

quién sabe qué le afectaba más. Pronto nos vimos rodeados por hombretones con uniforme de limpieza. Algunos me impedían levantarlo, otros a recostarlo y otros más de plano me zarandeaban culpándome de la crisis del viejo.

Como pude, los calmé pidiéndoles que asistiéramos al Güero, quien respiraba ruidosamente; sus brazos se sentían laxos como lombrices ahogadas.

“Ya dio el changazo”, “Hay que llevarlo a la enfermería”, “Pinche Diosito, no le hagas esto al Güero”, entre otras frases alcancé a discernir en el coro de plegarias, quejas y sugerencias que suscitó el desvanecimiento.

Un tipo tomó en brazos al ex réferi y el grupo se movió, una marea lenta que me arrastraba no sabía a dónde. “Vayan a ver si alcanzan al doctor”, dijo alguien más y un hombre salió arrastrando pasos cansinos por el corredor. Calculé que un hipopótamo con tres patas podría avanzar más rápido, y él era el más veloz del grupo. “Que vaya ese bato”, gritó un hombre y me señaló, “está más livianito”. “Además él tiene la culpa, hizo encabronar al Güero”, dijo una voz. “Órale, cabrón; píquele a los vestidos”, otra voz más. “Pero en chinga, que el doctor se va temprano”, varias voces juntas, acompañadas de palmas que me empujaron con fuerza.

A trompicones, eché a correr por el pasillo que rodeaba las gradas, sin idea de cómo llegar a los vestidos. Una punzada ligera atacó mis costillas. Estaba seguro de que mi meta era aquella lejana puerta metálica resguardada por el Gorila alfa. ¿Cuál era el camino más rápido hasta allá? Tendría que regresar al gimnasio y bajar la escalera oscura; no conocía otra manera. Pero, ¿y si en verdad habían cerrado la puerta de la parte de abajo? No me agradaba la idea de quedarme atorado en la escalinata de las tinieblas. Disminuí el paso. Miré a las zonas más bajas: preferente y ring side, con la intención de pedir ayuda a gritos. Sólo había

basura en los pasillos. Al parecer, la limpieza empezaba por las gradas. Busqué con la mirada a alguien de seguridad, pero no hallé a nadie. Seguramente estarían en las salidas o se habían largado.

Detuve mi carrera. Volví la vista hacia los hombres que auxiliaban al Güero. “¡Oigan!, ¿por dónde jalo?”, pegué un grito que se multiplicó en ecos. Las voces cascadas de ellos me indicaron varias cosas a la vez; no entendí una sola de ellas hasta que un tono grave dominó a los otros: “Descuélgate, no seas puto.”

¿Descolgarme? No lo concebía, aunque no le faltaba razón a la sugerencia. Dicta la lógica que la distancia más corta entre dos puntos es la línea recta... y la lógica de aquellos hombres acostumbrados a saltar unos encima de otros desde más de dos metros, a dejarse caer de espaldas por encima de la tercera cuerda, a azotar la humanidad en diversas superficies, indicaba que una persona cualquiera podía brincar de las gradas a la zona preferente y de allí al ring side sin problema alguno.

“¡Sin miedo!, yo te digo cómo”, retumbó la voz. Bajé despacio los primeros escalones.

“¡Reacciona, Güero!”, exclamó alguien. Yo ni soy güero, pensé, qué maña tanguista de llamar güero a alguien que no... oh, el que no reaccionaba era el Güero Palau. Me lleva. Aceleré el paso hasta llegar al límite inferior de las gradas. Me asomé. Una caída de al menos tres metros sobre las butacas preferentes me hizo ojitos de bienvenida. Me eché para atrás. “Oigan”, grité a los hombres de las gradas, “¿no hay otra forma de...?”

“¡Órale, no te abras!, No veas pa bajo, Nomás haz lo que te diga”, ordenó aquella voz, que para ese momento pretendía convertirse en el demonio de mi conciencia. La madre que te parió, Güero, pensé; después de ésta, me corto uno si no me dices todo lo que sabes de los Quintero. Me limpié el sudor de las manos en el pantalón y aferré el barandal.

“Siéntate en el extremo. Ora date la vuelta. Resbala los muslos. Apoya la cadera. ¡Espacio! Voltea la mano izquierda, que quede con la palma parriba en el tubo. Resbala la panza y agárrate chingón. Ora sí, sin miedo, deja ir el peso y apáñate.”

Las instrucciones llegaron claras, pero no eran fáciles de seguir para mipreciado cuerpo. Yo sabía que era incapaz de hacer una barra, y que cargar libros, chatear y manipular controles de Play station no eran los ejercicios más indicados para fortalecer los brazos.

“Déjate ir y luego cuélgate, no le saques.”

Sí le saco, me dije. Intenté asentar de nuevo mi peso sobre el tubo. Logré echar la espalda hacia atrás y perder el equilibrio. Grité alguna grosería al sentir la inminencia de la caída en la nuca. Qué mal que la última palabra que lograré articular sanamente sea una peladez, pensé; el golpe me dejará mal de la cabeza y de hoy en adelante hablaré como boxeador retirado o víctima de la adicción a solventes... La idea era demasiado larga para un desplome de tres metros. Me di cuenta que dependía colgado de mis brazos. Aunque el estirón me recordó el guamazo en las costillas de hace unos minutos, resultó que la forma en que acomodé las manos de acuerdo a las instrucciones me había facilitado atenzar el tubo a pesar de la escualidez de mis brazos. El que sabe, sabe, me dije y murmuré una bendición para la voz que me aconsejaba desde arriba.

Aún faltaba salvar el obstáculo de las butacas bajo mis pies. Si me dejaba caer, seguramente me fracturaría un tobillo o me lastimaría la rodilla en el aterrizaje.

“Hágase como chango”, dijeron los hombres de las gradas, “Como campana”, resonó de nuevo la voz grave que dominaba a las demás; “Y cuando agarres güilancha, te avientas al pasillo. ¡No te vayas a soltar antes! En cuanto sientas el suelo, te tiras de nalgas, no quieras caer parado.”

“Okey”, respondí a cada una de las instrucciones. Me solté cuando me lo indicó esa voz.

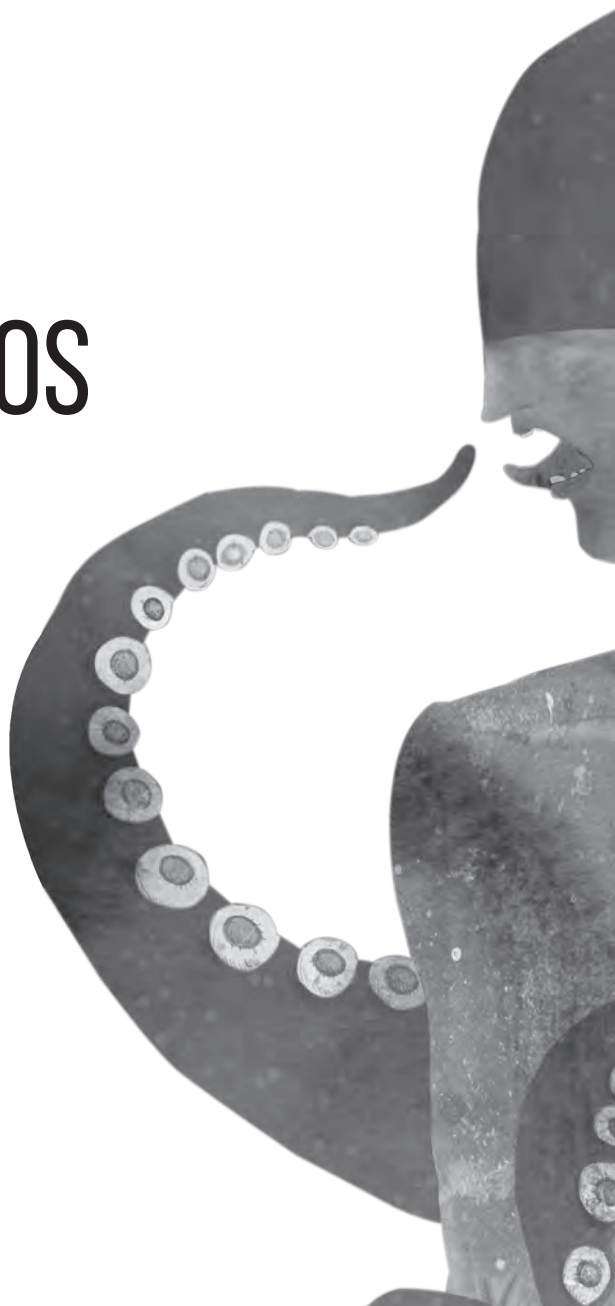
“Ah, y pegue la barbilla al pecho, no se vaya a desnucar”, señaló alguien cuando yo iba en el aire. No hubieran mentado la palabra ‘desnucar’. El pánico me sopló un viento helado en las orejas que me hizo volver la vista hacia el piso. Descompuse la figura y aunque sí caí hacia atrás y de nalgas, metí las manos en el camino. Algo tronó en mi muñeca antes de chocar la cabeza contra el cemento.

Un epicentro cálido y punzante me invadió la parte trasera del cráneo. Me levanté algo mareado, sobando mi mano. Recibí la primera ovación de mi vida: “¡A güevo!, ¡Mucho, chuchol!, Ése es mi gallo”, y otras exclamaciones tan emotivas como pasadas de moda me sorprendieron en cuanto me vi de pie. Nunca alguien me había alentado en un deporte, mis talentos eran otros, pero en esa arena los vitores de aquellos hombres hacían eco y me animaban. A pesar del dolor, un brío desconocido me colmó el cuerpo. Fue como si los gritos de aquellas personas inflamaran sustancias ocultas en mi interior, como si con cada porra los herrumbrados pistones de mi valor se dispararan explotando coraje a los miembros. ¿Qué sigue?, échenme al dragón. Estaba listo para lo que fuera. Levanté los brazos para agradecer, victorioso. Creo que inclusive salté un par de veces.

“Ora bríncate la reja”, ordenó la voz desde arriba. Miré el muro de malla ciclónica que me separaba del ring side. Luego de sobrevivir el salto, cualquier empresa me parecía pequeña. Era un Hércules de mocasines y pantalón casual, o al menos así me hacía sentir el aliento de quienes me apoyaban. Acometí la cerca a la carrera. Trepé como un gato tullido y brinqué al otro lado sin preocuparme por el área de aterrizaje. En el momento no me importaba nada más que cumplir la hazaña, inclusive el Güero y su ataque al corazón me parecían poca cosa comparadas con las ovaciones; el sacrificio era para no fallarle a mi público.

Me desbarranqué desde la malla sobre las butacas de la última fila, contra los reposabrazos y respaldos. “¡A la bio, a la bao, a la bim bom bam!”, resonó la porra clásica mientras me incorporaba tan rápido como me lo permitió mi anatomía. Disimulé una torcedura de tobillo y volví la vista hacia el grupo que no dejaba de gritar. Al alzar la cabeza, la Arena pareció girar como un torbellino. Yo estaba en el centro del embudo, y éste me tragaba. Alguien le había jalado a la cadena del escusado universal. El mundo se volvió un borrón nebuloso en el cual yo no podía distinguir sonidos ni detalles. Alcancé a notar un patrón en las manos de los hombres allá arriba. Señalaban un lugar. Sin voluntad, seguí de prisa la indicación, aunque cojeando. Una luz me recibió. Era el camino de concreto y columnas de acero, el pasillo de la verdad. Sabía que, si tomaba la dirección correcta, llegaría a la puerta de lámina resguardada por el Gorila alfa. ¿Izquierda o derecha? Sin la guía del Güero y sin el coro celestial, ignoraba hacia dónde ir. La nuca me palpitaba como si un animal viscoso expandiera su organismo desde allí hasta las orejas. En los juegos de video, siempre elegía la derecha o la izquierda o el suelo, no podía recordarlo, no tenía un control que me facilitara las cosas, ni podía poner pausa. Apoyé el hombro en una pared y avancé como pude, pidiendo auxilio. “El Güero; ayuden al Güero... allá arriba...” Esperaba toparme con el Gorila alfa, el Minotauro de antifaz, los Sapos, el Doctor del Mal, el Erizo punk o cualquier ente que pudiera ayudarme... ojalá sirviera mi teléfono para poder llamar al Santo... Santo, responde... Santo, cambio...

TODOS SANTOS



¶ DÉJENME LES PLATICO DE LA NOCHE que desquiciamos Orizaba.
Un día, la ciudad amaneció empapelada con unos pósters.

“SANTO”

Así, en mayúsculas y centrado. Las letras más grandes que el resto de la información en el cartel. En rojo y pequeño se mostraba la fecha, el lugar y la hora.

Imagínense. El ídolo más chingón de la lucha libre, el héroe del cine que madreaba momias y marcianos, iba a estar en ese mugrero de La Arena Orizaba. Ni qué les platico de cómo se alborotó la raza.

Nadie quería perderse la visita del enmascarado de plata. Los escuincles hasta creían que iba a llegar volando.

—¿Santo en la Orizaba?, júralo.

—Por ésta, yo vi el cartel con chicas letrotas en la Calle Real.

—¡Qué suave! Hay que decirle a papá que nos lleve.

Yo no soy de allá, ni Dios lo quiera. Nací y siempre he vivido en Córdoba, así que no me enteré de los anuncios sino hasta un día antes de la función. Tenía trabajo en Ciudad Mendoza. El camión que me llevaba para allá partía Orizaba por la mera Calle Real. Iba dormido, pero cuando llegamos allí, el

boletero gritó para que se bajaran los que sólo habían pagado hasta esa ciudad. Como andaba cerca de mi destino, me quité lo modorro y eché la vista a la avenida brillante de sol. La vi tapizada de pósters: “SANTO, SANTO, SANTO” en cada muro y poste.

En una parada del autobús me fijé en la fecha del anuncio: domingo veintiuno. El día siguiente. Se me hizo raro que el Santo no me hubiera llamado para avisarme que se iba a presentar por estos rumbos. Siempre me ponía alerta cuando venía para que no fuéramos a empalmar fechas y confundir a la gente.

Extrañado, esperé otro semáforo para revisar que no me hubiera equivocado al leer la información. Sí, el cartel decía: “SANTO”, pero noté otros simbolitos bajo el nombre. Pensé en don Pedro, el promotor de La Orizaba; seguro me había anunciado a mí el muy vivo.

Pedí la bajada al chofer. Se encabronó porque ya habíamos pasado la estación.

–Vienes durmiendo, paisano –me dijo.

–Dame chance, amigo, no hay que ser.

Me levanté abriendo hueco entre los naquitos; los desplazé como un cebú que pasara por un corral de borregos. Me acerqué al conductor para que viera los músculos.

–¿Tons, amigo? –insistí.

–Ora, paisano, y no te quedés pelado para la otra
–Frenó.

No tuve que andar mucho. Había un cartel ahí en la esquina. Pinches letritas tamaño pulga abajo del nombre. Me acerqué a verlas bien, convencido de que vería mi mote de batalla: “Santo Veracruzano”.

–¿Ya viste que va a estar el Santo el domingo?

- Puro embuste, cuñado.
- En serio, yo vi el programa.
- ¿Ónde?
- En la Calle Real.
- ¿Serio?
- Serio.
- Amos a ver...
- ¿Ves?: “Santo”.
- ¿Y esas pinches letritas?... fijate bien: “Santo orizabeño”.
- Uta, de lejos no se ve.
- Ése es el chiste, cuñado, engañar pendejos.

Ésas eran chingaderas. Qué Santo orizabeño ni qué su abuela. Acá en el estado nomás yo tenía permiso del Santo chingón, y me bautizó Santo Veracruzano, no mamadas; si los orizabeños son puros chotos. Qué ganas de engañar a la gente que apenas puede leer, y más a los que van de paso.

Las que me hizo pasar el Profe, con todo y que es mi compadre de grado, para autorizarme el mote: que si el gimnasio, el físico, el uniforme de primera, entrenar con los instructores más caros, no arriesgar la incógnita, no pasarme de rudo, no pelear con el público, no andar sin máscara por ahí, no esto, no lo otro... no chinguen con su Santo orizabeño. No me iba a quedar con los brazos cruzados. Saqué el cambio que traía, entré a un estanquillo y marqué a México.

No estaba. Le dije a la vieja que me contestó que se trataba de su compadre el de Veracruz.

–¿Cuál de todos? –se rió ella–, tiene montones.

Dejé el recado con la esperanza de que se lo dieran bien, porque luego las viejas...

Iba con el tiempo justo. No había oportunidad de ir a la Arena Orizaba a aclarar las cosas con don Pedro, pero ya llegaría el domingo.

–¿Entonces el domingo ónde nos vemos?

–Pues en la arena; hay que llegar temprano para alcanzar boletos.

–No te apures, ya le dije a mi vieja. Se va saliendo de misa para allá a hacer cola; nomás hay que darle el dinero para las entradas de todos.

–Qué acomedida tu mujer.

–No le queda de otra... hasta nos va a dar tiempo de echarnos unos pulques.

–De lujo, mano.

Desperté tarde y con dolor de espalda como siempre después de luchar. Llamé otra vez a México y tampoco pude comunicarme con el Profe.

Almorcé pesado y jalé para la central de Ciudad Mendoza. Había calculado llegar a la arena a eso del mediodía, con el sol bien arribota para agarrar a don Pedro y su gente azonzados como totoles en solar. La función empezaba hasta las cinco.

–S-a, sa-n, san-t, santo; ¡Santo!; pa, ¿ahí dice Santo?

–Camínale, hijo.

–¿Pero sí dice?

–Mmmh; sí.

–¿Por qué dice?

–A lo mejor va a luchar aquí; camínale.

–¿Va a luchar el Santo?

–A lo mejor

–¿Aquí?

–No sé; apúrate.

–¿Me llevas?

–No sé, no tengo dinero.

- Ándale, pa, llévame, porfa.
- No sé; ha de estar caro.
- No seas así, pa.
- Que no...
- Porfa, porfa, porfa, porfa...

Desde el camión miré la parte alta de la arena. Traía yo la ropa igual que si me hubieran metido en el ojo de agua. Pinche humedad. Lo bueno es que sólo tenía que caminar una cuadra desde la Calle Real. Rebasé a varios grupos de personas.

Tenía un plan y era sencillo: una chinga de piñata al chotito del “Santo orizabeño” pa que no pudiera ni caminar al ring, así le dejaba descabezada la función a don Pedro; a ver qué embustes le echaba al público cuando su Santo de mentiras los dejara chiflando en la loma. Unos putazos siempre son la mejor solución.

Nomás que no tomé en cuenta el atractivo del Santo.

Había una fila que, cinco horas antes del arranque del programa y sin un techito dónde atajarse de ese sol desgraciado, le daba vuelta a la esquina. Tenían tomadas las banquetas. Yo sólo había visto tanta gente en la Arena México o en funciones del puerto.

Fui a la taquilla, aún no la abrían. Toqué la puerta con buenas palmadotas porque la oficina estaba hasta el fondo. El ladrido del metal calló las pláticas de los que hacían cola.

–¡Fórmese!, ¡A la cola! –las voces que reclamaban eran de viejas. La gran mayoría de las personas allí afuera eran mujeres con canastas y niños, cosa rara. Seguramente esperaban a sus maridos que las mandaron a formarse desde temprano. Bien hecho.

Si seguía llegando gente a ese ritmo, más los esposos, más los compadres briagos que siempre van con ellos, más

cervezas, refrescos, elotes, tortas... ese don Pedro iba a empanzonar al marranito usando un nombre que ni era de él. Había que restarle las garantías de los elementos, el sueldo de los empleados y vendedores, la renta del local... ¿con cuánto se iba a quedar don Pedro?, ¿y nada pal Profe?... ¿y nada pa mí?

Nunca he sido bueno pa los números, así que no perdí tiempo haciendo cuentas. Le iba a pedir diez mil del águila a don Pedro y que ahí muriera, sin panchos, sin alborotarle a la gente, sin madrearme a nadie. Diez mil y todos contentos.

–¡Fórmese! –gritó alguien.

–Usted, yo ya estoy bien formado –enseñé los conejos y me reí de las viejas argüenderas que me mandaban a hacer cola. Les di la espalda pa que le siguieran gritando a mi maleta. Busqué por allí una lonchería desde la que se pudiera ver la filota.

Reposando en la sombra, con una frías y masticando pambazos de frijol, escuché el partido de los chayoteros contra los cafeteros, que bendito sea Dios barrieron en las nueve entradas; hojeé el *Mundo de Orizaba* y no paré de vigilar la taquilla.

Aparecieron los hombres sumándose a la víbora de la mar afuera de la arena. Como a eso de las tres la fila era un caos; apenas dejaban pasar los carros despacito como en desfile, entre chamacos que corrían regados por la calle, familias compartiendo comida en la banqueta y los recién llegados que buscaban a sus parientes.

Si algo he aprendido en esto de las luchas es que las multitudes son como las viejas: escandalosas, impacientes, meonas y caprichosas; les levantas una mano y gritan, les hablas bonito y babea, les das sus chingadazos y ahí andan atrás de ti; además, donde haya una bola de gente tiene que haber baños o arde Pompeya. Y así, como vieja, esta multitud se iba

poniendo histérica por las horas bajo el sol y las ganas de mear. Se miraban gestos de encabronamiento, danzas impacientes, todo mundo preguntando la hora a quienes llevaban reloj pulsera. Don Pedro era un viejo muy vivo, y sabía que ése era el momento adecuado para abrir la taquilla, cuando todo mundo lo que desea es entrar y no preguntan nada.

Observé movimiento en la lámina que cubría la ventanita de la caja. El primer tipo desembolsó sus pesos y se alejó de allí con boletos, un programa de mano y una sonrisota. Confirmaba mi idea, ese don Pedro era zorro.

Me empujé el último pambazo, vacié la cerveza y pagué. Fui derecho a la entrada de la arena. Desde lejos vi al Tlaconete haciéndola de boletero.

Recogí un programa del suelo. Era una versión reducida del cartel que tapizaba la calle Real; las letritas se convertían en el volante en puras manchas y puntos.

El Tlaconete me reconoció y casi tira los papeles, se encogió como queriendo hacerse más chiquito.

—¿Quiubo, Tlaco? —saludé y troné los nudillos.

—¿Qué tal, Toño? —respondió sabiéndose descubierta—, ¿qué aires te echan por acá?

Me hice a un lado para que pasaran una señora y sus niños, me acerqué a la puerta.

—Vine a romperte tu madre, ¿cómo la ves? —Palmeé el zaguán metálico, las personas cercanas se asustaron. El Tlaco se metió, saliendo de mi alcance.

—¿A mí? ¿p-por qué? —dijo sin mostrar la cara.

—¿Qué mamadas son ésas del Santo orizabeño? —grité.

—No sé, cosas del patrón —respondió.

La gente comenzó a amontonarse detrás de mí.

—Pues me vale gorro, ésas son chingaderas y tú me las vas a pagar.

–¿Y yo por qué, Toñito?

–Tú estás en la puerta, dando la cara por la empresa, ¿no?, pues a ti te la rompo.

–No seas así.

–¡Cómo chingados no! –grité de nuevo manoteando el portón, bien salvaje. Simulé tranquilizarme y respirar despacio–. Órale, Tlaco, te voy a dar chance –el Tlaconete asomó la cara–, si vas por don Pedro ahorita mismo.

–Nostá –se le borró la sonrisa.

–Ah, ¿no está?, entonces me vas a disculpar, pero sobre de tus pobres huesos –Me metí y pateé el bote en que tiraba los boletos rotos.

–No, Toñito, noscierto, sistá, nomás que dijo que no lo molestara nadie.

–Vete por él –le ordené.

–¿Y quién recoge los boletos?

–Ve por él.

–¿Y los boletos?

–Ve –señalé hacia adentro, apretando la mandíbula. El Tlaconete jaló para allá.

Esos orizabeños chotitos me tenían miedo por los desmadres que hacía cuando andaba briago.

–¿Quién sigue? –me quedé recogiendo boletos. Que se llenara el cuchitril, más rápido se juntarían mis billetes.

–¿Qué hay? –oí la voz de don Pedro desde la oficinita apestosa a humo de tabaco. Me esperaba de pie.

–¿Qué hay?: pilas de gente allá afuera para ver al Santo, eso es lo que hay –respondí dejando mi maleta en el piso, igual que los pistoleros de las películas, listo para el duelo.

Don Pedro, secote como era, con figura y olor de cigarro, guayabera y pantalón ocre, respondió echando humo por nariz y boca:

—¿Mil pesos para que te vayas ya? —tiró la ceniza de su habano y medio abrió un cajón con la mano izquierda.

Así, en mis meros bigotes me escupió la oferta.

Yo conocía a don Pedro como un viejo tacaño, escurridizo y poquitero. Que me recibiera con pesos en la boca me rajó el molde flaco en el que lo había encajonado. Pero sólo eran mil pesos.

—No, don Pedro, no es cuestión de billetes —le mostré el programa de mano—, esto no se hace.

—Mira quién lo dice, el “Santo veracruzano”... parásito —cerró el cajón que había movido.

—Yo tengo permiso, don, yo no hago fraudes —pronuncié la última palabra despacio y fuerte—, ¿qué tal si le hablamos a la Comisión?

—La Comisión, no me hagas reír.

El viejo tenía razón, con una tajada las autoridades estarían contentas.

—Sale pues —dije—, vamos a negociar esos mil; pero aquí no, aquí apesta; venga pa afuera.

Se metió las manos en las bolsitas de la guayabera y me siguió. Fuimos hacia el butaquerío.

Nuestras voces encontraron ecos conforme nos acercamos al ring side. El viejo hablaba de ideas innovadoras, de ganar público y no sé cuántas tonterías. Desde allí vimos cómo se llenaban de a poco las primeras filas de las gradas y balcones.

—Oiga, ¿y sí es bueno el tal orizabeño? —me negué a pronunciar el mote completo.

—Más o menos, tú lo has de conocer; le dicen el Miguelito, entrena por el mercado; ha visto todas las películas como treinta veces y le copia al Santo los topes, las tenazas, la de a caballo; le salen bien.

–No, pues no me suena, pero... ¿usté cree que me rompa mi madre?

–Sólo que te agarre dormido.

–Qué bueno, porque ahorita que llegue le voy a partir toditita el alma.

El viejo reculó.

“¡Cervezas, refrescos!”, “¡Tortas y flautas, pida sus tortas!”, los gritos de los vendedores acallaron la reacción de don Pedro.

–¿Cuánta gente va a meter hoy? –dije–; no responda, nomás sígame la corriente y no la haga de jamón, porque en cuanto se llene la arena toda esta gente me va a oír; si el Profe me dio chance de llamarme así no fue por pendejo o dejado, me puso muchas condiciones y me encargó el nombre por acá... usted y yo ponemos mucho en juego; yo vivo de esto, si el Santo me quita el mote voy a empezar desde abajo otra vez y nones; si se entera, a usted lo demanda con abogados de México, lo deja en trusa. Usted va a poner a luchar a cualquier pendejo con el nombre más grande del país, arriesgando mi carrera, ¿y quiere que me vaya feliz con mil pesos?; mire –señalé en redondo la arena a medio llenar a dos horas de la función y subí la voz–; ¿mil putos pesos?

El viejo endureció el gesto, golpeó su puro con los dedos y el cigarro cagó un serote de cenizas.

–¿Cuánto quieres, pues?

–Diez mil del águila, hoy mismo.

–Tas pendejo –me dio la espalda y caminó a la oficina.

Viejo tacaño. De vuelta al plan original. Me aposté en el vestidor. En cuanto entrara un cabrón que intentara ponerse una máscara plateada, lo iba a cambiar de Santo orizabeño a Santocristo. Así obligaba a don Pedro a dejarme luchar a mí. El Profe no estaría contento cuando se enterara, pero al menos

se sabría que defendí el nombre. Hay que don Pedro se las arreglará con el público como pudiera. Me puse a calentar los músculos.

–Muchachos, ¡es el Santo!

–Qué carrazo.

–¿Pus que no llega volando?

–Vamos a saludarlo, dicen que deja pasar gratis a los que entran con él.

–Píquenle.

–¡Santo, ¡Santo!, ¡Santo!

Escuché un alboroto. Venía del portón de la arena. Me pareció oír el clásico “Santo, Santo” gritado por los chiquillos.

Ese tipejo no tenía vergüenza; suficiente era que imitara al Profe e intentara hacer su engaño, pero copiar la forma en la que llegaba a la función, con su parvada de chamacos y toda la cosa, era demasiado; eso sí que no iba a permitirlo.

Me topé a don Pedro en el pasillo. También iba con prisa y gesto de asombro. No hizo nada para detenerme. Pegué la carrera.

No pude negar que el cabrón orizabeño era bueno para la copiadera. A media cuadra de la puerta daba todo el gatazo de ser el Profe, la máscara brillaba como la de él. No dejó de dar un solo autógrafo; inclusive el saludo y las palmadas en la cabeza de los niños le salían igual. Tenía bien estudiado su numerito.

El público formaba un ciclón a su alrededor; parecía un remolino que arrastraba náufragos sobre la calzada.

El viejo y yo nos paramos junto al Tlaconete. A nadie le interesaba meterse a la arena en ese momento.

Poco a poco, el plateado ojo del huracán se acercó a la entrada. Sólo una persona vestiría saco de pana y cuello de

tortuga en el calor húmedo de Orizaba, y el impostor lo sabía bien. Invirtió mucho en su farsa.

Prendí el motor de la madreadora, listo para acelerarla en cuanto se pusiera a la distancia adecuada. Don Pedro me puso la mano en el hombro.

–Espera, Toño.

La nube de niños seguía y rodeaba al luchador como si fuera un vestido largo y ampón con todo y su cola.

El tipo volvió la vista hacia nosotros. Levantó la mano y saludó.

–Don Pedro, Tlaco, ¡compadre! –dijo con voz capaz de mandar a dormir a un hombre lobo encanijado.

“Respetable público, su atención por favor; como una ocasión especial, por primera vez en esta bella ciudad y en el mundo, en relevos australianos, la tercia más técnica y sagrada que hayan visto estas tierras, con ustedes, el primer integrante de la causa científica: ¡Santo orizabeño!”.

El tal Miguelito llegó como las siete de la noche, todo apenado con el Profe. El Santo me dio permiso de darle una sobita al impostor, aunque leve; una lección que no se le olvidara, nomás. Salió vestido de plateado, pero con calzón y botas rojas, y con una “O” pintada en la frente de la capucha.

“Acompaña a este valiente gladiador, el guardián de estas regiones jarochas, el encargado de ahuyentar el mal de nuestro generoso estado: ¡Santo veracruzano!”.

Corrí fuera del vestidor. La gente ovacionó, pero yo bien sabía a quién esperaban, para quién guardaban aliento en los pulmones, por quién habían atiborrado el lugar desde las cuatro de la tarde. A mí me distinguía el calzón negro y un par de letras “V”s en los lados de la máscara plateada.

“Y como capitán de su bando, el ídolo de la pantalla, el más grande luchador de la historia, la leyenda capaz de

vencer a cualquier adversario; nacido en Tulancingo, Hidalgo y criado en el Olimpo: ¡Santo, el Enmascaraaaaaado de plata!”.

Una erupción se levantó a nuestro alrededor. Sentí que la arena se nos venía encima como avalancha, que el cuadrilátero cedía ante un terremoto. La gente gritaba “Santo, Santo” o “Santos, Santos”, no sé.

El Miguelito y yo nos miramos con el pecho hinchado de orgullo, él rojo por los fregadazos que le puse. Ni me acuerdo quiénes fueron los rudos, pero se las íbamos a partir bien y bonito. Una energía muy cabrona me invadió cuando vi venir al Profe, destellando plata, en hombros de un aficionado.

Dicen que las porras se oían en varias colonias, que mucha gente se coló a ver la lucha estrella, azuzados por el griterío. No lo dudo, porque vi al Tlaconete, quien tenía que cuidar la puerta, parado en un pasillo, desgañitándose con el Santo, Santo. Al otro día leí en el Mundo de Orizaba que la multitud se desparramaba hasta la Calle Real y que los de adentro de la arena les platicaban a los de afuera lo que pasaba en la batalla. Yo nomás recuerdo que si alguno de nosotros hacía un castigo vistoso o cuando voló el Profe, las ovaciones llegaban como en olas: una fuerte, luego otra livianita y al final otra atronadora desde quién sabe dónde.

Nos sacaron a los tres en hombros hasta la Calle Real y fuimos a dar al Hotel Trueba, el mejor de la ciudad, pues la raza supuso que allí se hospedaba el Santo. El Profe, con ese carisma que tenía, consiguió que nos dejaran ocupar una habitación por un rato. Salimos hasta la madrugada cubiertos con sábanas del hotel porque habíamos dejado nuestra ropa en la arena. Hemos de haberle sacado un susto a algún borracho, creyendo que éramos espectros, más el Profe porque nunca se quitó la máscara.

Don Pedro y el Tlaconete, todos ojerosos, nos esperaban. Luego que nos vestimos, Santo llamó a don Pedro a la oficina. Ora sí, jefe, vamos a hacer cuentas.

Tragué saliva. Si el viejo le decía al Profe lo de los diez mil pesos, caería de su gracia; de la gracia del Santísimo.

–Yo me voy en blanco –dije en ese momento–; me doy por bien servido con luchar junto a mi compadre, y el Miguelito igual, ¿verdad? –le puse la mano en el cuello al orizabeño y lo apreté como perro fino.

–Sí –contestó muy sin querer.

Santo y el viejo se sentaron al escritorio con cuaderno, lápices y billetes de por medio. Mucho número, mucha cara larga del viejo. Así lo habían pactado: el Profe no haría argüende, nomás que don Pedro le iba a dar toda la ganancia, lo que sobrara después de restar insumos, sueldos, garantías y gastos corrientes.

Me quedé para ver que el viejo no soltara la lengua. Él estaba más preocupado por ver cómo le salían máscara y capa a sus billetes.

Don Pedro destapó una botella. Nos despedimos de él. El Miguelito y yo acompañamos al Santo a su coche. Me dio mil pesos y me felicitó por haber llamado a tiempo. Al otro lo amenazó con bloquearlo en todo el país si seguía de chanchullero, el muchacho casi se le hinca, choto como buen orizabeño. El Profe metió sus maletas, la de entrenar y las del dinero, en la cajuela y se arrancó, despidiéndose con la mano. Nos quedamos hipnotizados con la máscara plateada hasta que la noche se la tragó de una mordida.

Invité al Miguelito a cenar unos tacos. Luego él jaló para su casa y yo tuve que pasar la noche en la central de autobuses. Ahí escuché al gendarme del turno nocturno contarle una anécdota al taquillero: cómo en la Arena Orizaba habían luchado el Santo y sus hermanos y cómo se fueron volando por encima de la gente.

IX



¶ RETOMÉ LA CONCIENCIA BAJO UNA LUZ que me pareció celestial. Varias voces relajadas y gruesas hablaban. Me incorporé con una punzada en la muñeca derecha, donde sentí un vendaje. Una nube no me dejaba ver más allá del blanco algodón que me envolvía. Manoteé con desesperación. Varios brazos fuertes me paralizaron al tiempo que las voces se dirigían a mí y me pedían calma. “¿Se quedó ciego del ranazo?”, preguntó alguien.

“¡Nooooo!”, grité. El aullido hizo eco y me imaginé en medio de una mala telenovela.

“Cállate, ¿ves lo que haces?”, recriminó otra voz y luego se dirigió a mí; “no se apure, mi buen; dijo el doctor que por el trancazo en el cerebro no iba a poder aperebir luego luego, pero que cerrara los ojos un rato y después vería con mejor visión”, intentó tranquilizarme.

Así lo hice. Me dediqué a escuchar.

Aquella barahúnda ronca hacía bromas, decía albures, pero más que otra cosa, revivía. “¿Te acuerdas de esa vez?, salimos todos sangrados pero con tamaña talega de pesos”, dijo alguno. Yo ignoraba el lugar en que estábamos, pero se me figuró que era una cámara de resurrección de historias y anécdotas. “Ahí sí estabas cabrón”, añadió otro, “no como ahora todo pachicho.” Las palabras y los alientos rejuvenecían a cada remembranza, las carcajadas se aclararon y pronto yo también reía ante las historias, acarreado a través del tiempo por los relatores. “Pero las viejas nos persiguieron hasta la casa de éste, no crean que se quedaron con las ganas, jajaja...” A juzgar por las proezas

que se narraban allí, muchos de los presentes eran verdaderas leyendas, dignos de ser retratados junto a Ulises, Kalimán o el mismo Moisés. “Miren, en esa función estuvo Sangre India...” Se hizo un silencio opresivo.

Sin notarlo, despegué los parpados. La nube que bloqueaba mi visión se difuminó como si un niño la soplara hasta dar paso a varias hileras de letras de tamaños y colores diversos, agrupadas en frases cortas e impactantes. Se trataba de carteles de antiguas funciones de lucha libre, culpables de disparar los recuerdos y fantasías en la memoria de mis acompañantes.

Nos encontrábamos en el recibidor de la oficina principal. Allí me habían acostado en un sillón para tres personas, pues en la enfermería atendían al Güero, según supe. Me rodeaban hombres fornidos de cabello húmedo, olorosos a jabón y desodorante; otros con uniforme de limpieza, así como algunos elementos de seguridad y entrenadores, quienes recibieron con alegría la noticia de mi vuelta a la conciencia. Yo olía a linimento, llevaba vendajes apretados en la cabeza, muñeca y tobillo, que ellos mismos me habían aplicado, ya que la atención del médico estaba dedicada al Güero. Pregunté por él.

“Estamos esperando, amigo”, contestó el Gorila alfa, a quien me dio gusto reconocer en ese laberinto de rostros; “qué bueno que bajaste a tiempo.” Me sobó el hombro con calidez, me regresó mi grabadora y unas credenciales, leyó una de ellas. “Toma, reportero Sebastián Mondragón Medina”, dijo con sorna. Me sorprendí al ver el documento. “Te lo sacamos por si había que dar parte al forense”, los reunidos festejaron la broma.

Palpé en las bolsas de mi chamarra para cerciorarme que llevaba mi celular inservible y mi cuaderno. Me senté en el sofá, dejando libres los dos asientos donde reposaban mis piernas. Rápidamente se vieron ocupados.

Los carteles enmarcados, que iban desde los años treinta hasta el siglo veintiuno, intentaban esconder lo viejo de la pintura

y la humedad en las paredes. La alfombra también era veterana de varias batallas. Moví la cabeza hacia los lados y al frente, me dolía el cuello y un calor opresivo habitaba mi nuca, pero no me mareó el movimiento. Hice círculos breves con la muñeca y comprobé que apenas podía menearla sin padecer. Faltaba probar el tobillo. Cuando intenté incorporarme, al menos tres manos me ofrecieron su apoyo. La curación con vendas comprimía la coyuntura, por lo que sólo una punzada ligera acompañó los pasos de pollo espinado con los que exploré la habitación.

En el lugar estaba también el Lobo de Siberia. Él seguramente me había visto discutir con el Güero en las gradas. Debía largarme de allí antes de que les recordara a los demás que la ‘chiripiorca’ del viejo le había sobrevenido por reñir conmigo... Esa momia tiesa con zafiros en el cráneo; para qué se alebrestó tanto. Con que me hubiera ignorado era más que suficiente. No era tan sabio, después de todo. Pregunté por la enfermería y fui hacia allá escoltado por el Gorila alfa y otro hombre, quienes insistían en servirme de muletas. Me pareció que el Lobo no dejaba de seguirme con la mirada.

Nos impidieron el paso al consultorio. El corazón era el que le daba lata al Güero, cercano a la campanada final. De acuerdo al doctor, el Güero sabía de su estado. Nadie se sorprendió. Por eso el viejo se había retirado, por recomendación del médico. Que la viscera fallara era cuestión de tiempo. Hablaban del réferi con respeto y cariño. No deseé permanecer en aquel lugar que iba oliendo a velorio, novenario y café caliente. Me disculpé y pedí que me indicaran la dirección de la salida. “¿Le pedimos un taxi?”, preguntó alguien. Me negué. El Erizo punk se ofreció a acompañarme.

Avanzamos por un corredor de concreto y vigas de acero que me recordó al primero por el que caminé en mi incursión a la arena. Pasamos frente a una puerta de metal de color azul

marino con letras blancas: “Vestidores”. La bóveda del templo donde se ocultan los tesoros más secretos. Miré el rostro confiado del joven y me detuve.

“¿Me das permiso de echar un ojo?”, señalé al vestuario. Rápidamente urdí un plan para convencerlo: lo corrompería ofreciéndole una mención en el reportaje, incluyendo una foto y...

“Pásele”, respondió sorprendiéndome; empujó el metal. El cuarto exhaló un vaho blanco.

Inhalé. Entré iluminando mi camino tan sólo con mi curiosidad. El tipo accionó el apagador. Una luz tiñó las paredes de blanco. Creí que hallaría a los rudos conviviendo en gran armonía con los técnicos; a los enmascarados mostrando el rostro común y corriente; que terminaría de derrumbar el teatrillo.

Me topé con una gran sala de muros y piso de azulejo blanco, mismo material del que estaban hechas la media docena de bancas que amueblaban el espacio. Aún se sentía la humedad de las duchas calientes en la piel y el aliento. El tufo a desodorante me hizo arrugar la nariz. No había mucha diferencia entre lo que vi y un baño de vapor público. Consulté mi reloj. Eran cerca de las dos de la mañana. Debí haber estado inconsciente alrededor de un par de horas. Con razón el tipo me dejó entrar como si nada. Di la vuelta para salir.

“Tú fuiste el méndigo que hizo encabronar al Güero”, una voz grave a mi espalda me ancló los pies. Era la misma que me había indicado cómo descolgarme al ring side.

Me volví. Sin sorpresa, descubrí el rostro barbudo del Lobo de Siberia. Noté las dimensiones de sus manos al final del uniforme gris. Podrían coger sin problema un balón de basquetbol. Apoyó una de ellas en mi pecho. Percibí la humedad de la pared en la espalda. No tenía sentido hacerme el inocente con él.

“Yo sólo quería preguntarle de los Sapos... los Quintero. Él se prendió solo, amigo...”

“Amigo pura chingada.”

“Okey, como quieras. Yo nada más venía a hacer una entrevista.”

Me tomó por la muñeca adolorida con la otra manaza y apretó. Fue como si me atornillaran un grillete. “Los tienes bien puestos, cuatito; de no ser porque te echaste el brinco, aquí mismo te dejaba para pedir limosna.” Oprimió mi torso. Las costillas crujieron. Intenté zafarme, pero el tipo era demasiado fuerte.

“Ya estuvo. Déjame ir. ¿Qué quieres?”

“¿De qué tanto hablabas con el Güero?”

“Ya te dije... Los Quintero... una entrevista solamente. Te lo juro...”

“Ya que andas con ganas de jurar... Jura que lo que vas a escribir va a ser con respeto... Respeto para nosotros, para las luchas y para el Güero.”

Levanté los ojos, extrañado. ¿Por qué querría algo así? Me tenía bajo su control, podría haberme partido en trozos, y lo único que solicitaba para liberarme era respeto. Al tipo le temblaba una lágrima en los ojos cansados. Pedía un bien que le habían arrebatado y que sin duda extrañaba.

Acepté la promesa.

“Si me entero de otra cosa”, amenazó, “así te va a ir”, golpeó la pared. Un azulejo se cuarteó.

Me dejó ir no sin antes magullarme un poco más, por pura costumbre o gusto. Salí del vestidor. El tipo joven me recibió sonriente. “¿Cómo le fue?”

“Bien.”

“¿No le salió el coco?”

Muy pinche ameno, pensé. Continuamos nuestro camino. Atravesamos la puerta de lámina donde conocí al Gorila alfa y a Jungle Boy, pronto llegamos a la entrada principal, pobremente iluminada. El mosaico lucía puerco con las pisadas de la multitud

al salir, y salpicado de basura. Las cortinas de fierro estaban abajo; mostraban una portezuela articulada que se abría por dentro. Caminé hacia la calle.

“Cámara. Ahí se ve”, dijo el tipo y cerró la puerta con un choque metálico que sonó como un relámpago en ese desierto nocturno. Miré a los lados. ¿Qué decía el Plano de barrio?; ¿hacia dónde había que ir para llegar al metro?... ¿Pero cuál metro a esas horas? Por eso querían llamar un taxi para mí. Eché a renguear hacia donde vi más luz, deseando hallar transporte rápidamente.

Me lleva, con las prisas desperdicié la oportunidad de preguntar sobre los Quintero a los tipos junto a los que desperté, me recriminaba entre murmullos al amparo de la oscuridad, de esa misma penumbra a la que salían cada noche los hombres y mujeres encargados de la función de lucha. Qué oportunidad acababa de dejar pasar. Todos ellos morían de ganas de contar sus anécdotas. Seguramente si les preguntaba... aunque también estaba el Lobo... Jugaremos en la arena, mientras el lobo no está, porque si el lobo aparece, a todos nos madreará... Vislumbré el copete luminoso de un taxi. El dolor en las articulaciones, costillas y músculos me urgía a decidirme por hacer la parada al vehículo o volver a la arena. Será la próxima semana, pensé y estiré el índice hacia el auto. El Tsuru se orilló de inmediato y bajó el cristal de la ventanilla. “¿A dónde va, joven?”. Cojeé hacia allá.

“¡Escritor!, ¡escritor!”, escuché una voz detrás de mí, parecida a la del Gorila alfa, además de un estruendo metálico desde la cortina de entrada.

Valió gorro, pensé, el Güero ya rajó de la caída en el gimnasio; me lleva. Apuré el paso como pude. El chofer abrió la puerta al notar mi prisa.

“Escritor, ¡con una chingada!”, junto con el grito, oí una carrera.

No pude acelerar lo suficiente. Sentí que me tomaban por los hombros. El conductor miró mi situación, pude ver en sus ojos cómo sopesó la posibilidad de bajarse a ayudar; negó con la cabeza, metió primera y arrancó. Unos metros adelante, cerró la puerta. No lo culpé; ¿quién iba a querer enfrentar a aquel joven musculoso?; en esta ciudad, ¿quién se arriesgaría por un desconocido?, ¿quién está tan descerebrado como para...? Momento. Yo acababa de hacerlo. Me arrojé imbécilmente por el Güero. Mi cojera lo demostraba. Si el Gorila alfa me quería reclamar por la discusión o el azotón, le recordaría quién se descolgó por toda la Arena para avisar al doctor. Me volví hacia el tipo.

“¿Ves lo que haces?, ahora me ayudas a conseguir otro taxi”, dije engallado por mi descubierta condición de héroe.

Él no dio signos de haberme escuchado. “El Güero quiere decirle algo. Yo que usted, me apuraba.” Encajó su hombro bajo mi axila, me abrazó por la cintura, me levantó cual quinceañera y enfiló hacia la Arena.

“Espérate, ¿qué pasa?”, alegré pataleando. No quería estar ahí si el viejo felpaba, para que el Lobo de Siberia me inculpara y tratara como jerga; por otra parte, era mi oportunidad de charlar con toda esa gente.

“Ya le dije: el Güero quiere hablar con usted.”

“¿Y si yo no quiero?”

“Bájese si puede”, concluyó alegremente mientras atravesábamos la cortina hacia el vestíbulo.

En la enfermería, el Güero estaba sentado en un reclinable. Un hombre de bata blanca y otros representantes de aquella fauna lo rodeaban en silencio. Espero que no sea el Doctor del Mal, pensé. El Gorila alfa me colocó en una silla junto al viejo. Ahora más que nunca el Güero parecía haber surgido del mundo de los espectros, de una historia de fantasmas.

**LA NOCHE
DE SANGRE
INDIA**



¶ LLEGAS A LA ARENA PREPARADO. No quieres pasar a los vestidores. Aún falta cerca de una hora para que empiece a llegar la gente. Los asientos vacíos se ven enfermos, a algunos ni se les notan los números; piensas que deberían darles una manita de pintura y de barniz para que estén mejor, como antes, cuando los señores venían de traje y las señoras bien arregladas, igual de léperas que ahora, pero más elegantes.

Nunca te quedas tanto rato afuera del vestidor, no te dejas contagiar de la tristeza que trasmina la arena vacía. Pero hoy es la función especial de Navidad y no te da la gana entrar a los vestidores. Hace casi treinta años que no venías un veinticinco de diciembre, desde lo de Sangre India.

—Ojalá, todos fueran tan puntuales como el Güero—decía don Salvador. Los demás te hacían bromas por ser el consentido del patrón. Ese día llegaste temprano, como siempre, pero no fuiste el primero. Cuando entraste al vestidor ya estaba ahí Sangre India, sentado sobre la banca de azulejo Y su maleta abierta en el piso. El muchacho parecía rezar, dejó de hacerlo al notar tu presencia. Le tocaba salir a la segunda lucha, faltaba un buen rato para que subiera al ring, pero él no quería perderse la llegada de todos, especialmente de los estelares; además, te platicó, prefería estar en la arena que solo en su cuartito; no tenía con quién pasar esas fechas; su familia vivía en La Piedad, Michoacán. Te saludó con afecto, tal vez recordando el día que le invitaste unas flautas y un tepache al oír su rechinar de tripas. “Se las pasan negras estos

muchachos que vienen de fuera”, pensaste. A él le había ido bien en comparación con otros novatos, pero enviaba casi toda su paga a La Piedad. A don Salvador le gustaba la entrega del muchacho, los lances suicidas; mantenía al joven con mucha chamba, aunque de preliminar, abriendo las funciones, hasta ese día en que muchos no quisieron trabajar para estar con los suyos. Sangre India se apuntó inmediatamente. Don Salvador dio órdenes de que lo programaran en la segunda lucha, en relevos sencillos. El nombre quedó en tinta roja, “Sangre India”, en las paredes de todo el barrio de la Merced.

Aquel día estabas alegre; hoy no querías venir, pero el patrón te lo pidió especialmente. La empresa se quedó sin réferis para esta función: dos de ellos enfermos por el frío decembrino, otro había pedido permiso desde antes. Sólo estuvieron libres tú y uno más. No quisiste quedar mal con el patrón, intentaste ignorar tu desasosiego. Eres el único elemento de la empresa que estuvo ahí la noche de Sangre India. Los demás se han ido retirando del ambiente o de este mundo. Sólo tú has durado tanto. Ninguno de los que les tocó vivir esa noche buscaba trabajar en las funciones especiales de Navidad, decían que el espíritu del gladiador muerto venía a la arena cada año, y que ellos, los que compartieron ese momento, podían sentirlo. No crees en fantasmas, pero recordar al muchacho te engarrotó el alma.

Sangre India, estaba muy serio. Le preguntaste si extrañaba a su familia y respondió que no, aunque no te miró a los ojos y la voz se le rajó. Cambiaste tu ropa de calle por los pantalones bien planchados, la camisa blanca, el moño y los zapatos negros. Él iba con ropa deportiva. Sacó de la maleta casi ritualmente las mallas rojas, las botas y butarga negras, un montón de vendas y un carrete de cinta adhesiva. Mientras se vestía para luchar, te platicó del pozole que iba a preparar

su mamá con el dinero que él había enviado, de los regalos de Día de Reyes para sus hermanos. Aunque se hacía el duro, le dolía no compartir esas fechas con ellos.

–Ya será el otro año –comentaste– ahorita don Chava te está levantando y hay que joderle, mano; ya cuando tengas más cartel pides permiso.

–El otro año... ¿justé cree, Güero?

–Sí.

No mentías. De verdad luchaba bien y dejaba los riñones en los entrenamientos. Seguro que al siguiente año ya estaría en las luchas especiales. Otros con menos carisma y aptitudes lo habían logrado, sólo era cosa de necearle. Se lo dijiste y se entusiasmó. Te prometió que esa noche iba a dejar todo en el ring. Por eso no quieres entrar al vestidor hoy. No quieres recordar los ánimos que le diste. Los bríos excesivos con que subió al cuadrilátero.

En la tercera caída, nada más lo viste salir entre las cuerdas como misil, en uno de esos vuelos que fascinaban al público. A lo mejor iba demasiado rápido y no lo recibieron bien. A lo mejor se pasó por arriba de su compañero. Lo que sí es que esa noche le tocaba. La muerte fue quién acogió ese lance.

La gente gritó, pero ahí no hubo sorpresas, siempre gritaban. Seguiste supervisando las acciones de los otros gladiadores sobre el cuadrilátero hasta que el comisionado te indicó desde abajo lo que sucedía. Ya habían llamado al médico de ring. El combate se detuvo. Sangre India no reaccionaba. Trajeron la camilla. Alcanzaste a ver cómo se lo llevaban: ojos cerrados, la melena oscura encrespada entre sudores y sangre, él balbuceaba algo que no escuchaste, aunque estás seguro que decía “el otro año”. El aficionado sentado en la butaca donde el luchador se estrelló limpiaba la sangre con su programa de mano.

–Ire, Güero –te había dicho Sangre India mientras te enseñaba la media hoja de papel revolución unos minutos antes–, ¿no se ve a todo dar mi nombre en rojo?

Dicen que se fracturó el cráneo. No quisiste entrar a los vestidores. Sólo sabes que refereaste dos encuentros más en una arena muda antes de que el micrófono del anunciador se balanceara sobre el encordado como una campana luctuosa.

No hubo otro año para el muchacho.

Un leve sonido dentro de los vestidores te indica que de nuevo alguien ha llegado antes que tú. Seguramente un novato que no quiere perderse un instante de este día que para él es tan especial. No quieres que la historia se repita. Piensas en Sangre India, no te despediste de él esa última vez. Se veía triste. Lo invitaste a cenar pozole en tu casa al término de la función para que no estuviera solo esa Navidad. Aceptó de inmediato.

El ruido del vestidor semeja una voz que reza, la misma oración que aquella noche, tal vez la misma voz... Mejor te vas. Ya luego aclararás las cosas con el patrón. Por eso no querías trabajar en las funciones del veinticinco.

Abres la puerta que da a la calle. El sol de la tarde te agrade y te sustrae por completo de la arena vacía.

–¿Qué pasó, mi Güero, a dónde? –pregunta el encargado de la entrada.

–Me siento mal, ahí le dices al patrón.

Nota tu palidez. Se ofrece a ir por medicina, pero sabes que no es eso lo que necesitas. Te despides. Vas al restaurancito donde eres cliente.

–Aprendan al Güero –viene a tu memoria la voz del patrón– cuarenta años en la empresa y siempre es el primero en llegar a la arena.

“No siempre”, piensas antes de pedir dos pozoles.

X



¶ TUVE SUERTE. El Güero estaba exhausto y a duras penas se sacó del pecho lo del fantasma de Sangre India y los clásicos consejos de viejo sabio. Apagué la grabadora. El material no era sobre los Quintero, pero algo podría hacerse con esa anécdota. El médico nos obligó a salir.

Fuimos a dar todos a la oficina. Me mantuve lo más lejos que pude del Lobo de Siberia. El nudo que tensaba el ambiente se iba aflojando y terminó por disiparse cuando el médico se nos unió y anunció que el Güero estaba fuera de peligro por esa noche, pero que era mejor que no volviera a la Arena; se excitaba demasiado para lo que su corazón podía soportar. Y peor si se dedica a repartir látigos irlandeses, pensé.

Una voz propuso ir por bebida para celebrar y también para emulsionar la mezcla de sangre joven y madura, de prospectos, estrellas y antiguos gladiadores, de vendedores, médicos y “artistas”.

“¿Así que es escritor?”, preguntó alguien. Tuve que decir que sí, y también que preparaba un gran libro de lucha libre, que el Güero me iba a contar todas sus historias, que no había deporte más bonito que la lucha libre, verdad de Dios; añadí que los medios deportivos mexicanos estaban a punto de proponer seriamente la inclusión de las luchas en los Juegos Olímpicos; también dije que en Los Pinos tienen una arena privada de lujo, donde los políticos arreglan sus diferencias a punta de patadas voladoras, aunque el réferi siempre le regala el triunfo al presidente. ¿Por qué no? Jamás vería de nuevo a estos tipos y de nada servía aclararles que

yo no era el héroe que ellos imaginaban. ¿Les gusta vivir en las mentiras, les late la ficción?, pues atásquense. He aquí el novelista volador, el único capaz de escribir libros y saltar de las gradas al ring numerado en una misma noche.

“Uta, lástima que el Güero se haya puesto malo,” dijo uno de ellos, “pero si quiere yo le platico de una vez que luchamos en...” Fue cosa de que el tipo fisurara el dique de los recuerdos para que una marea de palabras fluyera de ahí. Él y los demás se arrancaron a relatar historias con la esperanza de inspirarme o de acomodar su argumento en el ficticio volumen, aunque la mayoría de ellas eran demasiado optimistas para ser completamente ciertas. Me percaté de que se guardaban los detalles sórdidos. Exponían la carne de primera y escondían los pellejos y aguayones en lo más profundo del congelador, dejando que me los imaginara a partir de los esbozos.

Por mi parte, me ungué en *El Trovador de oro*, el *Escritor de la muerte* o algún otro juglar imaginario y les di un espectáculo como lo esperaban, con una pose de literato que me habría envidiado Carlos Fuentes. Sólo me faltaron el saco de tweed, la pipa y el vaso de whiskey. Con gesto afectado, les indiqué dónde dar más dramatismo a sus relatos, así como finales más impactantes de los que habían vivido. Los tipos, en lugar de aborrecer mi altanería, celebraban mis participaciones. Por momentos yo mismo creí que en realidad lo que decía era interesante. Me posesioné del personaje. Hasta el Lobo participó del convite de mentiras.

Gracias a ese rol, logré que soltaran información sobre los Quintero, aunque con reservas. Suficientes huesos y retazos para que alguien con imaginación armara el puerco, o el sapo, completo. Llené la tarjeta de memoria de la grabadora con lo que me contaron y aún tuve que usar la libreta. La velada terminó cuando uno de ellos se dio cuenta de que ya era hora de que

abrieran el metro. “Ámonos”, dijo alguien. El Güero dormía en el reclinable como bebé arrugado. El tipo a cargo de velar el edificio prometió hacerse responsable de él y mandarlo a su casa en un taxi. Salimos en manada a enfrentar el frío matinal con vasos desechables cual escudos en la diestra.

Entregué el reportaje sobre los hermanos Quintero a tiempo, aunque incompleto desde mi punto de vista. En cuanto vi a Carmona, le reclamé por no avisarme de la mentira que le había dicho al Güero para que accediera a dar la entrevista. “¿Cuál novela? Claramente le dije al señor Palau que ibas a investigar sobre los luchadores muertos. No mencioné ningún libro o cosa parecida.”

“¿Seguro?”, pregunté incrédulo.

“¿Yo para qué te engañaría? Vete a trabajar y deja de inventar cosas.”

Qué buena me la había hecho el Güero. Tramposo como todos los réferis en la lucha libre. Ya iría a buscarlo para darle mis felicitaciones por ser tan buen embaucador.

EPÍLOGO



¶ EL TEXTO SALIÓ PUBLICADO *prácticamente como lo entregué. El viernes en que vio la luz, me había repuesto de mis dolencias casi completamente. Fui al puesto de revistas dispuesto a comprar unos veinte ejemplares de ¡Peligro! Era mi primer trabajo de peso que sería publicado y quería conservarlo para la posteridad más allá de las tres copias que me regalaba la editorial, así como obsequiar otras a mis conocidos.*

En lo que el voceador reunía mi paquete, miré los encabezados de los diarios deportivos. En la portada de una revista de lucha libre, una foto del Güero Palau en su vestimenta de réferi llamó mi atención. Había muerto. Pedí añadieran la publicación a mi cuenta y hojeé la revista.

“Luego de más de cincuenta años dedicados a su pasión, la lucha libre...” Más de cincuenta años. Con razón se indignó con mi actitud. Fue como si me burlara de su esposa en sus meras narices. Algo le hallarían él y todos los que se involucran con ese mundillo para dejar el pellejo en la lona o el trasero en las gradas por años. No le di oportunidad al viejo de que me platicara lo que él quería, su visión de la vida de los encordados... a ver si no venía en las noches a jalarme las patas.

Recibí el bonche de diarios. En el metro, incómodo entre la gente y con los periódicos a cuestras, me las arreglé para sacar un ejemplar de ¡Peligro! y leerlo. Sonreí al ver mi nombre allí. Me habría gustado dar a leer un ejemplar a los viajantes y que me dijeran qué les parecía lo que había escrito. Pensé en que nadie

sospechaba que el tipo que se transportaba de pie junto a ellos era un escritor publicado en un diario con tiraje de miles.

Luego de un par de estaciones, un hombre que leía el periódico se levantó y abandonó su lectura sobre el asiento. Fui a ocuparlo. No sabía qué hacer con el diario abandonado. Me senté sobre él. Recordé las cantidades industriales de periódico que mi abuela usaba para tapizar el fondo de las jaulas de sus pájaros y de la zotehuela que sus perros usaban de sanitario. Así terminaría mi reportaje, mi “obra”: bajo las nalgas de alguien o por los suelos, cubierto de cagada. Sentí la aspereza del papel gris y chafa en que mi nombre se leía “en letra de molde”. El entusiasmo me bajó de los ojos al trasero y de ahí a las suelas; lo miré quedarse atrás conforme el tren avanzaba.

Ya me lo había advertido Carmona cuando le gané el certamen: “Redactas bonito, pero aquí se escribe con cincel, no con pincel. Lo que escribas tiene que aguantar caballazos”. Me propinó uno, para subrayar sus palabras.

Cuando comencé a narrar, mi ideal era publicar en una revista literaria prestigiosa o, mejor aún, un libro. Pero para eso tendría que haber sido escritor, no reporterillo. Recordé al Güero cuando me dijo: “el licenciado Carmona dijo que iba a mandar un escritor, y mire nomás...” Con esas palabras en la mente, arribé a mi estación destino.

Fui derecho al departamento, recordando cuántas páginas de ficción había redactado desde que entré al periódico. Ni siquiera una docena. Vivía absorbido por el diario, como si lo que hacía tuviera la menor trascendencia. La idea se me incrustaba en la frente con taladro: no sería escritor, sólo un periodista sin vocación, por mucho que prefiriera la pluma y la libreta sobre la grabadora. No. No me apetecía. Arrojé los ejemplares de ¡Peligro! sobre el sofá y fui a mi cuarto por la grabadora, mi herramienta de reportero. ¿Cuánto me darían por ella en mercadolibre.com? Podría sacarle más dinero si incluía la tarjeta de memoria...

Una punzada en las costillas me recordó lo que tuve que pasar para embutir con historias esa tarjeta. Debía respaldar la información antes de deshacerme de ella. Tal vez si la transcribiera, las palabras fluirían en la pantalla como fluyeron en aquella charla tumultuaria; entonces podría culminar un relato o, con mucha suerte, un cuento. Encendí la computadora y me senté frente al teclado. Con suerte, podía armar algo con las anécdotas y narraciones que obtuve, darles unidad. Le dedicaría unas horas al menos, a ver qué salía. Pensé en el Güero, en su engaño, en el esfuerzo que hizo para convencerme del lado brillante de ese espectáculo. “Para usted, joven”, me dijo con voz que se perdía en los cojines del sillón reclinable, “esto es pura farsa, y a lo mejor sí... pero ¿qué cosa en esta vida no lo es? Para donde mire, encontrará personas fingiendo... acá al menos las máscaras son de tela y no lastiman. Echar mentiras no siempre es malo, y menos cuando el engañado sabe a lo que le tira y las mentiras se cuentan como Dios manda... Como usted cuando inventa sus cuentos... ¿O no, escritor?” Así me llamó a pesar de lo que le confesé en el gimnasio oculto. Okey, viejo, pensé, vamos a ver si soy escritor o no, aunque no esperes que mis historias sean de luces, máscaras y vuelos.

Clavé la mirada en el monitor y rocé el teclado con las puntas de los dedos. El mero tacto antes de la creación me enchinó la piel. Inserté la tarjeta de memoria en el cpu y abrí el reproductor de audio. Pulsé play.

Que de algo sirvan las luchas y su farsa que con gusto se tragan quienes la veneran. Después de todo, ¿qué es la ficción sino mentiras bien contadas?



Mentiras bien contadas

de Dán Lee, se terminó de imprimir en agosto de 2014, en Lithokolor S.A. de C.V. La edición consta de 400 ejemplares.